
THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

LA NIÑA MIMADA

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR

CARLOTA BRAEMÉ

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

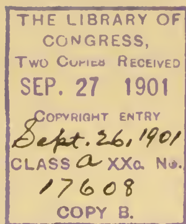
POR

ALFREDO ELÍAS Y PUJOL



NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA, EDITORES
1901

PR4161
.B563Z46



Copyright, 1901,
By D. APPLETON AND COMPANY.

Copyright secured in Great Britain and in all the countries subscribing to the Berne Convention.

Es propiedad garantizada en varios países, y se perseguirán las ediciones fraudulentas.

Queda hecho el depósito que ordena la ley, para la protección de esta obra, en la República Mejicana. *Méjico*, 1901.

LA NIÑA MIMADA

CAPÍTULO I

MARÍA LUISA

El sol enviaba sus ardientes rayos sobre el prado y el jardín del Castillo de Mendoza; mil raras y fragantes flores exhalaban su más delicado aroma, esparcido por el viento tibio del verano, que agitaba suavemente las verdes hojas de los árboles.

Era un hermoso paisaje. El pulido verde prado, el matizado jardín de exuberante flora; al frente el pintoresco, grisáceo y viejo Castillo de Mendoza; detrás el bosque sombrío; en medio del prado un cedro inmenso, cuyo frondoso ramaje se inclinaba casi hasta rozar la tupida yerba. Á la sombra del cedro se encontraba un grupo, cuya reproducción hubiera inmortalizado el pincel de un artista. Allí donde los rayos del sol se deslizaban á través del espeso follaje con reflejos de suaves tintas doradas, se hallaba una encantadora joven: era María Luisa Moceli. Podía asegurarse

desde luego que era descendiente de ilustre linaje; el alto y esbelto talle tenía un atractivo de juvenil dignidad; y el porte, los ademanes, todo, le daban el aspecto de una joven reina. Su hermosa cabeza se erguía sobre sus delicadas espaldas, que harían el encanto de un escultor; su blanco cuello se arqueaba graciosamente; sus pequeñas manos, con sus delgados dedos de rosadas yemas eran por sí solas dignas de un cuadro.

El lenguaje humano no puede llegar á describir la blancura de aquella frente grave; la delicadeza de las arqueadas cejas, lo profundo de sus ojos violáceos, donde se encerraba un mundo de velada pasión y ternura; sus sedosas y largas pestañas, como franja de sus redondeadas mejillas; sus ardientes y delicados labios, capaces de expresar á la vez el desprecio y la dulzura; su dorada y abundante cabellera, que ondulaba alrededor de sus menudas orejas, cayendo en mil rizos sobre sus espaldas. Su presencia cautivaba; había algo en ella de altanería con mezcla de infantil candidez, y sin poderse explicar el motivo, cualquiera podía adivinar que era la niña mimada de la casa.

No tenía más que 17 años esta joven cuyo porvenir ocultaba para ella tantas desdichas,

y jamás había conocido la más ligera sombra de inquietud; su vida se deslizaba apaciblemente entre las dulces emociones de la vida íntima del hogar; era una especie de planta exótica; el viento helado jamás azotó su rostro, ni su delicado cuerpo estuvo sujeto por un momento á los rigores de la intemperie.

En el instante en que la vemos se halla sentada á la sombra del cedro, sonriéndose dulcemente y en actitud de dirigir la palabra á un joven que estaba á su lado.

—Me divertiría en grande, Ruperto, decía: sabes cuanto me gusta el aire fresco y el brillo del sol. ¿Qué razón tienes para oponerte á una jira campestre á los bosques de Birle?

Su voz armonizaba con su rostro; era fresca, vibrante, musical, y el movimiento de sus labios, al hablar, tenía un encanto irresistible.

—No es que yo ponga reparo en ir al bosque, replicó Ruperto: pero ya sabes que la Sra. de Marsal no es siempre tan amable como fuera de desear con las personas que van á visitarla; ahora está atareada en hacer los honores de la casa á una porción de militares que tiene en Lenobal, y á decir verdad, no es esa la compañía que más nos conviene: esto sin contar con que tu padre no te permitiría seguramente ir allá; ya conoces su modo de pensar y cuán-

to se desvive por conservar las amistades que más te convienen, para hacer de ti una niña escogida y sin par.

Una ligera sombra de impaciencia cruzó por la faz de la joven.

—Lo sé, dijo ¡Y si supieras lo aburrida que estoy de verme limitada á ese estrecho círculo! ¿Existe en el mundo otra situación parecida á la mía? ¡La preferida de todos! Conforme; pero ¿dónde está ese constante reir y bromear de las otras jóvenes de mi edad? Confiesa, Ruperto, que es cuestión de morirse de aburrimiento.

Ruperto Doti se sonrojó ligeramente.

—No quisiera oirte hablar así, María Luisa; eres muy injusta con todos, y creo que debes arrepentirte de haberte expresado como lo has hecho: nadie sufriría más que tú, si te vieses aislada de ese círculo de amistades que parece aborreces tanto.

—Ó no me comprendes ó no me he explicado bien; quizá sea lo último, y perdona si te he ofendido. Naturalmente, detesto la vulgaridad, y no tengo más que motivos para estar satisfecha de cuanto hacéis por mí. Me refería á otra cosa; todos nosotros, papá, Irene, Amparo, tú y yo misma, formamos parte de esa sociedad escogida de que has ha-

blado; pero ya ves qué pacíficos somos; todos pensamos y decimos lo mismo, visitamos los mismos parajes, nos divertimos con la misma clase de juegos inocentes. Deseo algo distinto; algo que se aparte de la monotonía á que estoy acostumbrada, y ahora que puedo aprovechar esta ocasión te niegas á ello.

Ruperto miró fijamente á María Luisa, aquella rubia adorable, cuya vida, mezcla de tristezas y deseos, no podía sondear. Hubiera sido feliz con poder dar todo el mundo por su amor; no buscaba la sonrisa en otros labios que en los de ella; no oía otra voz que le halagase tanto. Mientras que ella . . . bien sabía que el corazón de Ruperto le pertenecía por completo, pero esto no bastaba para colmar sus ambiciosas aspiraciones; deseaba algo distinto. Eso, teniendo en cuenta que Ruperto era un joven capaz de atraerse las simpatías de toda mujer que en él se fijase: alto, de talle varonil y erguido, mezcla de altiva dignidad y gracioso porte; pecho ancho y desarrollado; recias espaldas, que eran la envidia de muchos de sus amigos; manos blancas como las de elegante dama, pero robustas y vigorosas como el acero.

Era moreno, con un rostro que Murillo no hubiera desdeñado reproducir; un rostro

bello y severo; frente despejada, en la cual brillaba la inteligencia; negros ojos de mirada franca, claros y profundos; hermosa boca, medio oculta bajo un negro bigote; labios firmes, rodeados de severas líneas, donde no se veía dibujada burlona sonrisa, sino la dulce y tierna de un niño.

Cualquiera mujer hubiera podido aceptar su amor, conservándolo con orgullo como su más preciada joya; pero la elegante y bella joven, por el contrario, no hacía caso alguno de Ruperto.

Era un hermoso grupo; ella ideal, arrogante y encantadora; él grave, tierno, atento; los dos al reflejo del sol, que brillaba á través de las ramas del cedro.

—No importa, María Luisa, dijo Ruperto, tras ligera pausa. No vayas á los bosques de Birle, y puesto que, con razón, tienes vivos deseos de aprovechar este día espléndido voy á proponerte una jira campestre al Monasterio de la Roca; á ti te gusta ver ruinas; ningún punto más á propósito para que puedas disfrutar, estando á tus anchas.

—Justo; y papá querría también ir en su cupé; nosotros seguiríamos en el landó, para llegar al monasterio á la hora de la comida, y después de comer nos aburriríamos soberana-

mente jugando al ajedrez, ansiando por momentos que llegase la hora de volvernos á casa. No, gracias, Ruperto; aun recuerdo las horas mortales de nuestra famosa excursión al castillo de Diana.

—Pero al menos podré acompañarte, María Luisa, dijo Ruperto con cariño.

—Oh, sí, lo sé, replicó ella con frialdad, pareciendo no interesarse mucho ante tal perspectiva. Comprendo tus buenos propósitos y los deseos que tienes de que las horas transcurran para nosotros todos de la manera más agradable: veo tus esfuerzos en procurarnos el mayor número de entretenimientos y sé apreciar muy bien tu laudable intención de querernos ver siempre alegres. . . . Pero, dime, Ruperto; ¿no sientes en tu interior algo que te llama fuera de ese círculo reducido en que nos movemos? ¿No percibe tu alma la necesidad de un nuevo elemento de vida que la despierte de esa monotonía inexplicable á que estamos acostumbrados . . . una voz vibrante, en fin, jamás oída por ti?

—De ti procede, María Luisa, esa voz que me llama, exclamó Ruperto con entusiasmo; pero háblame de una vez con sinceridad: ¿puedo creer que estás satisfecha de verme á tu lado?

—Sólo puedo pensar en una cosa, contestó con coquetería; y en este momento tengo la idea fija en los bosques de Birle.

—Iremos más tarde, cuando las uvas maduren y los nogales dén fruto, insistió.

—Seguramente no ha de ser más tarde cuando yo vaya, dijo ella, clavando en él sus ojos picarescos é insinuantes.

—Entonces, María Luisa, me obligarás á creer una cosa; y es que hay algo allí que te atrae. ¿No sería acaso el capitán Arimón el anzuelo?

—¿Esas tenemos? ¿Con que también me supones enamorada de un capitán? Sólo esto me faltaba. Tú no me comprendes todavía, Ruperto: has recorrido medio mundo y has visto mucho de lo que aquí hay que ver; así se explica tu apatía por todo. Pero yo no he estado en ninguna parte ni he visto nada y por esto mis deseos de correr son grandes.

—Pero todo llega, María Luisa; es preciso esperar, exclamó Ruperto con intención.

—No, contestó con deliciosa sonrisa. No puedo esperar; no estoy acostumbrada á ello: es preciso que yo vaya á Birle.

Antes de que Ruperto tuviera tiempo de replicar, dos señoritas llegaron hasta ellos.

Una era alta, de figura majestuosa, rostro bondadoso y atractivo, ojos dulces de obscuros abismos, aire seductor y dulce voz. Era Irene Moceli, la hija mayor del señor del castillo, que había sido como una madre para María Luisa. La otra era una morena espléndida, de tez poco común á no ser bajo el sol abrasador de España, con grandes ojos negros, en forma de almendra y largas y obscuras pestañas; una real cabeza coronada con mechones de negro pelo; una mujer, en fin, hermosa y deslumbradora. Era Amparo Lara, sobrina del señor del castillo, que iba á verlos con frecuencia.

—¿Qué pasa? preguntó al notar la sombría actitud de Ruperto, y el aire casi triunfante de la beldad que estaba á su lado. ¿Qué hacéis, María Luisa? Algo malo sin duda.

—Es que quiero ir á Birle, contestó ésta volviéndose hacia ellas.

—¿Y Ruperto se opone? añadió Amparo, cuyos ojos brillaron más al mirarlo.

—Debe V. hablar en tiempo pasado, Amparo, dijo Ruperto. Había hecho una ligera objeción; pero ahora no solamente cedo, sino que me consideraré muy feliz sirviéndoles de escolta.

María Luisa soltó una argentina carcajada,

que sonó en el aire como el dulce repique de una campana.

Amparo se volvió bruscamente; se veía á la vez la pena y el desprecio reflejados en su altivo rostro.

—Escribiré á la Sra. Marsal, dijo Irene, avisándole que vamos.

—Ahora debo darte las gracias, exclamó María Luisa dirigiéndose á Ruperto: aunque yo de todos modos hubiera ido, es mucho mejor que todos estemos conformes y dejar á un lado los piques.

—¿Me permitirás que te sirva de acompañante, María Luisa? preguntó Ruperto con impaciencia.

—Como gustes, fué la fría respuesta de María Luisa; y segura ya entonces de haber logrado el deseo de su corazón, la delicada y elegante beldad abandonó la sombra del cedro, escapándose por entre las flores, como el ligero pajarillo al verse libre de su jaula, con una sonrisa de supremo gozo.

—Veré al capitán Arimón, pensó. Lucía Marsal dice que lleva una pluma en el casco, como aquel caballero del cuadro. Me extrañaría que él la amase; creo que habla bien y tiene ocurrencias felices; eso me gusta, porque estoy hastiada de tanta seriedad, y al me-

nos me reiré un rato. Muchas veces se me ocurre que hubiera sido mejor para mí el haber nacido flor, ó pájaro, ó algo por ese estilo, para embriagarme en los perfumes del campo y disfrutar de la Naturaleza en todas sus galas.

Ya se ve cómo María Luisa manifestaba obstinadamente, á su manera inocente y alegre, estar cansada de vivir en su medio social, y sus esfuerzos constantes por remontar su espíritu á algo distinto, de que ni ella misma podía darse cuenta.

Ruperto seguía con la vista aquella graciosa figura y adorable cara que se alejaban á través de las flores, con una atención y en una actitud de arrebato imposibles de describir.

—Ella irá, mi dulce niña inocente, exclamó; pero yo estaré allí para vigilarla.

Y, efectivamente, María Luisa fué ; pero día llegó en que hubiera preferido morir mil veces, antes que haber ido á los bosques de Birle.

CAPÍTULO II

EL TESORO MAL GUARDADO

Los Moceli de Mendoza eran descendientes de una de las más antiguas familias de Inglaterra, y en Inglaterra se hallaban cuando entró " El Conquistador," de quien eran, por tanto, contemporáneos, aunque su carácter sencillo les impedía envanecerse por ello. Una excelente y venerable familia sajona, orgullosa de su estirpe como pocas, según lo demostraba el celo desplegado por el actual señor del castillo en la conservación de los enmohecidos objetos guardados religiosamente en el Archivo Museo de Mendoza, prueba elocuente de los excelentes servicios prestados al rey y á la patria por ilustres varones, que murieron gloriosamente después de una vida sin mancha, sembrada de memorables hechos de armas.

Los reyes les habían ofrecido títulos de nobleza; podían haber sido barones de Mendoza ó condes de Judal, pero todos preferían

conservar el sencillo y honroso título de "caballero"; no aspiraban á más grande honor ni concebían que hubiera nada en el mundo más respetable que la ilustre cuna de sus padres. Hubo un tiempo en que la joven generación de los Moceli se extendió y multiplicó de tal modo, que llegó á constituir una numerosa familia, pero poco á poco sus miembros fueron desapareciendo del mundo de los vivos, como proceso lento y natural de toda antigua existencia, y el actual caballero era el último de su raza.

Habían sido muy ricos; eran en otros tiempos dueños de más de la mitad de las fértiles tierras que son el orgullo de Mendoza, pero algunas de las propiedades fueron confiscadas y otras se perdieron en la corriente azarosa de los hechos históricos, tan fecundos en acontecimientos de una en otra generación.

Esto no obstante, el señor de Moceli poseía aún muchas riquezas; los inmensos terrenos de Mendoza eran suyos, así como los risueños y productivos dominios de Judal. Sus cosechas le rendían 15,000 pesos al año, lo que colmaba con creces sus ambiciones de propietario modelo de buena administración. Dadas las circunstancias que en él concurrían, cualquiera lo hubiera juzgado feliz, pero no

era así; había sufrido muchas contrariedades y sido víctima de grandes disgustos en su vida.

Se casó muy joven. El retrato de su esposa doña Ana figuraba en la pared del vasto salón de retratos, donde el sol se refleja con mayor esplendidez. El caballero iba á contemplarlo todos los días, porque la había amado mucho y su cariño estaba aún latente en su corazón; su matrimonio no fué del todo feliz, á pesar de la ternura de la esposa y el consecuente cariño del caballero, siempre atento con ella. Sus grandes deseos eran de tener un hijo varón llamado á ser su heredero; jamás había faltado en la familia de los Moceli de Mendoza y por esto su primer desengaño fué el nacimiento de una niña.

Llegó por fin el tan esperado heredero, pero fué un niño muy débil y enfermizo, que murió antes de haber alcanzado la edad de tres años; á partir de este punto sufrieron los esposos una serie de desilusiones más amargas cada vez, pues nacieron cuatro niños, muriendo todos á muy corta edad. Doña Ana, de constitución no muy robusta, empezó á debilitarse y á enflaquecer; la pérdida de sus hijos la afectó mucho, y el caballero, mirando á su alrededor sintió escalofríos; la sombra de la muerte se agrandaba á su vista, presentándo-

sele bajo formas horripilantes, haciendo presa en cada uno de aquellos hijos, cuya vida era tan preciosa para él; los veía con la sonrisa en los labios, extendiendo sus manecitas, que había llenado de besos; pensaba en las dudas con que cada uno de aquellos seres había torturado su imaginación antes de venir al mundo, la ilusión de su alma ante la idea de ver satisfechos sus legítimos deseos de padre; su nombre perpetuado por otra generación más; su fortuna, sus propiedades rústicas de tan productivas cosechas, el honroso título de caballero con que se envanecía . . . todo en manos del futuro recién nacido, que Dios haría que fuese un varón fuerte y robusto para sobrevivirle muchos años . . . pero ahora al empezar á verse solo, sentía algo muy próximo á la desesperación.

Doña Ana no fué en vida una mujer hermosa, pero tenía facciones delicadas de líneas distinguidas, y finos modales, de gracia inimitable. El Castillo de Mendoza, había sido el centro de reunión elegante y cariñosa hospitalidad. Después de su muerte el caballero renunció por completo á toda manifestación de alegría exterior, limitándose al cuidado de las dos niñas que su esposa había dejado, la cual murió pocas semanas después del naci-

miento de María Luisa (la más joven y más querida de todos sus hijos) dejando la niña al cuidado de Irene, la primogénita.

Ya de niña se manifestaban en ella rasgos de prodigiosa belleza, y como se creyese encontrar en las líneas de sus facciones remoto parecido con uno de los antiguos retratos de una persona de la familia, le pusieron el nombre de María Luisa, que tal era el de la retratada, viuda de aquel fiel caballero que se mantuvo al lado de su real señor á través de todos los azares de la suerte, sin abandonarlo jamás, hasta que el filo del hacha del verdugo acabó con la preciosa existencia del Rey mártir.

Á medida que la pequeña María Luisa crecía iba pareciéndose más á aquel retrato, con la diferencia de que, mientras que alrededor de los finos labios de la patricia se notaban unas líneas que había impreso el dolor, y en los grandes ojos una sombra de inquietud, la faz de la joven brillaba límpida como una mañana de Mayo.

Podía decirse que el caballero y su hija Irene habrían dado su vida por ella. Era la mimada de la casa, pues lejos de verse contrariada en sus deseos, se satisfacían sus menores caprichos; la trataban como una pequeña reina, y todo por su encantadora cara y adora-

ble sonrisa. Su padre jamás se separaba de ella y no hubiera consentido perderla de vista por un solo día, porque en ella se encerraba el último legado de su amante esposa, su propio y más valioso tesoro. Preceptores y profesoras iban al mismo castillo á darle lecciones, esforzándose en mantener su atención y en obligarla á retener cuanto se la enseñaba, pero inútilmente; sólo aprendía lo que tenía cierto atractivo para ella, dejando á un lado toda clase de estudios que no fueran fáciles á su imaginación infantil. Para la música tenía una pasmosa disposición; tocaba el piano admirablemente y cantaba con voz y estilo de verdadera artista; dibujaba con soltura y exquisito gusto y era aficionada á la lectura de poesías; hablaba francés é italiano con notable facilidad, habiendo aprendido estos idiomas sin preocuparse mucho en su estudio, antes bien como una distracción propia de sus cortos años, y montaba á caballo con todas las reglas del arte.

Esto era lo que constituía la educación en que se había formado María Luisa, de manera que no podía decirse que poseía una refinada instrucción en el verdadero sentido de la palabra. Vivía la vida ligera y apacible de la mariposa y nadie le había dicho jamás que el mun-

do estaba sembrado de desengaños; nadie la había preparado para el sufrimiento ni enseñado la ciencia de sobrellevar con resignación las contrariedades de la vida, y por consiguiente no pensaba más que en divertirse, dejando transcurrir las placenteras horas entregada á las ilusiones propias de la infancia. Su padre era muy exigente en este sentido.

—Dejad que la niña sea feliz, decía: harto temprano ha de conocer, por desgracia, las penas á que estamos expuestos.

Y por esto, cuando su juiciosa hermana mayor trataba de hacerle alguna indicación acerca de lo que es la realidad de la vida su padre se lo prohibía.

El cielo había derramado sobre ella sus más preciosos dones; era pura é inocente como el ensueño de un niño; caprichosa, es cierto, pero en su naturaleza de mujer, respetuosa y humilde; desdeñosa é intolerante para con toda acción mezquina ó ruin; detestando la mentira y la falsedad, no perdonando un acto de bajeza. Era un alma grande capaz de los hechos mas nobles, á habérsela dirigido por medios convenientes. Conocía que era hermosa y se complacía en su propia belleza, sin ser por esto vanidosa ni coqueta. Como todos le decían que era la imagen de doña

María Luisa Moceli, era natural que su alma de mujer vibrase de gozo al poder apreciar por sí misma la hermosura de aquella cara con la cual comparaban la suya, la de más correcto perfil que artista alguno pudo trasladar al lienzo.

Montaba siempre los mejores caballos, y con su traje azul obscuro, su coquetón sombrerito de blancas plumas cayendo sobre su rubio pelo y rozando apenas su fino cutis, era una delicada figura digna de ser admirada.

Hacía cuanto gustaba y sus deseos no tenían límite; sólo en una cosa no había querido complacerla su padre. Le había pedido repetidamente que le permitiese ir á Londres, pues su alma ardía por conocer y alternar con el mundo elegante de la capital; esa ansia del más y más era en ella inextinguible; quería aprender nuevos bailes, conocer nuevas costumbres, formar parte de esa multitud entre la cual tenía que hallar nuevas sorpresas con que saciar su curiosidad; escudriñar los gustos y tendencias de ese grupo que se agita en los grandes centros, crear nuevas relaciones, prolongar, en fin, el radio en que se había movido hasta entonces. Pero el caballero Moceli se mostraba indiferente á su petición: celaba su tesoro con tal rigor, que esa precisamente fué

la causa de perderlo más tarde; por ningún motivo hubiera permitido que su hija preferida abandonase el seguro puerto que le brindaba su hogar. En vano María Luisa insistía diciendo que otras como ella iban á Londres y eran presentadas á la corte en donde brillaban y eran admiradas . . . ¿por qué no podía ella hacer como sus amigas? Pero el caballero respondía gravemente:

—Esta corte es de las más respetables y de mejores costumbres de Europa: la noble dama que la preside es uno de los modelos más perfectos de entre las de su linaje, sin par como esposa, madre y reina; pero de ningún modo quiero dejar á mi hija en medio del mundo del fausto y del placer; ella es mi alegre pajarito y debe quedarse encerrada en su jaula de alambres dorados, para consolar con su canto á su afligido padre en sus tristezas.

Su única idea, el punto en el cual había concentrado su esperanza y su vida entera era guardar á su hermosa y querida María Luisa con todo el celo que su paternal cariño le inspiraba. Para ello, había escogido cuidadosamente de entre sus relaciones de amistad, aquellas personas que creía podían secundarlo en su propósito; pocas eran, y á su modo de ver, de espíritu templado en sus sanas ideas y recto

pensar. Así María Luisa crecía en medio de las apacibles soledades del Castillo de Mendoza, sin contagiarse su corazón inmaculado con las impurezas del mundo, cuyo sombrío aspecto le era desconocido; sólo tenía una vaga idea de que lejos de allí, la bajeza, el sufrimiento, el dolor, la vergüenza, agitaban la vida de la sociedad; tenía una remota noción de que los días no transcurren para todos en medio de esa augusta calma de que ella disfrutaba; de que el trabajo constante, la pobreza y la privación son patrimonio de muchos; de que el duro trabajo es necesario al hombre para lograr el pan de cada día, que muchas veces come rociado con sus propias lágrimas; de que crueldad, violencia y crimen no son palabras imaginarias, y, en fin, de que su tranquila existencia era un raro ejemplo en medio de la agitación de la vida humana. ¡Pero la feliz criatura no pudo comprobarlo hasta el día en que su corazón sintió la tortura de punzantes palabras, que ahuyentaron de su mente hasta el último resto de sus pasadas ilusiones, sumiéndola en los abismos de la más negra realidad! . . .

Por el momento, era dichosa con sus pájaros y sus flores, soñando bajo la sombra de los bosques de Mendoza en el gallardo caballero

que, montado en brioso corcel, pasaría por su lado deslizando en sus oídos las primeras mágicas palabras que despiertan de su letargo el alma predispuesta al amor: soñaba, aspirando el suave aroma de las flores de verano, en su porvenir lleno de firme esperanza y amante poesía.

Con frecuencia dejaba escapar de sus labios delicados gorjeos entonando trozos de música selecta. El caballero, entonces, inclinaba su cabeza gris concentrando toda su atención en aquella voz que se escapaba fresca y rica de entre las flores; voz de un ángel cuyo cielo no empañaba la más ligera nube.

Cuando llegó á la edad de dieciseis años, su padre declaró que su educación había terminado y por consiguiente quedaba libre.

Le había impuesto la obligación de preparar su te, después del almuerzo, y no quería tomarlo de otras manos. Luego, salían juntos á caballo hasta la hora de comer: terminada la comida ¡cómo se anegaba su alma en dulces recuerdos, cómo vibraban las fibras de su corazón ante la memoria de la amada compañera de su vida, oyendo la voz espiritual de su hija, ya entonando melodiosas canciones, ya entregada á la alegre charla propia de sus pocos años! No era de extrañar que el caballero

aborreciese la sociedad, teniendo á su lado aquel tesoro que guardaba tan celosamente, siempre ante el temor de que alguien podía robárselo; le parecía que la presencia de otras personas distintas de aquéllas que con tanto cuidado había escogido para alternar con ella, era un peligro constante para su bienestar. ¡Cuán distante estaba, sin embargo, de conocer el bien de su hija! Su egoísmo por poseer todas las primicias de aquel fruto de su amor le condujo hasta cerrar los ojos á la razón; por esto, cuando después de algunos años, como sucedió, llegó á comprender, ya tarde, los funestos resultados de su modo de obrar, el afligido caballero de Mendoza no tuvo más remedio que inclinar resignadamente la cabeza y reconocer su yerro.

CAPÍTULO III

LA NUEVA PRIMAVERA DE RUPERTO

María Luisa Moceli, con tener muchos adoradores no era coqueta; era una niña ingénua que decía invariablemente lo que pensaba, y estaba muy por encima de los ridículos procedimientos á que se entregan las jóvenes bonitas para agradar, aunque no hay que decir, con todo, que siendo mujer y hermosa se sentía, naturalmente, halagada en su amor propio al creer hacer sentir el poder de su belleza en los demás.

Los jóvenes de su rango la amaban, sí, pero con un amor sencillo, desprovisto de toda esperanza de mútua correspondencia; ninguno de ellos, ni aun en los momentos en que en su pecho se declaraba impetuosa la pasión, se creía con fuerza suficiente para conquistar el amor de la joven beldad. Carlos Tornero era uno de sus adoradores mas fervientes, y D. Claudio Mora, señor de Llanos, solterón impenitente en quien ninguna mujer había hecho

mella, no tuvo más remedio que rendirse ante María Luisa, confesándose vencido hasta el punto de que no hubiera vacilado un momento en hacerla su esposa, pero él mismo se sonreía ante esa idea, que juzgaba peregrina, por creerla de imposible realización. Todos la amaban, sí, pero cuando más tarde su rubia cabeza cedió al peso del dolor y la espléndida juvenil hermosura se borró de su rostro en horas de desesperación, ninguno de ellos estaba á su lado para secar sus lágrimas.

Pero María Luisa tenía, además, otro apasionado; si bien se complacía en tomar á broma el amor de D. Claudio, mostrándose para con él unas veces amante, otras indiferente, coqueteando en cierto modo, para con Ruperto Doti, señor de Aldein, no sabía que partido tomar; por su carácter serio y comedido era realmente otra cosa muy distinta; no podía burlarse de él ni atormentarlo con vanas esperanzas, pues era superior á cuantos había encontrado á su paso, y lo consideraba como la más perfecta creación de los héroes de sus novelas favoritas, con ser muchos de ellos casi el prototipo de lo heroico. Reconocía sus altas cualidades con todo el ímpetu de su alma; su admiración era tan profunda, que muchas veces no acertaba á dirigirle la palabra al encon-

trarse con él y se decía repetidamente á sí misma que era el más grande, el más leal, el más noble del mundo, pero á pesar de esto no ardía en su corazón la más pequeña chispa de amor por él; lo encontraba demasiado perfecto, á su modo de ver; bien podía ella mirarse en sus ojos para sentir admiración por él y hasta para imitarlo en lo posible, pero no para amarlo.

Ruperto Doti había heredado las posesiones de Aldein antes de cumplir los dieciocho años. Su padre murió dejándolo heredero de uno de sus más importantes estados de Inglaterra. Había sido siempre juicioso y grave, pero su gravedad era tan simpática, que cualquiera que cultivase su trato acababa por ser su mejor amigo y aunque no era en realidad el héroe que la joven se imaginaba, porque tenía sus defectos como todo hombre los tiene, estaban dominados en gran parte por una voluntad de hierro.

Mucho influía esta cualidad en la inclinación que toda mujer sentía instintivamente por él; su energía y su fuerza podían leerse en los pronunciados rasgos de su fisonomía, pues bien visibles estaban, y por esto en un momento de duda ó de peligro, cualquiera se dirigiría á él sin vacilar; su leal y valeroso

corazón y su fuerte brazo estaban siempre prontos á la defensa del débil . . . pero ¡ay! que cuando la mujer que amaba más que á su vida los necesitó, fué impotente, á pesar suyo, para socorrerla.

Aldein era un dominio cercano á Mendoza, tánto que las tierras del uno lindaban con las del otro. El joven Ruperto y el caballero de Moceli habían sido siempre buenos amigos, y el último notó con gran placer la inclinación de aquél por su hija, tanto por su razón de simpatía como por algo de egoísmo. Dadas las condiciones especiales en que había sido criada María Luisa, el casamiento de ésta con Ruperto Doti era un plan muy tentador para el padre, pues aun prescindiendo en absoluto de las bellas cualidades que en el joven concurrían, no era nada despreciable la oportunidad de conservar á su querida hija tan cerca del castillo y seguir haciendo ambas familias reunidas aquella vida de aislamiento tan sublimada por el caballero de Moceli y por él mismo llevada á la práctica en la persona de su hija.

El amor de Ruperto por ésta no había nacido en él como una chispa; no podía precisar el momento en que su alma se concentró por entero en ella, pues la amaba ya cuando era

aún una niña graciosa, ingénua y traviesa que le daba besos y partía sus dulces con él: la veía crecer y la amaba á su manera de muchacho de instintos guerreros, persiguiéndola por el placer de dar un tirón á su trenza, ó un retorcido pellizco que dejase duradera señal en un brazo, haciéndola lanzar chillidos de dolor. Cuando tenía 10 años lo enviaron á un colegio y al acabar sus estudios viajó durante algún tiempo por el Continente. Volvió al fin cuando María Luisa acababa de cumplir los dieciseis, y la encontró más hermosa de lo que él se hubiera podido jamás imaginar.

Su amor de ahora no era, pues, un nuevo amor sino la avivada chispa que dormía entre las cenizas de su infantil cariño; era la nueva primavera de Ruperto que florecía al rayo de sol de aquellos lindos ojos; cuando ella cogió su mano á su llegada para darle la bienvenida, Ruperto sintió que su corazón iba á ella y desde entonces no pudo recobrarlo ya más; continuó amándola como lo había hecho toda su vida y como la amó después hasta la muerte. Él no se lo había dicho aún, pero la galanteaba más que lo que podía serlo la mujer más admirada, con todo el ímpetu de que era capaz su alma, con todo el fuego y la poesía que encerraba su imaginación; la cortejaba

por medio de la música, del canto, de las flores, de las más dulces palabras; pensaba siempre en ella, vivía por ella y era su única idea, el centro en el cual radicaban toda su ilusión y su voluntad, sus estímulos más poderosos y sus más laudables acciones: y ¡con qué ansiedad esperaba poder hacerla suya para llevarla á su propia casa, donde le rendiría todo el culto que su cariño de esposo le sugiriera, satisfaría sus menores caprichos y colmaría todos los deseos de su corazón!

Antes de declararse á María Luisa, prefirió confesar al padre de ésta el amor que por ella sentía. Era tan niña aún su dulce y encantadora amada, que de habérsele declarado y suponiendo que quisiese corresponderle, tenían que contar con la voluntad del padre, y por esto no vaciló un momento en asegurarse de si él consentía.

¡Si el caballero de Moceli consentía! Sus ojos lanzaban destellos de júbilo al oir la revelación de Ruperto Doti; ¡la niña llamada á ser el consuelo de su vejez, su más grande y valioso tesoro no podía aspirar á más ventajoso partido!

—Moriré feliz, Ruperto, exclamó, si dejo mi querida hija encomendada á su amor de esposo.

—¿Pero cree V. que ella consentirá? preguntó Ruperto con aire de duda.

—No puedo esperar otra cosa de ella, amigo mío; María Luisa no es de esas muchachas veleidosas que no piensan más que en el amor y en los novios; es todavía una niña inocente, que no se ha fijado nunca en un joven é indudablemente amará á V.

Pero este razonamiento, al parecer lógico, apenas alentó á Ruperto; conociendo el carácter de María Luisa temía dar un paso en falso, pues recordaba cuanto había hecho sin merecer de ella la más ligera prueba de ser correspondido. Su situación se hacía insostenible y ardía en deseos de salir de una vez de dudas; por esto un día tomó el camino del castillo, resuelto á preguntar á su María Luisa, lisa y llanamente, si quería ser su esposa.

Jamás olvidó el día ni la escena; otros hechos se fueron borrando de su memoria á través de los años, pero éste quedó grabado en ella para siempre hasta el día de su muerte. Era á la caída de la tarde de un caluroso día de agosto y el sol despedía sus últimos reflejos sobre los dilatados llanos y espléndidos jardines del Castillo de Mendoza. Ruperto Doti preguntó al llegar por el Sr. de Moceli y le dijeron que había ido á comer á casa de D.

Claudio Mora; Irene y Amparo habían ido á dar un paseo en la *charrette* y María Luisa estaba sola en el jardín.

Allí fué á buscarla. Nunca se borró de su memoria el dorado reflejo de los árboles heridos por la luz crepuscular del sol poniente, la fragancia de las flores, el suave brillo de las lilas, el embriagador perfume de las rosas y las acacias, cuyas hojas caídas hollaba al pasar; las fantásticas canciones de amor que entonaban los pajarillos posados en la copa de los árboles; la voz del viento que iba apaciguándose hasta convertirse en el más suave de los murmullos. . . . Recordó toda su vida cómo su corazón saltó de gozo al verla sentada debajo de las acacias, esforzándose por concentrar su atención en un libro que tenía abierto en su falda, pero contemplando con encantados ojos el mundo que en torno suyo recibía la ansiada caricia del aire fresco, por el cual se afanaba durante el día.

Ruperto se fué acercando despacio hasta donde ella estaba; podía adivinarse la alegría que sintió al verlo, en la franca sonrisa que inundó su rostro; el verdadero contento brillaba en sus ojos, y sus palabras se escapaban ligeras de su garganta; ni repentino rubor en sus mejillas, ni desvío en su mirada, ni tem-

blor en sus labios ni agitada palpitación en su pecho.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! exclamó; me han dejado sola y estaba aburrida. Siéntate y cuéntame algo nuevo y alegre.

Él se sentó á su lado, haciendo esfuerzos por decir algo, pero en vano.

—Espero que no vas á contrariarme y á ponerme triste ¿no es cierto? le preguntó ella con inquietud.

—No es tal mi intención, contestó él con una extraña sonrisa, al contrario; ¿á que no aciertas qué es lo que vengo á decirte? la cosa más interesante que puedes haber oído jamás.

—¿Qué es ello? exclamó María Luisa, sorprendida.

—Algo acerca de ti y de mí.

Se detuvo bruscamente al ver que volvía la cara hacia él, sin que pareciese tener la más pequeña idea de lo que quería decir.

—Entonces no puede ser muy interesante, contestó María Luisa. Conozco cuanto á mí se refiere y, francamente, no veo en ello cosa del otro mundo.

—Pero tú no lo sabes todo de mí, exclamó él con una pasión tan vibrante en sus palabras

que el eco de su voz la hizo estremecer. Tú no sabes, María Luisa de mi corazón, lo que te amo, y que sacrificaría mi vida por ti; tú no sabes que daría cuanto poseo por tu amor. ¡María Luisa de mi alma, Luisa mía! ¿No puedo esperar que tú me ames como yo te amo á ti?

Y antes que tuviese tiempo de contestar se arrodilló á sus pies sobre el blando césped, pronunciando amantes palabras que hicieron teñir de carmín las mejillas de la joven y que hubieran encontrado eco en el corazón de otra mujer, pues toda el alma del enamorado Ruperto estaba en ellas; palabras que reflejaban el amor tanto tiempo encerrado en su pecho sin manifestarse y que se desplegaba á la vista de María Luisa, en toda su grandeza.

Vió Ruperto también como aquellas mejillas empezaron á palidecer y aquellos ojos de mirada elocuente se ofuscaron de admiración y temor y observó que aquél delgado cuerpo era presa de ligero estremecimiento.

—¡María Luisa! gritó con pasión; dime que no te he causado espanto; no puedo encontrar palabras con que expresar lo mucho que te amo; mírame, dueña de mi vida, aquí á tus pies suplicándote me digas una palabra, una tan sólo. ¿Quieres ser mi esposa?

La turbación pintada en el rostro de María Luisa iba en aumento.

—¡Tu esposa! balbuceó al tiempo que sus temblorosos labios se negaban á pronunciar una palabra más.

—Sí, mi esposa, para hacerte la más dichosa de las mujeres; amándote como te amo ¿qué no daría yo para lograr tu felicidad?

Las lágrimas llenaron los ojos de María Luisa.

—Oh, Ruperto, dijo ¿por qué has venido á turbar la placentera tarde de este día? ¿Yo tu esposa? No puedo ser aún esposa de nadie . . . no he pensado jamás en ello.

Y como él hiciera ademán de insistir:

—¡Calla! le dijo, no me atormentes por Dios; no me hables una palabra más en este momento; ten calma y espera; necesito reflexionar.

CAPÍTULO IV

ASPIRANDO Á OTRA COSA

Permanecieron algunos minutos en religioso silencio. El viento agitaba las flexibles ramas de las acacias, que se movían acompasadamente con rumores que hacían aún más augustos aquellos momentos; el perfume de las rosas llegaba hasta ellos, envolviéndolos en su aliento de embriagadora languidez; la Naturaleza toda parecía estar pendiente de aquella escena de amor y Ruperto Doti, sobrecogido de incertidumbre miraba de hito en hito la hermosa cara de la adorada mujer que iba á darle vida ó muerte con una sola palabra de sus labios.

Pero María Luisa no hablaba; á Ruperto se le hacían aquellos momentos interminables y empezaba á temer una respuesta que deshiciese en un momento todas sus ilusiones de enamorado.

—¡María Luisa! se atrevió á insinuar con dulzura; una palabra tan sólo.

—¡No puedo decirla!—exclamó ésta—¡no puedo!

—¿No sabes si me amas? insistió él inclinando su sombría faz hacia ella, con la mirada ardiente al encontrar la suya.

—No, contestó con sencillez; me has cogido de tal modo de sorpresa que me es imposible coordinar mis ideas para decirte si te amo ó no; jamás había pensado en estas cosas, Ruperto y la impresión que me ha producido tu pregunta es demasiado honda para que pueda contestarla.

Él se sonrió al oir estas palabras.

—Pero, dime, María Luisa, ¿amas á otro? preguntó con impaciencia.

—Oh, no, se apresuró ella á contestar; nunca he pensado en el amor.

—Y no esquivas mi presencia . . . y no te alejas de mí diciéndome que no quieres ser mía y mis palabras encuentran eco en tus oídos de mujer amante . . . oh, sí ¡hermosa de mi alma, díme de una vez que mi amor es correspondido por ti!

—No; repuso María Luisa con aire pensativo; no puedo decirlo, Ruperto, porque no estoy segura de ello; ¿á qué obligarme á contestar ahora lo que no sé?; mi respuesta tal vez podría serte grata en este momento, pero

más tarde nos arrepentiríamos quizá, tú por tu insistencia y yo por mi ligereza. Dejemos este punto; es mejor pensar ahora en otras cosas; ¿quieres que vayamos hasta el lago?

—No, hermosa mía; es preciso que digas algo que satisfaga mi amorosa curiosidad; no me admites, pero tampoco me rechazas; pues bien, ya que rehusas darme ahora una respuesta categórica y quieres dejar al tiempo tu resolución, voy á proponerte una cosa; que me concedas los medios de ganar tu cariño abriendo tu alma á las lides del amor á fin de ver si yo logro conquistarla.

Como no contestaba, Ruperto continuó:

—Permite que te ame; déjame conquistar tu corazón con la constancia que mi fe pueda inspirarme; mis suspiros serán para ti; te consagraré mis ilusiones, mi esperanza, mi vida entera; aunque te vea indiferente, mi constancia seguirá á través de mis sueños de rosa, afanosa siempre por alcanzar el momento en que mis manos opriman las tuyas ya rendidas, para oir de tu boca que al fin consientes en llamarte mía; no notarás en mí la más pequeña señal de impaciencia, ni me atreveré á importunarte, cualquiera que sea el tiempo que transcurra; mi porvenir es tuyo y esperaré el momento de mi felicidad ó mi desgra-

cia por años que pasen; pero al menos, amada de mi vida, haz por quererme y si al fin me quieres no habrás de arrepentirte; si no puedes quererme renunciaré á la dicha que en ti hubiera hallado, rogando á Dios que te bendiga donde quiera que te halles. ¿Estás conforme con esto, María Luisa?

—Sí, estoy conforme y quedo desde luego comprometida.

—No; eres libre como el viento, replicó él; esperaré veinte años si quieres, con una resignación sin límites; si después de ese tiempo no me amas aún, no oirás una sola queja de mis labios.

La noble generosidad de este amor no la impresionaba; solamente se sentía sobrecogida al notar las ráfagas de pasión que cruzaban la faz del enamorado galán.

Él le tomo la mano.

—Tienes frío, dijo. Vamos al lago y daremos un paseo en bote.

La joven se levantó, permaneciendo á su lado en actitud adorable; él, arrogante y solícito con ella, tenía un aire de gravedad y tristeza, que agravaban más sus temores de verse rechazado al fin por la mujer amada.

—¡María Luisa! exclamó en un impetuo-

so arranque de cariño; déjame por una vez tan sólo posar mis labios en los tuyos.

Y al decir esto se inclinó hasta rozar su cara con sus labios. ¡Qué inefable impresión de felicidad quedó grabada en el alma de Ruperto por todos los días de su vida al recuerdo de aquella escena! El rubor tiñó las mejillas de María Luisa que, confusa, volvía el rostro del otro lado, mientras que él la estrujaba en sus brazos, oprimiendo con los suyos sus labios que llenaba de apasionados besos de fuego, murmurando palabras de amor ardiente.

—No vayamos al lago, dijo María Luisa después que Ruperto la hubo soltado, permaneciendo distante en actitud respetuosa. Tengo deseos de ir á casa; tal vez papá esté ya.

Y satisfecho con lo que le parecía haber ganado, Ruperto siguió al lado de ella hablando de cosas indiferentes. María Luisa iba reponiéndose de sus pasadas emociones á medida que avanzaba, y al pisar el umbral de la puerta de su casa, era la misma chiquilla fresca y risueña de siempre, radiante de hermosura y felicidad.

Así siguieron las cosas en el mismo estado durante varios meses. Ruperto explicó al caballero los términos de su declaración á María

Luisa, y cómo ésta se había quedado sorprendida, sin decidirse á darle el "sí." El caballero escuchó algo contrariado la relación del joven, confiando que los sesudos consejos de su hija Irene cerca de su hermana y la constancia del amante producirían á la larga los efectos apetecidos.

Los tres la vigilaban sin cesar ansiando el momento en que se manifestase el más insignificante indicio á través del cual pudiese traslucirse la franca inclinación de su espíritu; cada cual por su lado prodigaba los medios que estaban á su alcance para lograr el efecto apetecido. Ruperto, con las más patentes pruebas de su amor siempre creciente, Irene por el consejo cariñoso de la hermana que la idolatraba, su padre por medio de discretas y frecuentes reflexiones acerca del brillante partido que le esperaba; todo en vano; María Luisa era una niña feliz, sin temores ni desasosiegos, que sólo prometía cuidarse de pensar más tarde en lo que se le decía y aun llegó á concebir cierta remota probabilidad de adoptar una resolución. No gustaba de ese amor ardiente y exaltado; sus ideas sobre la vida eran muy otras que quedar presa en esas amantes redes que debían oprimirla, obligándola á quedar ligada para siempre

á aquel ser que decía adorarla tanto; sus pensamientos volaban á otras alturas distintas; las rectas intenciones de su amante se diferenciaban de las infantiles sueños que llenaban de música y flores la dorada primavera de su vida.

Los primeros días, al recordar los apasionados besos de Ruperto, se sentía avergonzada y era poco expansiva con él; pero pronto los dió al olvido, volviendo á ser la misma muchacha alegre y francamente simpática de antes. Pero su corazón dormía aún; Ruperto no tenía poder bastante para despertarlo de su prolongado letargo. Por cierto que movía á conmiseración el observar la suma de finezas con que la obsequiaba inútilmente; no había intentado de nuevo abrazarla y llenarla de besos, pues estaba resuelto á observar con ella una conducta exenta de arrebatos que pudiesen impresionarla en lo más mínimo como ya le había prometido; pero su oculto y silencioso amor chispeaba en sus ojos, vibraba en sus palabras, latía en cada imperceptible suspiro que se escapaba de su pecho.

Todo el mundo se ocupaba de estos amores haciendo cada cual sus comentarios acerca de lo mucho que Ruperto Doti galanteaba y quería á María Luisa, y todos le deseaban el

mejor éxito, dudando al mismo tiempo que pudiese alcanzarlo, pues la frialdad de ella era patente. Á pesar de esto él no cejaba en su propósito de amante conquista; la esperanza lo alentaba constantemente, y como quiera que transcurrían los largos meses de verano é iba acercándose el invierno, se alegró con la idea de que la nueva estación aportaría tal vez al alma virgen de la niña nuevos elementos, iniciándola en los puros deseos de crearse un hogar propio, en donde hallar la felicidad al lado del esposo de su corazón. Pero María Luisa, que acababa de cumplir diecisiete años, no cesaba de aspirar á algo nuevo; pájaros y flores, música, dibujo y cuanto estaba en su mano para distraerse ó divertirse, nada le satisfacía, siempre el ansia de algo distinto, el anhelo del más y más aferrado á su alma. . . . Anhelaba la pompa y la ostentación de que disfrutaban otras de su edad; bailar en salones ricamente adornados, entre la sociedad más distinguida y elegante, dando caprichosas vueltas de bailes desconocidos para ella, hasta caer en un diván rendida de cansancio; sentir sus ojos cegados por el resplandor de mil lámparas eléctricas, lanzando vivos destellos de luz multicolor; inundar su alma en la desbordante armonía de una orquesta colosal; salir á

continuas excursiones y jiras campestres para correr por el bosque, internarse en las profundas cuevas, escalar los montes inaccesibles, sentir las emociones de la caza y al retirarse por la noche al lecho del descanso, caer desplomada cerrando sus párpados al sueño reparador de tantas fatigas. . . . Paladear, en fin, lo que se llama la *vida*.

Ruperto no olvidó jamás el día en que la encontró á la orilla del río mirando con ojos soñadores el agua transparente, y se acercó á ella para preguntarle qué estaba pensando: su cara no manifestó sorpresa ni contento al oir la voz de él; tan embebida estaba en sus reflexiones.

—No puedo decírtelo, contestó; estoy deseando cambiar; creo que llego á sentir hastío de estar siempre en el mismo sitio viendo la misma gente: deseo conocer caras nuevas y oir nuevas voces.

Y sin hacerse cargo, en su infantil inconsciencia, del terrible efecto que estas palabras causaban en él, continuó:

—Necesito hacer lo que hacen otras de mi edad, correr á mi antojo y volar á mis anchas. Pero, dime Ruperto; ¿dónde está ese mundo resplandeciente lleno de hermosas damiselas y enamorados donceles? Dime; ¿dónde está?

¿Cuando podré romper mis cadenas para verlo con mis propios ojos?

—Sé mi mujer, María Luisa, dijo Ruperto con vehemencia, y lograrás todos los deseos de tu corazón.

Ella se hizo atrás, con muestras visibles de sentirse contrariada por tal respuesta y Ruperto se dijo que aun no era tiempo.

Y así pasó el helado invierno; siguió la primavera y se acercaba otro verano: Ruperto no cesaba de espiar la menor señal de su futura dicha en la cara de María Luisa, pero nada le indicaba que era necesario insistir. No sólo él, también Irene y su padre la observaban ávidamente esperando de día en día la prueba de que el amor tan esperado empezara siquiera á iniciarse en ella. Alguien había, además, que vigilaba también á María Luisa con gran interés, pero su amor le interesaba en otro sentido; era Amparo Lara. Ésta había quedado huérfana cuando era niña aún, y siendo hija única heredó la fortuna de sus padres; estaba á cargo de su tía, la señora de Varés, y del caballero Moceli, hermano de su madre, pasando parte del tiempo en Londres y parte en el castillo.

Amparo Lara era una arrogante mujer; una morena cuyo bronceado cutis y meridio-

nal belleza es rara entre las rubias hijas de Inglaterra; de carácter altivo y apasionado, gran firmeza y resolución á toda prueba, capaz de vencer toda clase de obstáculos para lograr aquéllo en que su intención estaba puesta: era el tipo ideal de la mujer, dulce, amante, graciosa y digna, tan diferente de la impetuosa y obstinada María Luisa como el día de la noche. Hacía tiempo que su imaginación estaba fija en una idea; amaba á Ruperto é intentaba llegar á ser su esposa, y como él era caballeroso y cortés con todas las mujeres, Amparo había interpretado alguna vez su manera de proceder para con ella como una prueba de verse correspondida.

Siendo hermosa y heredera de una fortuna, desde el punto de vista de su posición social hubiera podido encontrar mejor partido, pero todas sus ilusiones se cifraban en llegar á ser la Señora de Doti de Aldein; para su gusto ningún hombre podía compararse á su amado; estaba enamorada de aquel rostro de líneas correctas y hermosamente varoniles. Mucho sufría su corazón al observar con qué asiduidad trataba de conquistar Ruperto el amor de María Luisa, pero hacía esfuerzos por consolarse pensando que la indiferencia de ésta haría mella al fin en su amante y de ese

modo lograría apoderarse de su corazón, de rechazo.

Ruperto le tenía afecto, sencillamente porque era la prima de María Luisa, sin haberse sentido nunca impresionado por sus gracias, que realmente eran muchas. Cuando María Luisa le daba martirio con algún desplante de su geniecillo caprichoso ó se sentía herido por su glacial indiferencia, acudía á compensar en cierta manera su amargura con la agradable conversación de Amparo; ella era la única que parecía comprenderle, y á las pocas palabras se establecía entre ambos una corriente de mútua simpatía, tanto más desinteresada para él cuanto de cariñosa intimidad para ella, sin que una sola vez el nombre de María Luisa se pronunciase por ninguno de los dos. Nadie hubiera podido sospechar las amantes cuitas de Amparo, que también sufría en silencio el desvío del hombre á quien idolatraba y éste, aun sin interesarse por ella, no trataba de resistir el bálsamo consolador que sus mágicas palabras derramaban sobre él.

Mucho sufría Amparo durante estos días en que Ruperto intentaba enamorar á María Luisa. ¡Quien le hubiera dicho á ella, una de las más hermosas y distinguidas señoritas de Inglaterra, solicitada por todos y por todos pre-

ferida, que tenía que verse postergada por una muchacha que nada conocía del mundo ni tenía la más pequeña idea de lo que fuesen los lujosos salones que ella frecuentaba! Empleó todos sus recursos para cautivar el corazón de Ruperto, y sus manos de muñeca le lanzaron las más fascinadoras flechas de su belleza, pero en vano; una mirada de María Luisa, media palabra tan sólo bastaban para que Ruperto se olvidase de sí mismo, sin que las amantes manifestaciones de la joven rival pudiesen sacarle del hechizo de que estaba poseído; su ceguedad era completa, pero Amparo no se impacientaba y tenía gran fe en el porvenir.

Una mañana de Junio en que María Luisa vagaba por el jardín, tratando de dar con algo que la distrajese de la monotonía de la vida, anunciaron la visita de la Sra. Marsal.

Irene en su carácter de señora de la casa, salió á recibirla. María Luisa al presentarse después, fué objeto de los agasajos de aquélla, que le expresó sus deseos de verla con frecuencia en su casa.

—¿Dónde está Amparo? preguntó; tengo que pedirles un favor que espero no me negarán.

Fueron á buscar á Amparo y ya estaban

las tres impacientes por saber de qué se trataba.

—He puesto mis cinco sentidos en ello, empezó diciendo la señora Marsal, y no puedo sufrir un desaire; es el caso que Lenobal está lleno de personas amigas mías y me veo obligada á inventar algo para que se diviertan; habíamos pensado en una gran jira campestre á los bosques de Birle, con un baile por la noche, pero esto no se hará á menos que Vds. prometan acompañarnos.

La hermosa cara de María Luisa se iluminó con destellos de la más viva alegría.

—Tenemos entre nosotros personas de gran respetabilidad, continuó la Sra. Marsal; V. conoce, Amparo, á uno de ellos . . . el capitán D. Guillermo Arimón. . . .

—¡El capitán Arimón! interrumpió Amparo con viveza: ¿un caballero guapo y buen mozo que canta muy bien?

—Justamente: ¡oh! estamos todos encantados con su presencia; nos ha hecho divertir en grande. Es un modelo del hombre de mundo, con un repertorio inagotable de charadas, cuentos, bailes . . . en fin, prodiga las agudezas de su ingenio sin decaer jamás; estoy segura de que no van Vds. á arrepentirse de haber tenido esta ocasión de alternar con él.

—Al contrario, dijo Amparo, acepto su invitación con mucho gusto y será para mí un gran placer acompañar á Vds.

—Yo por mi parte, exclamó María Luisa ebria de gozo, estoy segura de que papá nos dejará ir; voy á pedírselo en cuanto llegue á casa.

Así fué continuando la conversación sobre los huéspedes de Lenobal y especialmente sobre el capitán Arimón, de quien se contaban hazañas militares dignas de pasar á la historia, prometiéndose todos pasar un día feliz en los bosques de Birle, pues no faltaban valiosos elementos para amenizar la fiesta.

—Me darán Vds. una respuesta mañana por la tarde para proveer á los detalles de organización, dijo la señora Marsal al levantarse para despedirse.

Entonces fué cuando María Luisa bajó al jardín y se sentó al pie del cedro, donde se desarrolló la escena que hemos descrito al empezar esta historieta.

CAPÍTULO V

EL LOBO Y LA OVEJA

El caballero de Moceli no consintió al principio de buen grado que su hija formase parte de la excursión á los bosques de Birle, con tanto más motivo cuanto Ruperto Doti, que también había sido invitado, creyó del caso informarle acerca de lo que se decía del capitán Arimón.

—¿Buen mozo y calavera de oficio, amigo de divertirse á costa del sexo débil? Ah, entonces mis hijas no irán á la jira ni á Lenobal hasta que él esté muy lejos de aquí: un galanteador es peligroso, mas un calavera es el colmo de lo temible, exclamaba lleno de energía.

Pero María Luisa estaba tan impaciente por ir, era tan grande su delirio por pasar un día en el campo, que él, al ver á cada momento la contristada faz de su hija, objeto de sus mimos constantes, acabó por convencerse de que no debía resistir más, y dió su consenti-

miento, pero con una condición; la de que Ruperto las acompañaría. ¡Cuántas veces más tarde hubo de arrepentirse de su debilidad y hubiera preferido haber quedado sin voz antes que dar su permiso!

No era, sin embargo, fácil cosa persuadir á Ruperto; veía éste claramente con su profunda penetración de amante, que no eran los deseos de corretear por los bosques de Birle lo que atraía á María Luisa, sino el anhelo de conocer al tan renombrado y funesto militar; pero también como el caballero hubo de rendirse ante la dominadora voluntad de su amada; ¡y también, como aquél lloró más tarde su debilidad! . . .

María Luisa, al saber que iría á los bosques de Birle irradiaba destellos de dicha; era tal el encanto que el nombre del capitán Arimón tenía para ella, que lo repetía una y otra vez, imaginándoselo á su manera y ardiendo en deseos de saber si en realidad era tal como lo soñaba su fantasía. Al ver á Amparo sola en la terraza corrió hacia ella.

—Dime Amparo, le preguntó sin más ni más, absorta en su única idea: ¿dónde conociste al capitán?

—¿Qué capitán? contestó distraidamente aquélla.

—¿De quién he de hablar sino de D. Guillermo de Arimón? repuso con impaciencia María Luisa.

—Pues lo conocí en Londres hace tres años, donde era el pollo más popular de la aristocracia.

Amparo debió haber añadido que no lo fué por mucho tiempo, explicando cómo su popularidad declinó después notablemente.

—¡Cómo te envidio, Amparo, continuó María Luisa, pues siempre vas á todos lados y sabes tanto del mundo! En cambio yo tengo que estar simpre preguntando, sin que mi curiosidad quede saciada. Ya ves; yo ni siquiera he visto nunca un capitán; ¿cómo es ese amigo tuyo, Amparo?

—No es amigo mío, contestó ésta, sino un simple conocido lejano; es un joven de muy buena presencia y aire distinguido, á quien todo el mundo admira por sus cualidades de excelente trato social, sumamente atractivo.

—¿Y lleva galones dorados y una pluma blanca ondulante en el casco? preguntó de nuevo la inocente María Luisa.

—Algo por ese estilo, contestó la otra sonriendo, y sin querer esforzarse mucho en peregrinas descripciones.

En lo profundo de su corazón anidaba la

esperanza de que María Luisa y el capitán quedarían mútuamente enamorados; pero de ninguna manera, ni con palabras ni con hechos quería valerse de solapados medios á fin de alcanzar ésta que hubiera sido victoria para ella. María Luisa, ajena á las cuitas de su prima pasó el resto del día construyendo en su imaginación la figura del gallardo caballero vestido con el más vistoso uniforme militar y á este ideal personaje le llamaba para sus adentros el capitán Arimón.

El sol brillaba con todo su esplendor el día funesto en que la hija del caballero salió del castillo á hollar con su menuda planta la entrada del sendero de su negro porvenir. Se había adornado con las mejores galas, que realzaban de un modo supremo su natural belleza y Ruperto la seguía ávidamente con la vista, admirando en ella el hada de sus más puros ensueños; la veía inquieta, movediza, alegre, coloradas las mejillas con la excitación propia de aquel paso á otra vida tan distinta y que provocaba en ella tan inocente curiosidad. Su coquetón sombrerito negro adornado de una pluma blanca que caía con gracia rozando su rubio cabello, hacía destacar más el hermoso perfil de su blanca tez. La atención de Ruperto no se fijó en los delicados detalles de su

rico vestido de seda, con puntas y encajes de entre los que sobresalía su cuerpo escultural; el efecto de aquel regio conjunto era maravilloso para él.

Amparo estaba también encantadora con su vestido de seda color malva y adornos blancos, pero Ruperto ni siquiera se fijó en ella.

El alma de las jóvenes rebosaba felicidad; por fin iban á Lenobal para unirse con el resto de los convidados, en dirección á los bosques de Birle. Ni la más ligera nube empañaba la límpida pureza de aquel cielo de verano; árboles y plantas se destacaban del fondo azul con toda nitidez y la Naturaleza parecía estar envuelta en un velo sutilísimo de compactas mallas de fuego. María Luisa se sentía transfigurada, considerándose en aquel momento la más dichosa de las mujeres, como podía leerse en su rostro, iluminado por dulce sonrisa; iba apoyada indolentemente en el respaldo del lujoso coche que el caballero había comprado exprofeso para ella, y Ruperto á su lado montado á caballo, anegándose en la placentera luz de sus ojos. La fresca brisa del verano no llevó hasta sus oídos el eco de una desconocida voz de alerta, ningún signo de funesto presagio empañaba el brillo de la transparente atmósfera; nada, en suma, que

delatase la oculta presencia de la negra nube que empezó á formarse aquel día y que debía vendar más tarde los ojos de la niña querida, á la belleza de la tierra y de los cielos.

No hay para qué decir lo satisfecha que quedó la vanidad de la señora de Marsal contando con la compañía de María Luisa sobre todo, pues siéndole bien conocida la repugnancia del padre en dejar frecuentar á su hija toda clase de reuniones, un acto tal de distinción hacia ella no podía ser más que motivo de hondo agradecimiento de su parte.

Los convidados subieron en Lenobal á los carruajes preparados para conducirles á los bosques de Birle, siguiendo en fila durante el camino, hasta que al llegar allí se dispersaron por los distintos senderos de los jardines. El corazón de María Luisa latió con fuerza al observar al extremo de uno de ellos y al pie de un álamo, el brillo de unos cordones dorados, heridos por los rayos del sol. Mirando atentamente vió que era un hombre alto y buen mozo, vistiendo el uniforme militar, de pelo rubio, ojos azules, largo y fino bigote, y rostro de líneas sajonas, lleno de simpática sonrisa; fijándose más, observó que el aire de aquel joven tenía un atractivo especial; parecía otro ser distinto de los que ella había tratado hasta

entonces, más animado, de más viva expresión y buen humor comunicativo.

Lejos estaba de su imaginación que aquellos ojos que la contemplaban con tan tierno embeleso encerraban la astucia y la codicia; que el bigote de guías caprichosamente retorcidas, ocultaba el rudo perfil de una boca capaz solo de pronunciar frases de engaño; que el brillante aspecto exterior de aquel cuerpo erguido era tan sólo la envoltura vil del corazón mas frío y degradado.

María Luisa se apercibió del arranque de admiración que se apoderó de él al notar su presencia, y sintió enrojecer sus mejillas; después vió como hablaba con vivo interés á Lucía Marsal, como preguntándole quien era ella, y sin saber por qué se alegró de la indiferencia que ésta demostraba hacia el capitán.

En ese momento Ruperto fué á colocarse al lado de María Luisa, tratando de persuadirla que continuase su camino á través de los jardines, pero ella, que daba manifiestas señales de impaciencia, le contestó con un desplante, pues anhelaba quedarse sola para dar lugar á que el capitán se acercase hasta ella. No le costó gran trabajo á Ruperto el comprender la indirecta y sintiéndose herido por la veleidad de la mujer que tanto amaba, se retiró con

prudencia. María Luisa vió entonces el capitán Arimón hablando con Amparo.

¡Pobre inocente niña mimada! Al hallarse en presencia de aquel ser no sabía explicarse por qué el destino no los había puesto antes frente á frente; se sentía presa entre las redes de aquellas miradas provocativas; el brillo del uniforme la cegaba, el continente marcial de aquel hombre influía extraño hechizo sobre ella; empezaba á creer que fuera de él no podía hallarse el ideal que se había forjado en la monótona soledad de los prados del Castillo de Mendoza; acariciando estas ideas, embellecidas con el deseo de oir su voz y la ilusión de andar junto á él á través de las poéticas soledades de los bosques de Birle, se entretenía arrancando flores; y en el momento en que sus grandes y hermosos ojos empezaban á ofuscarse bajo la suave presión de lejanos ensueños, oyó la voz de la señora Marsal que estaba á su lado y el capitán con ella. Ésta le presentó á María Luisa y después de algunas ceremoniosas palabras los dejó solos. El capitán no dijo mucho, pero sus ojos hablaban por él, expresando en su muda elocuencia la felicidad de que estaba poseído al verla tan linda, y sus deseos de merecer sus simpatías. Sus insistentes miradas penetraban como

dardos en el corazón de María Luisa, y vagando los dos de uno en otro rosal largo rato, iban formando los primeros eslabones de la sólida cadena que los ligó después para siempre.

—¿Qué es lo que me pasa? se preguntaba María Luisa, llena de muda admiración. ¿Por qué este hombre aparece ante mi presencia con encantos para mí desconocidos? ¿Qué oculto poder convierte el cielo de hoy en el más resplandeciente que en mi vida he visto? ¿Por qué las flores despiden más delicado aroma y la tierra se llena de nuevos encantos? ¿Qué misterioso amuleto hace vibrar la voz que cerca de mí siento, pronunciando las más afables palabras que arroban mi corazón y hacen subir la sangre á mis mejillas?

Ella le vió coger una hermosa rosa medio entreabierta aún; arrancar cuidadosamente las espinas y formar un ramito adornándola con hojas verdes, para ofrecérsela después: al tomarla arrojó las otras flores que tenía en la mano, dando á entender con su sencillez ingénua que la que le ofrecía el capitán era la preferida. En los labios de éste se dibujó una sonrisa de significación tan extraña, que á buen seguro á notarla María Luisa lo hubiese odiado.

Ella en coche y él á caballo siguieron el

camino en dirección á los bosques de Birle, y con ser el mismo que conocía de muchos años, aquella mañana le parecía otro distinto; árboles, plantas y flores irradiaban dorada brillantez y hubiera dicho que atravesaba un país encantado. No veía la triste faz de Ruperto, la desazón de Lucía Marsal ni la significativa sonrisa de la madre de ésta; el capitán estaba inclinado constantemente hacia ella hablando con gran entusiasmo y María Luisa no podía ver á nadie más que á él. Cuando el carruaje se detuvo en los bosques de Birle, Ruperto fué el primero en acudir á darle la mano para que se apease; ella procuraba retardar en lo posible el momento, haciendo ademán de recogerse el vestido á fin de dar tiempo al capitán, pero no tuvo más remedio que apresurarse, para no llamar la atención, tomando la mano de Ruperto, mientras dirigía una expresiva mirada al primero. Pero si Ruperto esperaba la más pequeña recompensa, la más insignificante sonrisa á su cortés solicitud, se engañaba dolorosamente; por más que procuraba obtener una respuesta á cuanto le decía estaba ella muy distraída para coordinar sus ideas. ¿Por ventura repugnaba á su voluble naturaleza de mujer el despreciar el honrado corazón rendido de su antiguo novio, teniendo tan

cerca otro apuesto mancebo de bigote rubio, vestido de militar?

Lo que ocurrió, fué que María Luisa volvió otra vez á la realidad sintiendo desmoronarse en un momento el castillo de sus ilusiones; los árboles y el césped, la tierra y el cielo habían perdido su brillo deslumbrador; empezaba á encontrarse mal en aquel paraíso y se le antojaba que el destino se volvía contra ella . . . porque veía al capitán Arimón al lado de Lucía hablando como verdaderos amigos.

—¿Por qué estás tan distraída, María Luisa? preguntó Ruperto. ¿Acaso esta excursión no llena tus aspiraciones?

Era ella demasiado ingénua para ocultar á su enamorado sus pensamientos y se apresuró á contestar:

—No es esto; es que Lucía Marsal se divierte más de lo que yo quisiera.

Ruperto comprendió el alcance de esta respuesta, que le amargó profundamente; pero ¿qué motivo había, Dios eterno, para que el inmenso amor de su alma se viese despreciado de tal modo?

—María Luisa, dijo con tono grave. Hay un proverbio que quisiera quedase grabado en tu memoria.

—Veamos cual es, repuso ella con cierta displicencia y más por decir algo que por curiosidad de conocerlo.

—Que "no es oro todo lo que reluce."

Y como viese Ruperto que el rosado color de sus mejillas subía de punto, encontró especial complacencia en repetirlo.

La Sra. de Marsal atenta siempre á la mejor distribución de las horas para hacer más agradable aquel día de campo, empezó á indicar á sus convidados que era cuestión de dar un largo paseo por los bosques antes de la comida: y María Luisa levantado la vista se encontró con la del capitán Arimón clavada en ella en actitud suplicante.

Raras veces aquella mirada encontraba resistencia en el bello sexo; ya implorando, ya persuadiendo; llena de ternura unas veces, echando chispas de pasión otras, siempre era elocuente en grado sumo: en aquel momento solo manifestaba un deseo, que era el de recorrer los senderos de los bosques de Birle al lado de María Luisa, que comprendiéndolo claramente se sonrió, encendidas sus mejillas de rubor. El capitán Arimón no esperó más y lleno de audacia se puso á su lado.

—María Luisa, le dijo; será V. tan amable que tenga compasión de mí, haciéndome co-

nocer las bellezas de Birle? Yo sólo puedo apreciar las cosas con mi vista de soldado.

Y como ella manifestase su agrado con un dulce "sí" imperceptible, se apresuró á ofrecerle el brazo sin vacilar.

—Los soldados no somos poetas, continuó, y á mi modo de ver es preciso el auxilio de un poeta ó un artista para enseñarnos á sentir la poesía del campo en un día de verano, como éste.

—Es que yo no soy poeta ni artista, replicó María Luisa con palabras entrecortadas por la emoción.

—¿Quién más que V. tiene el alma templada para ser ambas cosas?

Y al ver á la Sra. Marsal delante de ellos la fueron siguiendo inconscientemente á través de las verdes cañadas de Birle.

Amparo Lara, que no había dejado de observarlo todo hasta entonces, vió el resentimiento y el dolor pintados en la actitud de Ruperto, que se sometía á una paciente resignación. Creyendo alegrarle con su presencia y con la esperanza, además, de lograr su amoroso propósito de verse correspondida por el que á su vez no lo era por la que amaba, fué corriendo hacia él con una sonrisa encantadora dibujada en sus labios.

—Nos han dejado solos, dijo; ¿quiere V. que formemos pareja y los sigamos?

Ruperto no opuso gran resistencia, y continuaron largo rato detrás de los otros. Amparo hacía inauditos esfuerzos por medio de su charla amena y sus frescas carcajadas para lograr que el adusto ceño de aquél se desarrugase, y aprovechar de este modo la menor ocasión para tratar de hacer presa en su alma con una palabra insinuante, pero con gran desaliento observaba que su compañero no perdía su sombrío aspecto y su aire de profunda y resignada tristeza.

¡Qué hermoso era el mirar á lo lejos hasta lo más hondo de las verdes cañadas! Los rayos del sol se filtraban á través del espeso follaje; la tierra que pisaban era una alfombra de flores salvajes, campanillas azules y jacintos, el pálido botón de la fresa aun no madura y la purpurina dedalera . . . y arriba donde las verdes ramas se juntan formando majestuoso dosel, los pájaros dejando oir sus dulces trinos, como si amor y esperanza abriesen sus inmensas alas protectoras, para cobijar el puro corazón enamorado de toda una humanidad ardiendo en castos deseos.

—Preferiría ser soldado á ser poeta, dijo María Luisa, mientras los dos andaban va-

gando de las gardenias y los rosales á los crisantemos y los nardos.

¿Por qué? Preguntó él mirándola fijamente.

—Porque prefiero la acción á la idea, contestó. Me gustaría una vida de continuo movimiento, teniendo siempre algo que llevar á cabo, sin tiempo para acordarme de mí misma, corriendo de aquí para allá sin descanso . . . me comprende V.?

—Oh, sí, la comprendo muy bien; V. está cansada de la vida monótona que lleva, pero de veras, jamás lo hubiera creído; antes al contrario hubiera asegurado que se hallaba V. conforme en su medio social. ¿Es V. infeliz acaso?

—No; se apresuró ella á contestar temiendo haber dicho quizá más de lo que debía para una primera entrevista. Me considero muy feliz, porque todos me quieren y estoy rodeada de personas de mi familia que espían y satisfacen continuamente mis menores deseos; pero quise decir que mi felicidad es apacible, sin asomo de variación; apacible como la felicidad de los pájaros y las flores.

Andando el tiempo, ¡cuántas veces al volver la vista atrás llegó á suspirar por lo que hubiera sido su puerto de refugio!

—¿Y desea V. algo más? se atrevió él á insistir.

—Sí; exclamó ella, dejando escapar á oleadas la sed de sus deseos mal reprimidos; deseo más; deseo luz, música, pompa, alegría, placer, esplendor, ¡todo cuanto está al alcance de otros!

—¿Y no puede V. lograrlo? insistió él de nuevo.

Una rápida idea cruzó por la mente de María Luisa, que bajó los ojos, avergonzada; veía el tranquilo hogar del castillo donde le esperaban siempre un padre y una hermana de cuyo corazón era dueña absoluta . . . y veía asimismo el dulce nido de Aldein, que le ofrecía un mancebo de alma noble, y palideció, arrepentida de su ingratitud. El capitán Arimón, al notar cambio tan repentino, comprendió algo de lo que pasaba en ella, y una alegría satánica le hizo estremecer.

CAPÍTULO VI

¡CORAZÓN, DESPIERTA!

—¿Es ese el rumor de la cascada? preguntó el capitán Arimón.

—Sí, contestó María Luisa; ésta y el arroyo son lo más notable de Lenobal; imagínese V. un salto de agua soberbio que al caer forma el impetuoso arroyo que corre á través de los bosques de Birle, por entre mil flores salvajes, murmurando durante todo el largo camino que sigue.

—¿Vamos á verlo? propuso el capitán Arimón; me gusta mucho ver correr el agua.

Satisfecha de su indicación María Luisa se dispuso á servir de guía, penetrando por una ancha vereda á través de una hondonada donde los helechos crecían hasta gran altura, y al llegar á la orilla del arroyo se detuvieron.

—Estoy seguro de que debe V. estar cansada, dijo él con amabilidad; permita V. que le prepare un trono.

Y al mismo tiempo empezó á limpiar parte

de un musgoso tronco que estaba cubierto de hojas secas, é invitó á María Luisa á sentarse, haciendo él lo propio á su lado. Así permanecieron callados algunos minutos, escuchando el blando murmullo del arroyuelo.

El capitán Arimón rompió el silencio y bien pronto la conversación resultó muy animada entre los dos: ¿de qué hablaban? misteriosas frases salidas del alma se cruzaban de una en otra boca, mientras empezaba á establecerse la magnética corriente de simpatía que mas tarde había de convertirse en amor.

María Luisa, que al sentarse era una inocente niña soñadora, cuando se levantó estaba convertida en la mujer llena de amoroso desvelo en quien la pasión empieza á retoñar al arrullo de extraña música. El capitán era un maestro consumado en conseguir sus fines, conocía muy bien los resortes del corazón femenino y nadie sabía insinuarse como él, cuando se trataba de enamorar; sabía qué inflexiones convenían á su voz según la edad, el temperamento y la educación de la *víctima* escogida; qué miradas eran las de más seguro efecto, cual era la sonrisa que debía aplicar al caso. El conquistar corazones fué siempre para él un ligero pasatiempo que no ofrecía grandes dificultades, pues muchas eran las co-

quetas que caían en sus redes deslumbradas por su trato especial y su arrogante figura, y una vez que estaban locas por él, no encontraba el menor reparo en dejarlas, hollando las más ardientes ilusiones de que había sido causa, con la misma falta de compasión con que pisaría la flor campestre que el viento hiciera rodar bajo su planta.

En aquel momento no se declaraba á María Luisa franca y abiertamente, pues era demasiado astuto para no comprender que el prodigarse con exceso al poco rato de conocerla podía producir un efecto contrario; por medio de frases encubiertas le daba á comprender que la vida empezaba para él aquella mañana; que ella había sido como la revelación de la sublime belleza ante sus ojos; que se sentiría morir cuando ella desapareciese de su presencia: citaba elocuentes frases de ilustres escritores sobre el amor y versos de poetas que ella no conocía; usaba de todas sus diabólicas mañas con tal arte, que á las claras podía observarse en las facciones de María Luisa que no dejaban de producir el apetecido efecto, siendo su repertorio tan variado en frases y en cumplimientos, que ella no recordaba haber merecido de Ruperto en toda su vida la serie de atenciones de que le hizo objeto el

capitán en sólo media hora, llegando la infeliz á figurarse que era el hombre más sincero y leal de la tierra. Aquella escena tenía para ella todo el encanto de un idilio, y su pecho rebosaba entusiasmo al verse sentada bajo la dilatada sombra de los copudos árboles, regalando su oído con el manso arrullo del agua que corría y el canto de los pájaros, y teniendo á la vez tan cerca el rubio militar que acababa de aparecérsele poco hacía, como una evocación; el casco de blancas plumas estaba á sus pies sobre la yerba, y los soñadores ojos del galán se clavaban en ella como dardos.

Era una niña cuando la varonil hermosura del capitán, realzada por los galones dorados que cruzaban su guerrera, quedó impresa en su corazón con perfiles indelebles; pero cuando se levantó de la orilla del arroyo empezaba ya á participar de la herencia de amor y sufrimiento que es patrimonio de toda mujer.

De buena gana hubiera permanecido por más tiempo en aquel sitio, pero acordándose de Ruperto, se levantó precipitadamente seguida del capitán Arimón.

—No sabe V. lo que me pesa abandonar este lugar apacible, exclamó éste. ¡Cuánto me recrea la vista del arroyuelo! Si me en-

contrase en el campo de batalla y una bala enemiga viniese á quitarme la vida ¡sería para mí un consuelo, si al exhalar mi último aliento me acompañase la dulce canción cantada por esa agua que corre!

—¿En el campo de batalla? exclamó María Luisa sintiendo palidecer sus mejillas, poseída de indefinible temor. Por Díos no piense V. en tales cosas, que por ahora no debe haber peligro, ¿verdad, capitán?

—Un soldado debe estar siempre dispuesto á ir á donde lo llamen, contestó éste, aparentando indiferencia y en un tono que produjo en María Luisa el efecto de que aquel hombre era el más bravo de los héroes. El capitán Arimón conocía el maravilloso éxito del empleo de este circunloquio, del que se servía con frecuencia.

Al poco rato de seguir andando, entregados á sus animadas pláticas, María Luisa tropezó con la raíz de un viejo árbol, medio oculto entre las hojas caídas, y hubiera venido al suelo si el brazo del capitán no la hubiese sostenido; este accidente imprevisto le dió ocasión de atraerla hacia sí, asiéndola con fuerza contra su pecho.

Como al volver de un vericueto vieran á la señora Marsal á corta distancia, se dirigie-

ron hacia ella; vivo carmesí tiñó las mejillas de María Luisa, al tiempo de saludarla:

—¿Ha enseñado V. el arroyo al capitán? dijo sonriendo amablemente; creo no equivocarme al afirmar que ha quedado encantado del paisaje; ¿no es cierto, María Luisa?

Ésta no contestó, según tenía por costumbre, en su lenguaje animado y vivo; era la gentil y tierna belleza íntimamente herida por la punzante flecha de Cupido, y ya nunca más la hija mimada del caballero Moceli se reiría como una niña.

Ruperto vino á llamarla por encargo de su hermana y el capitán Arimón se retiró haciendo un ceremonioso saludo; amable y sesuda al propio tiempo, parecía María Luisa muy otra de la que una hora antes daba tan señaladas muestras de mal humor, haciendo á Ruperto víctima de sus caprichos; éste no sabía explicarse tan repentino cambio, así como ella tampoco podía comprender el misterioso hechizo de que se hallaba poseída.

—¿La habrá flechado acaso? pensaba Ruperto andando al lado de la joven, al verla sumida en silenciosos pensamientos: hay que evitar á toda costa un nuevo encuentro como el de hoy entre los dos.

Á la hora de la comida, Ruperto se sentó á

la mesa á su lado. El capitán Arimón estaba al frente de ellos y al lado de Lucía Marsal, y un ojo experimentado en los ardides del amor hubiera podido observar con admiración con qué astuta diplomacia procuraba atraerse las simpatías de ambas, mirándolas alternativamente con ojos de dulzura y hablando con las dos hasta despertar su interés de tal modo, que había logrado subyugarlas al mismo tiempo.

Después de la comida, los comensales se dirigieron á otro salón, en donde cada cual se puso á derrochar su ingenio ó su cultura, para contribuir á amenizar aquel rato de íntima expansión; la música de una banda situada en los jardines dejaba oir sus armoniosos acordes, que todos aplaudían con entusiasmo. Allí estaba de nuevo el capitán Arimón al lado de María Luisa, en quien el amor había hecho ya franca presa, embebida de tal modo en la conversación y tan concentrada en los menores movimientos de aquél, que á no estar Ruperto cegado por la fuerza impetuosa del suyo propio, hubiera comprendido que era inútil por completo para él toda esperanza de ganar la voluntad de su amada.

Envueltos en la luz crepuscular de la tarde volvían todos en sus carruajes á Lenobal, y una vez más podía verse á María Luisa mue-

llemente recostada en actitud de poder oir todas las palabras que la dirigiera el capitán Arimón ,que se inclinaba dejando caer las plumas de su casco. Era más bien para ella un sueño de hadas que una realidad; las estrellas empezaban á centellear tachonando de brillantes puntos el firmamento; el aire fresco de la tarde estaba impregnado de la suave fragancia que despedían las adormecidas flores, y los árboles sacudían sus hojas, como dando un adiós al día; la Naturaleza, preparándose al descanso, empezaba á sumirse en el prolongado sopor de la noche, y el joven corazón de María Luisa, que había recibido aquella mañana del travieso Cupido su primera lección, era presa de indefinible arrobamiento.

¿Era aquello sueño ó deliciosa realidad? ¿Estaba ella despierta en camino de Lenobal ó volaba á través del espacio para posarse en la estrella más próxima que alcanzase su planta?

Cuando llegaron á la suntuosa morada de la Sra. Marsal el capitán Arimón se adelantó á ofrecer la mano á María Luisa para que bajase del coche antes que Ruperto tuviera tiempo de hacerlo, y le ofreció el brazo para acompañarla hasta el salón, espléndidamente iluminado. ¡Qué hermosa y hechicera aparecía! El aire de la noche soplaba blandamente,

pareciendo conducir delicadas emanaciones, y la luz de las estrellas la envolvía en transparente cendal; el capitán Arimón, al ver su fresco rostro realzado por aquellos grandes ojos, finos labios y nacarados dientes, juró que él y nadie más había de ser el hombre llamado á conquistar tan hermosa beldad.

Mientras las señoras hacían su *toilette* la música preludiaba los primeros acordes de la introducción al baile que debía celebrarse en los grandes salones de Lenobal. María Luisa tenía todo el aspecto de una reina, con su rozagante vestido blanco de seda guarnecido de valiosos encajes; el gracioso escote descubría ligeramente la inmaculada blancura de su fino cutis y su aire vivaz é inquieto imprimía en ella un sello de distinción que la hacía destacar de entre las otras señoritas; el capitán, contemplándola en muda admiración refrendó interiormente su voto anterior, y con mayor motivo al entrever algo de lo que vamos á decir.

Ruperto Doti se adelantó hasta María Luisa preguntándole si quería bailar con él; ella dijo que sí, y cuando estaban los dos conversando entre dos vueltas de una polca, cogidos del brazo, alrededor del salón, acerca de los detalles de su irreprochable tocado, los ojos de

Ruperto se fijaron en la rosa entreabierta que ella había tomado de las propias manos del capitán Arimón.

—Esta flor está casi marchita, María Luisa, dijo, sintiendo el aguijón de los celos clavado en su alma. Mejor es tirarla.

—Es lástima, huele todavía bien, contestó ella, acariciándola con sus dedos de muñeca.

—¿Y de dónde la has sacado? preguntó de pronto Ruperto.

El capitán Arimón se dió por satisfecho de su obra de aquel día, al ver cómo María Luisa se sonrojaba y bajaba los ojos ante la inquisitiva mirada de su acompañante, sin responder una palabra; no tuvo tiempo tampoco de hacerlo, porque en aquel momento la orquesta cesó de tocar y las parejas se dispersaron, pero el capitán notaba, henchido de triunfo, que ella conservaba la rosa prendida en su pecho. Al empezar la música á preludiar un vals fué enorgullecido á pedirle si quería bailar con él; María Luisa bajó los ojos buscando un "sí" que no acudía á sus labios, arrobada ante la perspectiva de sentirse presa en los brazos del capitán dando vueltas al mismo compás de aquella orquesta, que ponía alas en los pies del más refractario á la danza.

—No me dé V. tormento con un "no"

por respuesta, le dijo al oído con voz persuasiva; déjeme V. lograr un momento de felicidad.

Y cogiéndose ella de su brazo se perdieron entre las oleadas de alegres parejas que se agitaban acompasadamente á los torrentes de armonía de un melodioso vals alemán; él la condujo al medio del salón, y antes de que supiera ella darse cuenta de donde estaba, sintió que el robusto brazo del capitán le rodeaba el talle, pareciendo que la conducía en alto á los encantados confines de una tierra paradisíaca. Como era joven é impresionable, se dejaba dominar por el torrente de dulces palabras que murmuraba en sus oídos el capitán, maestro en atraerse corazones femeniles: él sabía más que ninguno, adular sin lastimar, galantear sin inspirar desconfianza, decir cuanto le convenía sin dar motivo á temor alguno de engaño; y María Luisa subyugada, anonadada por los atractivos de presencia, de voz y de trato del galante capitán y mecida además por los torrentes de notas de la orquesta que excitaban su imaginación infantil, tenía á gloria el sentir la dulce presión del brazo de su pareja, percibir el aliento de aquella boca que rozaba su rubio pelo, observar los profundos ojos azules que buscaban encontrarse con los suyos, sin

dejar de seguir el círculo esplendente de aquella danza que la desvanecía casi.

—Quisiera que este vals no acabase nunca, dijo ella, y poder disfrutar toda la vida de una diversión como ésta.

Pero al fin acabó y el capitán la condujo hasta donde se encontraba la Sra. Marsal. Ninguno de los dos hizo por ver á Ruperto, que tan cerca de ellos se encontraba; él, porque en aquellos momentos creía prudente esquivar todo lo posible la presencia de un rival probable; ella, porque esperaba que después de lo ocurrido su fiel adorador empezaría á desengañarse.

El resto de la velada no fué para María Luisa más que una prolongada visión de felicidad. Después no recordaba sino que había vuelto á bailar con el capitán Arimón y sentía aún la presión de su mano en la suya, regalando su oído con el rítmico eco de sus palabras, sin que en su continuo ensimismamiento propio de la niña que abre su casto corazón al amor, viera la adusta faz de Ruperto, los admirados ojos de Irene, y la persistente y escrutadora atención de Amparo Lara. Recordaba también que vió una hilera de carruajes y que fué acompañada hasta el suyo por el capitán, que le había ayudado á ponerse el abrigo sobre

las espaldas; que le dió un apretón de mano al despedirse teniéndola en la suya largo rato, y que en el momento de partir le pidió la rosa que había llevado todo el día junto al pecho, habiéndola besado con tal pasión al tomarla que casi la magulló entre sus labios.

—Este ha sido el día más feliz de mi vida, le había dicho al oído el capitán, al tiempo que bajaba las escaleras del vestíbulo; y estas palabras dejaron en su memoria tan profunda huella, que al partir le pareció que quedaba sumida en las tinieblas y seguía un largo camino bordado de témpanos de hielo, cuyo frío penetraba vivo y punzante hasta sus huesos. Ruperto la había colocado cariñosamente, aunque sin perder su aire de triste gravedad, en su acostumbrado sitio del coche, y mientras que Irene y Amparo hacían animados comentarios acerca de la jira y del baile, María Luisa parecía insensible á cuanto se decía á su alrededor y seguía pensativa.

La loquilla niña soñadora oprimiendo su agitado corazón con ambos manos, se repetía mentalmente todas las palabras que había escuchado á la orilla del arroyo, todas las frases de amor pronunciadas en su oído durante el baile, y al echar una ojeada al día anterior para compararlo con el de hoy, no sabía explicarse

cómo su vida había pasado de un salto de la más árida monotonía á esa indecible inquietud que se había apoderado de ella.

Al llegar al castillo su padre les aguardaba ya impaciente, y abrazando á María Luisa notó con satisfacción que su rostro tenía sonrosados tintes de belleza.

—¿Te has divertido mucho? preguntó al tiempo que ella inclinaba su rubia cabeza sobre sus hombros.

—¡Oh, sí, papá; he disfrutado lo indecible! contestó ella suspirando de satisfacción.

El caballero no quiso cansarla obligándola á contarle todo lo que había hecho, pensando que seguramente necesitaría descansar después de aquel día de desusado movimiento, y le dió las buenas noches con palabras que cayeron como una bendición sobre su frente.

En la faz de Irene vió el caballero una sombra de contrariedad. Cuando María Luisa les hubo dejado y el rumor de sus pasos se había extinguido del todo dijo el caballero:

—Cuéntame, Irene, como habéis pasado el día en Lenobal; supongo que habría muchos invitados y estaría brillante. ¿Habéis bailado mucho? ¿Qué ha dicho la señora de Marsal al veros? Por esta vez no podrá reprocharme el que soy amigo de tener á mis hijas retraídas.

—Siento, papá, tener que decir que casi me pesa el haber ido á los bosques de Birle, contestó Irene; el capitán Arimón estaba allí y parecía admirar bastante á María Luisa.

—¡Lo creo! exclamó el caballero frotándose las manos; si yo fuese un joven soltero haría lo propio; como que es de lo más gracioso que hay en el mundo, hija mía.

—Estoy conforme, papá, pero no me gusta ese capitán Arimón; es un buen mozo de trato muy atractivo que no me inspira mucha confianza.

—¿Y qué tiene él que ver con María Luisa? exclamó el caballero; las mujeres estáis siempre llenas de manías; no hay para qué fiarse ni dejarse de fiar del capitán y María Luisa menos; ya sabes que ha de ser para Ruperto.

—Así lo espero, dijo Irene con tono de duda.

—¡Pues claro que sí! volvió á decir el señor de Moceli: y ahora, Irene, sé razonable como has sido siempre; no imbuyas ideas vanas en el alma de esta niña; si viene ese hombre á visitarnos deja que yo lo vea, y si no estoy en casa, recíbelo tú como es debido, pero eso sí, evita el nombrarlo delante de María Luisa, pues no hay para qué le demos

ocasión de hablar de otro más que de Ruperto.

—Así lo haré, papá, contestó Irene remitiendo al día siguiente el hablar de la fiesta de Lenobal par indicación del caballero, y retirándose cada cual á descansar á su aposento, después que el padre hubo besado cariñosamente á su hija en la frente.

CAPÍTULO VII

EL CONSEJO DEL RIVAL

María Luisa se entregó al reposo aquella noche, sin que la más ligera sombra de su negro porvenir la inquietase; era sencillamente feliz. El murmullo del arroyo, la dulce música del baile, las palabras que el capitán Arimón había deslizado en sus oídos, todos estos ecos confusos en suave armonía mecían su soñadora imaginación, convidándola al sueño. Su hermana mayor fué una hora después á ver si su niña mimada descansaba ya, encontrándola profundamente dormida, entreabiertos los finos labios por una sonrisa de gozo. Con la buena fe de una mujer que ha esperado y ha sufrido mucho durante su vida, se arrodilló junto á la cama para rogar al cielo que guardase aquél tesoro de todo mal, retirándose después á su habitación con la confianza de que el Ángel de la Guarda había de substituirla.

El sol de la mañana despertó á María Lui-

sa, invadiendo con sus tibios rayos el pequeño y elegante cuarto. Así que abrió los ojos, una impetuosa oleada de felicidad enrojeció sus mejillas, sintiéndose alentada por la nueva sensación de vida y de júbilo que aportaba el nuevo día. Su primer pensamiento fué para el capitán Arimón, y en un instante reconstituyó en su mente todas las escenas del día anterior, cuyo recuerdo se complacía en acariciar, diciéndose que era preciso verlo, buscando á toda costa un medio para lograrlo. El medio lo logró á las pocas horas, pues aquél se presentó espontáneamente en su casa, cuando el caballero estaba fuera y María Luisa se encontraba en el comedor con Amparo.

El motivo de la visita era un encargo de la Sra. Marsal; se trataba de organizar una nueva fiesta de familia con la representación de cuadros históricos, siempre que las señoritas María Luisa y Amparo se prestasen á tomar parte en ellos, desempeñando alguno de los personajes. Se habló con entusiasmo de la fiesta del día anterior y de lo mucho que prometía la que se preparaba, en la que cada cual podría hacer alarde de su inventiva y buen gusto: Amparo, con el fin de empezar á tener ya una idea, corrió al despacho á buscar un libro de trajes históricos, y al quedar solos,

el capitán se acercó á María Luisa preguntándole si perdonaba su atrevimiento por haberle pedido la flor que llevaba prendida al pecho el día anterior.

—La conservaré toda mi vida, dijo; ¡si V. supiera qué gratos recuerdos despierta en mí el perfume de una sola de sus hojas!

Tal acento de pasión vibraba en sus palabras que María Luisa las creyó sinceras, incapaz de distinguir, en su poca experiencia, el oropel del oro; su linda cara de fresca rosa se tiñó de encendido color rojo y luego palideció.

—¿Qué es esto, María Luisa, acaso está V. enojada conmigo? dijo el capitán Arimón afablemente, inclinando la cabeza para ver si descubría un destello de amor en sus ojos á través de su aparente seriedad.

En ese mismo instante entró Ruperto; ¡qué pena tan grande hirió su noble corazón al ver centellear en los ojos de María Luisa una mirada dirigida al capitán que él nunca había podido alcanzar! Presintiendo ella algo grave, con penetración propia de un espíritu femenil, se levantó con prontitud de su silla dirigiéndose á Ruperto con aire resuelto. Éste era harto caballeroso para atreverse á pronunciar una palabra desagradable ó descortés,

pero se reflejaba el despecho y el sarcasmo en la mirada que lanzó al intruso capitán.

—Estamos pidiéndonos mútuo parecer, dijo María Luisa. La señora de Marsal desea que tomemos parte en unos cuadros históricos que pretende representar en Lenobal, y Amparo ha ido á buscar el libro de trajes para ver qué es lo que podemos combinar. ¿No te parece, Ruperto, que va á ser un espectáculo soberbio?

Y al decir esto le dirigió una mirada tan expresiva é inocente, que Ruperto vió en ella la misma niña que años atrás le enseñó á amar, y toda señal de enojo se borró completamente de su faz.

—En efecto, será soberbio si tomas parte en él, contestó.

—¡Ah! entonces te alegrarás de ir, dijo ella batiendo palmas, llena de gozo. Mira, estoy segura que papá te pedirá su parecer; es preciso que seas nuestro abogado defensor apoyando con todas tus fuerzas nuestro deseo de tomar parte en la fiesta y yo no sabré como darte las gracias.

Esta revelación le desconcertó por completo; no había podido figurarse que al contestar en el sentido en que lo hizo, tenía que verse cogido en sus propias redes: pero tanto

era lo que anhelaba ver á María Luisa contenta y feliz que no trató de contrariarla, empañando la limpidez de sus doradas ilusiones.

—Siempre tienes que salirte con la tuya, objetó él, bromeando. ¿Dónde has aprendido el arte de la persuasión?

—Este es un caso, señor Doti, en que huelga toda persuasión; á todas las señoritas les gusta divertirse, dijo el capitán Arimón.

—Las señoritas de Mendoza se distinguen de muchas otras, replicó Ruperto con intencionada rudeza. No han frecuentado mucho el mundo alegre que V. conoce tan bien.

Esto diciendo se dirigió al piano y empezó á hojear las piezas de música. El capitán Arimón se acercó á María Luisa y le dijo al oído:

—¿Puede V. decirme si Ruperto Doti tiene algún derecho á dirigir sus acciones?

—¡Absolutamente ninguno! exclamó María Luisa sin comprender el alcance de la pregunta; ¿qué motivo hay para creerlo?

Al pronunciar estas palabras, la idea de que Ruperto suspiraba precisamente por este derecho cruzó por su frente, y sintió algo como vergüenza que la hizo enrojecer, lo que no escapó á la mirada de lince del capitán, que se sintió envanecido por haber logrado remover con sus palabras los más

ocultos sentimientos del corazón de la cándida joven.

—¿Quieres cantar, María Luisa, si no estás cansada? preguntó Ruperto desde el piano.

—¡Oh, sí, cante V., se lo suplico! añadió el capitán Arimón; tengo vivos deseos de oirla; la señora de Marsal asegura que es V. una eminencia en el canto.

—¿Qué clase de música prefieren Vds.? dijo María Luisa, sin mirar á ninguno de los dos.

—Música seria y clásica, dijo Ruperto.

—Airosa y alegre, exclamó el capitán Arimón, al mismo tiempo.

María Luisa permanecía indecisa, no sabiendo á quien complacer.

—Dispénseme V., dijo el capitán á Ruperto; le suplico no permita sacrificar su gusto al mío; sólo lo decía porque soy partidario de todo lo que representa agitación y algazara, incluso la música; la vida es tan triste cosa á medida que uno va teniendo años, que siempre hay que procurar estar alegre en cuanto sea posible.

—Soy del mismo parecer, añadió María Luisa. Y buscando entre las piezas de música, se le vino á la mano un delicado y quejumbro-

so canto de Mendelssohn sobre un motivo amoroso; la letra era ligera y jovial, pero la música contenía un espíritu de profunda y melancólica pasión. Sin pensar á cual de los dos agradaría, María Luisa se sentó al piano y empezó á cantar.

Su voz era fresca, dulce y vibrante y palpitaba en ella tal sentimiento, que cada cual á su vez experimentaba encontradas sensaciones según sus gustos y tendencias. El mismo corazón solapado y frío que raras veces se conmovía, se sentía dominado por la emoción más tierna; algo hablaba en él que parecía querer penetrar hasta las más ocultas fibras de su naturaleza de hombre honrado, impulsándole á abandonar su delicada é inocente presa al amor de los suyos; librarla de los fingimientos de su pasión interesada, y de la ruina que ésta traía consigo, pero . . . "¡ya es tarde!" se decía á sí mismo; la suerte estaba echada y como su amor propio intervenía en la conquista de María Luisa, había que llegar á la victoria.

Cuando acabó el canto, el capitán felicitó á María Luisa con las frases más corteses, despidiéndose después. Al cerrarse la puerta detrás de él, Ruperto dirigió una mirada significativa á María Luisa; su corazón estaba hon-

damente afligido por lo que acababa de ver y comprender y ansiaba estallar de una vez con amantes reproches y prudentes consejos que pudieran precaverla del inconsciente peligro en que se hallaba, pero no se atrevía á decir una palabra, temiendo llegar á un rompimiento.

María Luisa con su penetrante instinto de mujer, había adivinado los pensamientos y temores que agitaban el ánimo de Ruperto, y la profunda y ansiosa mirada de éste acabó por desconcertarla.

—El capitán Arimón no es muy de tu gusto, afirmó ella resuelta á abordar el tema; le hablas con mucha finura, pero leo en tu cara y en tus menores movimientos, que cuanto haces por él te contraría.

—Nada más cierto, contestó Ruperto; lo aborrezco tanto que no quisiera verlo jamás cerca de mí . . . ni de ti. La Naturaleza se equivoca raras veces, María Luisa, y él lleva escrito su carácter en su rostro. . . .

—Por cierto nada despreciable, interrumpió María Luisa, abriendo sus grandes y adorables ojos.

—Rostro de hermosura satánica, falso y frío como el hielo; rostro de un hombre que no tiene corazón, y á quien una mujer acu-

diría para pedir auxilio y un niño en demanda de compasión, pero inútilmente.

—¡Cuán injusto eres! exclamó ella; yo creí que sólo las mujeres éramos celosas: el capitán Arimón jamás ha hablado en contra de ti.

En estas frases se encerraba la defensa que María Luisa hacía del capitán; ¿cómo era posible que nadie pudiese imaginar siquiera que él, el hombre que se había sentado á su lado arrullándole el oído con tan tiernas frases, inspirándole los más halagadores ensueños é iniciandola en los principios de ese amor que abrasaba su alma, cómo era posible que fuese capaz de ocultar en su interior el veneno de una ficción vil, como suponía Ruperto?

—Te digo sinceramente mi opinión y creo que no ando muy equivocado; no hay para qué convenir en que es un hombre *comme il faut*, pues todos lo conocen por lo contrario; además, estará muy poco tiempo aquí, y cuando puedas juzgarlo á distancia y sin estar bajo la influencia de sus gracias, lo juzgarás mejor; eres niña aún y todo te deslumbra; cuando tengas más años sabrás apreciar las cosas con el recto criterio de una mujer juiciosa.

—Creo serlo bastante, dijo ella con una

alegre sonrisa que murió pronto en sus labios al darse cuenta de lo que acababa de oir. ¿Era posible que el capitán Arimón tuviese que marcharse? ¿Quién se lo había dicho á Ruperto cuando él lo afirmaba tan rotundamente? ¿Y cómo podría ella quedarse allí, sujeta otra vez á su método de vida, sin el consuelo de ver al que de tal manera había influído en su nuevo modo de ser, difundiendo la alegría en torno suyo? ¡Ah, no! seguramente el capitán Arimón no se marcharía; si él partiese su vida se iría con él.

Al notar la extraña turbación que se operó en el rostro de María Luisa, Ruperto creyó, cegado por su amor, que era efecto del pesar que sentía por haberla contrariado.

—Eres juiciosa y encantadora, contestó con una sonrisa, pero otras más juiciosas que tú se han cegado por un uniforme de militar llevado con gracia por un buen mozo como el capitán Arimón, que en esto no tiene rival. El mundo está lleno de peligrosas enseñanzas y tú no has aprendido aún nada de él.

—¿Quieres suponer que los militares no son héroes como los caballeros de las viejas crónicas?

Ruperto soltó una carcajada.

—Querida niña, dijo; los hombres de la

vida real no son como los de los libros. El otro día ví que leías "Hugo Livón." ¿Crees que existe un hombre como él?

—¿Por qué no? contestó ella.

—Me dijiste también que había excitado tu admiración el protagonista de "La casa de Riconor." ¿Te figuras acaso que es un tipo corriente en la sociedad? Muchas veces me citas el Rey Arturo como una de las mejores creaciones poéticas, pero ¿te imaginas que ahora hay reyes como ése?

—Así lo creía, dijo María Luisa.

Y después de una pausa añadió:

—Tú mismo eres como esos personajes que me has dicho, ó al menos te tengo por tal.

Aunque Ruperto tenía el suficiente sentido común para no envanecerse por estas palabras, no obstante por proceder de María Luisa sintió el grato cosquilleo de la adulación halagar su amor propio.

—Creía, continuó María Luisa en tono lastimero que reflejaba el desengaño sufrido por la lección de Ruperto, que los hombres de las novelas eran copia de los de la vida real.

—En ciertas novelas es así, contestó Ruperto; los tipos de Tackeray, por ejemplo, son tomados del natural, con sus vicios y sus virtudes; en cambio en Disraeli se encuentran

en regiones elevadas y raras veces descienden á la vida ordinaria; los héroes de Bulwer son grandiosos con algo de ficticio.

—Entonces ¿dónde está lo verdadero? preguntó ella sorprendida.

—No quiero amenguar tu fe en lo ideal y lo noble, dijo Ruperto; no quiero enseñarte que el mundo está lleno de maldad y que los hombres son despreciables; con esto te engañaría. Ha habido grandes héroes y grandes santos y en nuestros días hay también nobles corazones, cuya bondad podemos apreciar; mi intención es tan sólo evitar que idealices á todo el que encuentres al paso, quienquiera que sea; conviertes á todo hombre en un héroe, á toda mujer en una santa y este concepto es erróneo y es lo que yo pretendo evitar en ti; has de aprender á conocer las personas tales como son y no como crees que han de ser.

Ruperto hablaba con esfuerzo. ¿Por qué tenía él que destruir la romántica fe de María Luisa, que en su infantil sencillez llevaba el corazón abierto á la verdad? ¿Por qué instruirla acerca de la fría y llana prosa de la vida, cuando en su imaginación se forjaba las ideas más bellas acerca de la existencia? Solamente para impedir que continuase teniendo un elevado concepto del capitán Arimón, se decía,

pues estaba seguro de que si ella hubiese podido apreciarlo tal como era, no hubiera cultivado su amistad un sólo momento; y como visto á través del prisma de su soñadora imaginación indudablemente era un gran héroe, Ruperto consideraba como un deber no alimentar esta creencia sino antes bien advertir á María Luisa del peligro.

No pasaba día sin que el capitán no acudiera al castillo á hacer una visita; se había hecho tan completamente atractivo, llevando el arte del fingimiento á tal perfección, que nadie podía sospechar el papel que estaba representando. Con extrema habilidad se revestía de un carácter distinto para con cada persona; con el caballero Moceli se presentaba alegre y desenvuelto, como hombre de mundo; con Ruperto era cínico, para con Amparo mostraba respetuoso afecto y delante de Irene hacía alarde de poseer un elevado concepto del honor, y recto sentido poco común. Ninguno de ellos sospechaba en él al lobo cambiando de disfraz para robar una tierna ovejuela.

Era un amante rendido de María Luisa, al menos por lo que ésta podía apreciar. La joven se reía de los pretextos que empleaba para justificar una visita; un libro prestado, un detalle acerca de una pieza de música, un ramo de

flores raras, una pregunta sobre un dibujo, eran los motivos socorridos de sus frecuentes entrevistas con ella. Deferente y cortés delante del caballero ú otra persona de su familia, y aparentando una frialdad difícil de fingir cuando en realidad no se siente, al quedar á solas con María Luisa era todo pasión y arrebato, siendo tan diversas las etapas de su carácter según los casos, que más de una vez al meditar sobre esto, sintió aquélla profunda extrañeza por esos cambios tan difíciles de comprender, teniendo en cuenta la perfección con que los ejecutaba.

Á no haber sido todos ciegos, hubieran visto el terrible peligro que amenazaba á María Luisa; el amor la había hecho esclava de sus hechizos y se sentía inmensamente feliz, era como el pajarillo preso en dorados alambres que canta á la luz del día, y como el pajarillo, tenía fija la mirada y el corazón de todos en ella; se había vuelto alegre y expresiva con todos y en especial con Ruperto, como jamás lo había sido; su corazón rebosaba dicha, y ésta se esparcía en brillantes efluvios á su alrededor.

Su padre y su hermana consideraron que este cambio era debido á haberse iniciado en ella la primera chispa de amor hacia Ruperto,

quien compartía con ellos esta creencia, y el contento de todos subía de punto al notar que ya no se entregaba á ese abandono de sí misma que nunca la dejaba, pareciendo contenta, sin dar á comprender aquellos fatídicos deseos de aspirar á otra cosa, como estaba acostumbrada á hacerlo. Era tanta la alegría del caballero por ello, que cuando la Sra. Marsal volvió á invitar á María Luisa y Amparo á pasar tres días en su quinta con ocasión de los cuadros históricos, no opuso resistencia alguna y antes bien consintió de buena gana, pues no encontraba ya motivo para privar á su querida hija de una diversión por la cual día y noche suspiraba.

Lenobal era conocido por "Villa Libertad" en razón á que, según de público se decía, había medios de divertirse allí más que en ninguna otra parte, gracias á la inventiva de la Sra. Marsal, maestra en el arte de entretener agradablemente á sus contertulios. El caballero Moceli frecuentaba poco el trato de la sociedad é ignoraba lo que sucedía en el gran mundo; á no ser así hubiera conocido muchas historias de amor nacidas en aquella morada, de feliz desenlace unas, pero de desastroso final las más. En aquellos salones, en que se había instalado toda clase de juegos,

cada uno escogía el que tenía por conveniente, sin verse contrariado por la intervención de la señora Marsal, que nunca trataba de formar un proyecto uniforme, sino más bien se complacía en ver ocupada su casa por personas entregadas á los más diversos entretenimientos.

La casa era de moderna construcción, con vastos y soberbios salones ricamente amueblados, llenos de aire y de luz, y de raras flores de delicados perfumes; se encontraban á cada paso caprichosos ángulos é inesperadas salidas que cogían al visitante por sorpresa, siendo lo más notable una gran sala de billares, y un reservado para fumar, tan atestado de artísticos y valiosos objetos y costosos muebles, que competía con ventaja con el más refinado salón imperial; además un gran salón de baile y otro que sólo se destinaba á teatro, que fué el que la señora Marsal señaló para la representación de los cuadros históricos.

Los preparativos estaban hechos y la curiosidad y el interés que el espectáculo había despertado, eran grandes. Cada cual se había esforzado para atraer la mayor concurrencia posible, y Ruperto logró persuadir al caballero Moceli á ir á Lenobal, aunque no fuese más que por aquella noche.

L. of C.

Érase la mañana de un espléndido día de verano cuando María Luisa y Amparo se dirigían en coche á la quinta de la Sra. Marsal, locas de alegría y presa de impaciencia por conocer el resultado de aquel espectáculo, en el que tenían que desempeñar tan principal papel y por el que habían trabajado con tanto ardor en busca del detalle más insignificante que hiciera realzar su natural hermosura, sin desatender la propiedad histórica. María Luisa, al arrellenarse en el asiento del coche, había perdido toda noción de sí misma y pensaba tan sólo que iba á pasar tres días enteros con *él*, con aquél capitán de misteriosos hechizos, bajo el mismo techo y comiendo en la misma mesa; sin darse cuenta de si le amaba ó no, se sentía abandonada á las caricias de un inefable bienestar.

Ruperto al mirar lleno de admiración el hermoso rostro de María Luisa no cesaba de decirse á sí mismo que era imposible encontrar en la faz de la tierra otra criatura más adorable que ella.

CAPÍTULO VIII

PREPARANDO EL ATAQUE

El primer día, mañana y tarde, con la algazara propia del caso, se hicieron los últimos preparativos de la fiesta; los salones estaban cubiertos de arbustos y flores, y en los jardines colgaban largas hileras de farolillos de colores á la veneciana, mientras en el escenario se repetían los ensayos de los cuadros históricos, que salían á las mil maravillas. El primero de ellos era " Los Amantes de Teruel " y debía ser representado por Ruperto y María Luisa. Ésta estaba hermosísima. Eloisa, vestida con irreprochable corrección debía aparecer sentada á los pies de Abelardo, mirándolo en actitud de arrobamiento.

—Esto va muy bien, decía entusiasmada la señora Marsal, que tenía una manía por esa clase de espectáculos, pero sólo le encuentro un pequeño defecto que V. me permitirá que le indique en obsequio al buen éxito; la actitud es magnífica, escultural, pero falta un poco

de expresión; Eloisa adoraba á su amante, y, naturalmente es necesario que V. se imagine que está adorando á Ruperto.

—¿Será esto muy difícil, María Luisa? murmuró él á su oído; piensa, amada mía, lo mucho que te amo y tal vez lograré inspirarte.

—No poseo aptitudes para la adoración, dijo ella en alta voz, haciéndose la desentendida.

—Pues es preciso que V. lo aprenda, contestó la señora Marsal. Á ver, aquí tenemos al capitán, que es el director de la compañía. ¿Quiere V. tener la bondad de dirigir á la señorita, mientras yo instruyo á Ruperto?

Aquél al oir estas palabras se fué derecho hacia María Luisa, atravesando el salón.

—¿Será V. una buena discípula? le preguntó sonriendo. Espero que no me hará quedar mal. ¿Tiene V. la bondad de volver la cara á este lado?

María Luisa obedeció, mientras la señora Marsal y Ruperto se dirigían á una mesa para revisar varios diseños de trajes que allí aparecían.

Aprovechando el momento, el capitán, fingiendo continuar su lección dijo al oído de la señorita Moceli:

—María Luisa; míreme á la cara.

Ella levantó los ojos, y al encontrar los suyos leyó el amor en los del capitán; en un instante su cara apareció transfigurada con reflejos del amor que inconscientemente había ido creciendo dentro de su pecho y una ráfaga de fuego cruzó por su semblante.

—Nada me resta que enseñar, dijo el capitán Arimón con dulzura, á una alumna que en un momento se ha vuelto apta para dar lecciones á su profesor; es imposible expresar con más verdad el sentimiento que debía dominar el alma de la bella Eloisa al contemplar á su Abelardo.

Á estas palabras, María Luisa bajó los ojos para evitar la mirada penetrante del capitán; esa mirada que al caer en la suya, se había llevado para siempre la paz que hasta el momento de conocerlo la acompañaba á todas horas en su inocente peregrinación por los senderos de la vida.

No hubo tiempo para más, pues la Sra. Marsal se acercaba para preparar el siguiente cuadro; María Luisa debía cambiar de traje para representar á Rebeca y formar grupo con Amparo, que tenía que vestir de Saúl. La morena, vehemente y meridional belleza de la una formaba singular y admirable contraste con el rosado color de la otra.

Después de algunos años, María Luisa hubo de preguntarse llena de asombro, si esos cuadros históricos no habían sido obra de algún genio infernal, por las consecuencias que trageron consigo. En efecto; la noche señalada para la representación, media hora antes de empezar ésta, y cuando la gran sala estaba atestada de invitados, el caballero Moceli entre ellos, aguardando con impaciencia el momento de empezar, un accidente inesperado vino á turbar la placidez de la velada. Ruperto Doti, que estaba encaramado en una escalera de mano, tratando de dar un plegado artístico á una cortina, sentó mal el pie y se cayó de la escalera torciéndose el brazo izquierdo; el accidente no ofrecía peligro, pero la contusión fué tan dolorosa, que Ruperto se vió obligado á retirarse del escenario, y tener, después de la primera cura, su brazo en cabestrillo.

La señora Marsal estaba desesperada:

—¿Qué vamos á hacer ahora? exclamaba. No puede darse mayor desgracia. ¡Tener que suprimir "Los Amantes de Teruel" uno de los mejores cuadros!

—No hay ninguna necesidad de eso, dijo el capitán Arimón, con gran calma; si V. no tiene inconveniente yo me presto á servir de

substituto, y por más que mi presencia no iguala á la de Ruperto, pondré todos los medios para salir airoso de mi cometido.

—Es V. muy amable, dijo la Sra. Marsal, agradecida, pero ahora no hay tiempo para ensayar otra vez con María Luisa.

—No importa, contestó el capitán con una intencionada sonrisa; ella sabe bien su papel.

María Luisa estaba en la pequeña antesala hablando con su padre, ajena á cuanto pasaba, cuando vió venir hacia ella el capitán Arimón, quien le notificó el cambio de papel que iba á tener lugar; al verla tan perfectamente vestida de Eloisa, el capitán pensó que hubiera sido imposible hallar tantos atractivos en el original.

—¡No puedo! dijo María Luisa al enterarse de la misión que traía el capitán. Es imposible que yo pueda permanecer en el escenario con V.

—¿Acaso no hubiera V. estado con Ruperto? objetó el capitán con tono de dulce reproche, y sintiendo el corazón henchido de triunfo al sospechar el motivo del retraimiento de María Luisa.

—Es muy distinto, se apresuró ésta á contestar. Ruperto . . . ¿que quiere V. que le

diga? . . . Ruperto no me mira como V. lo hace.

—Porque él no la ama á V. como yo la amo, dijo el capitán Arimón, lanzando un hondo suspiro. No rehuse V. por Dios. Si V. no consiente creeré que me aborrece.

María Luisa se dejó convencer. ¿Cómo no, cuando ella misma ardía en deseos de estar el mayor tiempo posible al lado de aquél hombre que la fascinaba por completo, haciéndola juguete de su capricho con una habilidad y una astucia insuperables?

Al levantarse el telón, un murmullo de contenida sorpresa se escapó de todos los labios; la actitud de los dos personajes era digna de un relieve y se transparentaba en su rostro tal misterioso sentimiento de amor oculto, que el público se imaginaba estar al frente de los auténticos amantes. Todos decían no haber visto jamás expresión más conmovedora que la que brillaba en los ojos de la bella Eloisa: " Toda su alma estaba en ellos y amantes y arrebatadas frases parecían palpitar en aquellos entreabiertos labios purpurinos." Nadie se cansaba de mirar aquel grupo, en medio de religioso silencio, apenas interrumpido por alguna que otra frase de admiración mal reprimida.

Cuando bajó el telón, el capitán dijo muy bajo al oído de María Luisa:

—Me ha proporcionado V. un momento de felicidad. ¡Qué contento moriría si pudiese posar mi última mirada en su rostro!

Los cuadros siguientes fueron una continuada serie de ovaciones. La señora Marsal, como iniciadora del espectáculo, se sentía hondamente satisfecha, y se prodigaba de una parte á otra, recibiendo toda clase de parabienes de sus contertulios, que se deshacían en elogios por la magnificencia y el lujo con que habían sido presentados; pero sobre todo el de "Los Amantes de Teruel" excedía á toda ponderación.

La Sra. de Marsal besó cariñosamente á María Luisa y se empeñó en que se sentase á la mesa sin cambiarse el vestido. Aparecía tan hermosa con su pintoresco y rico traje de raso blanco y terciopelo azul, inundadas las mejillas de oleadas de rosa destacando entre la blancura de su cutis, que era objeto de las miradas de todos, quedando impresa su imagen con signos indelebles en la mente de cuantos tuvieron la suerte de poderla contemplar.

Aquella noche transcurría para María Luisa en medio de la más pura dicha, dejándose

balancear suavemente en las tranquilas aguas de aquel lago encantado, que más tarde se habían de levantar encrespadas para echar á pique todas las ilusiones de su alma; era de tal manera presa de felicidad, que no tenía tiempo ni para analizar sus propias sensaciones, arrastrada por aquella corriente de poesía y amor en que se sentía envuelta; no podía en aquellos instantes recordar una á una las frases que el capitán había deslizado en sus oídos con acento de pasión, y en medio de su dicha sentía un átomo de amargura, pues estas frases eran las únicas que quería conservar en su memoria para deleitarse con su recuerdo, y todo acento inspirado por la amistad ó la cortesía la contrariaba. Pero ¿por qué sufrir? en un pliegue de su alma estaban ocultas para saborearlas á sus anchas en las soledades del castillo.

En un momento en que los invitados de la Sra. Marsal se habían esparcido por las diferentes habitaciones de la casa y María Luisa estaba hojeando un libro de grabados, el capitán Arimón se le acercó.

—Señorita, le dijo, *es preciso* que yo le hable para explicarle lo que siente mi corazón; ¿cuándo me concederá V. un momento?

Ella le miraba con ojos de espanto tra-

tando de hablar, pero no podía. El capitán Arimón comprendió lo que pasaba en ella y aquella actitud de niña inocente no avezada á responder con una coquetería una amorosa insinuación, le prestaba alas para continuar.

—Es cuestión de dos palabras, dijo: quisiera expresarle lo que por V. siento, desde el día feliz en que apareció V. ante mis ojos en Birle, como la ninfa de los bosques: yo he visto mucho, María Luisa; mi corazón está templado en los vaivenes del mundo y rara vez se impresiona; he conocido mil mujeres hermosas y simpáticas á la vez y las he tratado con la más grande indiferencia, pero con V. señorita, es otra cosa; V. sola ha logrado interesar mi alma, revistiéndola con la alegría de la juventud que se esparce en torno suyo. Su cara es angelical y sus blancas manos pequeñas y delicadas; estoy dispuesto á dejar mi vida en ellas. ¿Puedo esperar que V. la acepte?

Algo iba á contestar María Luisa, pero sentía un nudo en la garganta, cohibida á la vez por la impresión que le produjo la franca declaración del capitán, y la mirada indiscreta de algún contertulio de los que atravesaban constantemente el salón. Alguien hubo de llamar á aquél y María Luisa al quedarse sola

lanzó un hondo suspiro, como si despertase de un profundo sueño.

—¡Su vida en mis manos! pensaba contemplándolas tan finas y esbeltas, rosadas como una flor de primavera, y de largos dedos aristocráticos cubiertos de sencillos y ricos anillos: eso debía ser una ficción, algo como el delirio de un poeta. ¿Era posible que él, soldado intrépido y hombre fuerte y valeroso abandonase así su porvenir en las manos de muñeca de una niña como ella? No; el capitán Arimón se había equivocado ó tal vez ella comprendería mal, pero no podía creer en la realidad de tanta ventura.

Mientras tanto, el sagaz capitán había hecho ya sus cálculos. La hermosa y dulce beldad lo tenía realmente enamorado, y la amaba todo lo que él era capaz de amar; no había mentido al declarársele, pues por su comunicativa alegría infantil, su sencillez y su pura inocencia la prefería á todas las que había conocido hasta entonces. Pero lo principal para él era que se trataba de una heredera del caballero Moceli de Mendoza; de las dos vastas haciendas una le pertenecería á la muerte de su padre y la mitad de la renta de éste, 15,000 pesos al año, había de ser suya. Éste era el cebo del negocio que había que llevar á cabo;

y aun sin la herencia, también hubiera hecho el amor á María Luisa pero siguiendo su habitual procedimiento; cortejarla, ganar su corazón, hacerse amar por ella, y luego abandonarla como había hecho con otras. " No; se decía, es imposible encontrar mejor botín á donde quiera que vaya y es preciso conquistarlo." Y á juzgar por las señales, la parte más codiciada de este botín estaba á punto de caer entre sus garras.

Si ella hubiese podido ver en aquel momento la odiosa mirada de vanidad satisfecha, la astucia y la sed del oro que resplandecían en sus ojos, la sonrisa de pirata dibujada en sus labios, la hija del caballero Moceli hubiera llamado la muerte antes que consentir en ser la esposa de aquel miserable. Él sabía que al tratar de formalizar el asunto, habría dificultades que vencer; personas conocidas suyas, y no por cierto de las más severas costumbres, le habían prohibido traspasar el umbral de su puerta, teniendo esposa, hermana ó hija por quien velar, y con tales antecedentes no era probable que el caballero quisiese entregarle su María Luisa. " Si toma informes de mí, decía el conquistador capitán, encendiendo tranquilamente su cigarro, habrá la de San Quintín." Algo se consolaba, sin embargo, al pensar que

María Luisa estaría de su parte, pues eso tenía forzosamente que facilitar el camino, y quien sabe si el caballero al fin consentiría en darle la mano de su hija, convencido de sus propósitos de enmienda.

Y así, mientras la pura y amante niña se forjaba los más ideales ensueños de futura felicidad, creyendo que el héroe que ella había ideado antes de conocer al capitán Arimón distaba mucho de ser tan perfecto como éste, él paseaba yendo y viniendo por los angostos senderos del jardín, saboreando con fruición su cigarro, mientras pensaba cómo se las compondría para pasar en París un par de semanas con el dinero de ella.

—Al mes escaso de matrimonio, se decía sonriéndose cínicamente, estaré hastiado de su amor y de su inocencia. ¿Qué mucho, pues, que logre combinar la manera de escurrirme al extranjero tres ó cuatro veces al año?

María Luisa, muy cerca de él sin verlo, apoyada en una de las ventanas que daban al jardín, con la mirada fija en las estrellas, pensaba entretanto que sin duda se había hecho digna de las bendiciones del cielo, por haber puesto en su camino un héroe como el capitán Arimón, á quien amar.

CAPÍTULO IX

UNA ORDEN TERMINANTE

La oportunidad que perseguía el capitán Arimón no llegaba. Ruperto había oído hablar mucho y con elogio de la Julieta de "Los Amantes de Teruel," pero al mismo tiempo corrían voces que lo tenían intranquilo; no por ella "el lirio inmaculado, que estaba ansioso de estrechar contra su pecho y del que deseaba aspirar el perfume" sino por lo que se refería al capitán, á quien todo el mundo tenía por un conquistador irresistible, por lo que Ruperto decidió, esta vez irrevocablemente, que durante la estancia de María Luisa en Lenobal, ésta y el capitán no volverían á verse. Al efecto, y aun á trueque de sufrir un desaire de los que ella acostumbraba hacerle con tanta frecuencia, Ruperto permaneció todo el día á su lado, hasta que á la caída de la tarde se hicieron los preparativos para regresar á Mendoza.

En vano el capitán había dado á com-

prender sus deseos de acompañarlos á caballo, sabiendo muy bien que aquella hora del crepúsculo vespertino, en que la Naturaleza convida al recogimiento, y todo murmullo cesa para abrir paso á la noche que se acerca solemnemente, es la más á propósito para sondear corazones y rendir voluntades. Ruperto contestaba fríamente que yendo él no había necesidad de más escolta. Ni un momento tan sólo tuvo el capitán para deslizar al oído de María Luisa una de esas dulces y persuasivas palabras de tan seguro efecto; el instante de partir estaba próximo y aquél, que no veía posibilidad de nueva declaración, no cesaba de llenar de maldiciones á su celoso é impertinente rival por su constante espionaje.

Había discurrido un medio que facilitaría su objeto, y era tomar con cualquier fútil pretexto el lindo lapicero de oro de María Luisa y guardarlo en su poder, para tener una oportunidad de presentarse en el castillo al día siguiente y hablar con ella, con la excusa de devolvérselo.

María Luisa pasaba esta parte de su vida entregada á las fantásticas quimeras de su imaginación, sin darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor: no veía más que una cosa; la hermosura varonil del capitán; no oía más que

una voz; el sonido de la suya clara y rica de armonía; voz y figura con las que estaba tan compenetrada, que día y noche se complacía en ellas y no deseaba ya nada más que tenerlas fijas en su memoria de una manera indeleble. El alma de la joven gozaba de profundo, dulce é inalterable contento.

Mucho tenía que decir el caballero acerca de los cuadros históricos, porque en realidad los había encontrado soberbios y fuera de lo vulgar y corriente. Su legítima vanidad de padre se había visto halagada contemplando á su querida hija vestida á la usanza antigua, con una corrección digna de la escena que había representado; pero en medio de todo le quedaba como una especie de remordimiento por haberle permitido aquella pequeña libertad, y casi temía hallar en su conducta algo de reprobable, haciéndose el pro y el contra y pidiendo el parecer de Irene, de Amparo y de Ruperto. María Luisa estaba sentada á sus pies en un pequeño taburete, con la cabeza, cuya cabellera destacaba en lluvia de oro, apoyada en sus rodillas, y el pensamiento en el apuesto militar de Lenobal. El caballero, por lo común tan observador del estado de ánimo de su hija, no hacía caso de verla silenciosa como no tenía por costumbre, creyendo que

estaba muy atenta á su conversación y sin poderse imaginar que era todo lo contrario; nada de particular observó en ella, pues al levantarse para dar las buenas noches á su padre, su rostro estaba iluminado con destellos de la más pura felicidad y sus labios se posaron en su frente con todo el cariñoso respeto y ternura que acostumbraba. ¿Cómo podía imaginarse que el corazón de su hija estaba tan distante del suyo, y ya nunca más podría buscar en ella consuelo en sus horas de sufrimiento? . . .

María Luisa estaba tan lejos de cuanto pasaba á su alrededor, que para ella no había diferencia entre el día y la noche: de día hablaba con *él*, de noche lo veía en sus sueños de enamorada; cuando el capitán estaba ausente, sentía que las tinieblas le ofuscaban la vista, y la fiebre de amor y el continuo desasosiego la acompañaban por todo, con castos deseos nunca satisfechos, esperanzas jamás cumplidas, gozo que era un tormento, aspiraciones sin fin dirigidas á un solo y único objeto.

Y después de un día otro más, pero la oportunidad tan deseada no llegaba. El capitán Arimón fué al castillo y por su mala suerte encontró al caballero en casa: de pie en el comedor esperaba que ella iría al jardín á coger

flores para seguirla, pero no fué así. El caballero esta vez, estando más alerta que de costumbre, observó que el capitán miraba á su hija con una ternura y un algo inexplicables que le llamó la atención. ¿Se atrevería aquel hombre á pensar en el amor de su María Luisa, destinada á ser la esposa de Ruperto? Entonces cruzó por su mente la idea de que hacía tres semanas había hablado del capitán con desprecio, por ser tenido como un galanteador y un tenorio de oficio: sus agradables cualidades de sociabilidad le habían hecho perder cuantos prejuicios había formado contra él, pero ahora, con aquella penetrante mirada ¿qué era lo que se proponía? ¿Se atrevería acaso á tratar de hacer el amor á María Luisa sabiendo que no había de lograr nada? No; eso no podía creerse, porque tal atrevimiento no era posible, y por si lo fuese, el caballero Moceli juraba por su honor que aquel fatuo no tendría más ocasión de enamorarla.

Otra cosa notó también que acabó de decidirle. Se había levantado muy serio de su asiento dirigiéndose á un bufete para escribir una carta, dando á comprender que la presencia del capitán Arimón le era molesta, cuando vió que éste sacaba del bolsillo el pequeño lápiz de María Luisa y creyendo que el

caballero no lo veía lo besó antes de entregárselo. Conteniendo su cólera fingió no apercibirse; el capitán Arimón se despidió y él continuó escribiendo su carta como si nada hubiera pasado y al terminarla se levantó, dirigiéndose á María Luisa, que permanecía en el mismo sitio en que el capitán la había dejado, sonriente y alegre; el caballero, ante esta actitud, se sintió sobrecogido como si acabase de recibir una mortal herida.

—¡Justo cielo! exclamaba fuera de sí, ¿qué es lo que he hecho?

Su hija al oirlo lo miró sorprendida, con la sonrisa suspensa aún en sus labios y el fuego del amor en sus ojos: el caballero se hizo atrás bruscamente, mudo de admiración ante la fría actitud de aquélla y sin acertar á pedirle explicaciones ni á pronunciar una palabra por temor de cometer una imprudencia, ciego como estaba, corrió á su cuarto ante la atónita mirada de María Luisa, que no se daba cuenta de lo que pasaba. Allí á solas empezó á pensar que quizá había interpretado mal lo ocurrido, pues estando María Luisa destinada á ser la esposa de Ruperto, nunca pasaría por su mente la más imperceptible chispa de amor á otro hombre. Quería convencerse á sí mismo de que había juzgado mal al capitán Arimón,

pero al recordar cuanto se decía de él no podía menos de confesar que si algo tenía que echar en cara á su hija, suya era la culpa; pues qué: ¿había estado ciego ó dormía acaso, para consentir que tratara á ese hombre? ¡Él, que la celaba con tanto cuidado, teniéndola alejada de la compañía de las jóvenes de su rango, temeroso de que inculcasen en ella ideas de frivolidad, y que temía dejarla por una hora tan sólo fuera de la vigilancia de su propio hogar! ¡Él, por una lamentable equivocación la había puesto en camino de conocer al joven seductor y apuesto militar tan mal mirado, aun por los de su propio sexo! El caballero Moceli sintió hielo en el corazón y el filo de una espada en su pecho al recordar las elocuentes palabras del antiguo proverbio:

Los dioses ciegan á los que quieren perder.

En vano trataba de olvidar estas palabras, porque las tenía clavadas en el cerebro y le perseguían con tenaz insistencia; se burlaba de sus propios temores, haciendo lo posible por alejarlos, creyendo que se hallaba en un estado de excitación nerviosa que le hacía imaginar las cosas más absurdas, pero cuanto más volvía á reflexionar sobre lo que había visto, más se aferraba á su mente la idea de que, por desgracia, sus presentimientos eran ciertos.

Pero el tiempo todo lo borra, se decía á sí mismo; y después de todo, hasta entonces no había pasado cosa de importancia; seguramente no existía motivo para alarmarse; era preciso mucha cautela, fingir no haberse apercibido de nada y al mismo tiempo tomar las debidas precauciones para evitar toda nueva ingerencia del capitán; lo demás ya se andaría. Sobre todo había que procurar no decir una sola palabra á María Luisa: el caballero, con su gran filosofía estaba convencido de que toda prohibición hubiera resultado contraproducente, no por espíritu de rebeldía en su hija, sino porque en materia de amores, más que en otra alguna, lo prohibido es deseado, y quererse oponer á los sentimientos de un corazón joven, es como se dice, jugar con fuego. Pero el caballero Moceli, que conocía tan bien estas cosas ¿cómo no llegó á ver que el remedio llegaba tarde, y que lo que él intentaba era más difícil que detener el rodar incesante de las olas ó la marcha del sol en el espacio?

Sea como fuere, preparó su plan de campaña y deseando estaba entrar en operaciones, que tenía que ser el día siguiente á la hora de comer.

Amparo é Irene acudieron á la mesa con puntualidad; María Luisa, que estaba en el

jardín cogiendo flores, se presentó poco después, fresca y riente como la misma mañana. Al llegar al comedor besó á su padre, y comenzó á preparar el te.

El caballero rompió el fuego con suma prudencia, empezando la conversación por el castillo y sus inmediaciones hasta que gradualmente se detuvo á hablar de Lenobal, alabando la belleza de aquella campiña y elogiando á la Sra. Marsal por el buen gusto que demostraba en todas sus cosas, tanto en el ornato de la lujosa quinta como en la organización de las frecuentes fiestas que daba en ella.

—Es una señora muy agradable, dijo, á la que falta un poco de discernimiento; en su afán por ser tenida por señora del gran mundo y adquirir numerosas relaciones, muchas veces no escoge sus amistades con todo el miramiento que debe hacerlo una dama; se deja arrastrar por su flaco de querer ver mucha gente en su casa á la que obsequiar, y admite al primer recién venido que le es presentado; ese joven que estuvo ayer aquí, por ejemplo ¿cómo se le ocurriría á la Sra. Marsal invitar al militar á su casa?

Irene, pugnando por contribuir á la obra de su padre, le preguntó por qué razón habla-

ba en aquel sentido; y el caballero Moceli, interiormente satisfecho al ver prosperar su plan, contestó:

—Porque no es hombre de buena conducta, y siento haberlo conocido; ni lo tengo en buen concepto, ni me gusta tratarlo. Naturalmente que estando él aquí ayer, no debía echarlo á la calle, pero ya pudo comprender por mi cara que sería mejor ahorrase sus visitas.

María Luisa no dijo una palabra, pero un sudor frío recorrió todo su cuerpo, y sus juguetonas manos buscaban nerviosamente sobre la mesa un objeto con que entretenerse. El caballero continuó.

—Si vuelve á vernos, Irene, tienes orden de mandarle á decir que hemos salido: no admito que un hombre de este linaje se cuele en mis habitaciones como Pedro por su casa: si tiene que hacer que se esté en la suya. Con que ya lo tienes entendido para de aquí en adelante; alerta cuando llame el capitán.

—¿Y no lo extrañará nadie, papá? objetó Irene temiendo el *qué dirán*.

—No me importa, aunque lo extrañe todo el mundo, contestó el caballero; he hecho mal en permitir á ese individuo la entrada en mi casa, y no quiero arrepentirme de mi condescendencia por más tiempo; recuerda

mis órdenes, Irene y procura cumplirlas estrictamente.

Aunque el caballero durante su conversación evitaba el mirar á María Luisa, pudo observar de soslayo el disgusto que sus palabras le producían; inmóvil en su silla, procurando dominar su emoción, hacía esfuerzos extraordinarios para contener las lágrimas que querían escaparse de sus ojos, lo que no pasó desapercibido al instinto paternal del caballero, quien tanto para evitar una escena como para ocultar su dolor, se levantó con precipitación, retirándose á su cuarto.

CAPÍTULO X

SUYA HASTA LA MUERTE

Hubo un instante de silencio. María Luisa intentaba decir algo pero no se atrevía, por no saber si hablar en defensa del capitán ó demostrar indiferencia; de una parte temía hacerse traición dando á comprender lo que pasaba en ella, y el callar se le hacía insoportable. Amparo fué la primera en decir:

—No me sorprende lo que ha dicho mi tío. El capitán Arimón no es el hombre á quien yo en su caso tampoco escogería para hacer amistades.

María Luisa, que se había guardado de desplegar los labios mientras hablaba su padre, ya no pudo contenerse más al oir á su prima, y volviéndose con el ímpetu de una leona que ve abierta la puerta de su jaula, exclamó, con los ojos encendidos de rabia:

—¿Por qué no? El capitán Arimón es un heroico militar, y si la Sra. de Marsal le ha abierto las puertas de su casa, no hay razón para que papá se niegue á recibirlo.

—Estamos conformes en que es un militar, repuso Amparo con una sarcástica sonrisa que la hizo aborrecible á los ojos de María Luisa, pero nunca oí decir que fuese un héroe. Además no tiene nada de extraño que haya sido admitido en casa de la Sra. Marsal, porque ella no es muy meticulosa en la clase de invitados que acepta; y lo cierto es que el capitán Arimón es un gran calavera, por cuya razón los hombres formales desdeñan su trato y las mujeres no se fían de él.

La exasperación de María Luisa llegaba á su colmo.

—No puedo creer nada de cuanto dices, exclamó presa de temblor. Tanto tú como papá sois injustos al juzgarle. El capitán Arimón es bien recibido en todas partes, y si él se dedica á hacer el amor, también tú eres de las que les gusta tener muchos novios.

—No hay necesidad de defenderlo con tanto calor, dijo Amparo con una frialdad y un desprecio insultantes; él solo se basta para eso.

María Luisa se paseaba por la habitación á grandes pasos, con la majestad de una reina ofendida, haciendo supremos esfuerzos por contenerse ante la actitud provocativa de Amparo. Ésta se volvió hacia Irene, y las dos se

dirigían ansiosas miradas, como preguntándose en qué pararía aquello.

—Era preciso que aquí pasase algo desagradable, dijo Amparo. El capitán Arimón acostumbra á dejar rastro en los sitios que frecuenta.

—Creo que hemos sido todos ciegos, sólo se atrevió á decir Irene, lanzando un profundo suspiro y sintiendo asimismo un terrible presentimiento.

María Luisa, conteniendo su despecho, con la mirada extraviada y fuera ya de sí, se precipitó á la puerta del jardín, oprimiendo con sus manos su corazón que latía con fuerza, impelido por el dolor de ver que todo el mundo se volvía contra ella. Apenas podía darse cuenta de lo que le pasaba. Se había levantado aquella mañana sonriente y feliz como siempre, sintiendo el alma anegada en la poesía de la vida y del amor, con la esperanza de encontrar el mundo bañado en luz y armonía; en un momento todo había cambiado; negra y cargada nube se cernía sobre su cabeza, la luz se convertía en obscuridad, la música en notas discordantes, la dicha en el más acerbo dolor.

¿Él un calavera? ¿Cómo podía llegar á creerse eso del capitán Arimón? ¿Podía con-

cebirse el engaño en aquellos ojos de expresión insinuante, que la miraban como no era posible que hubiesen mirado á otra mujer? ¿Cabía en lo justo que aquellos labios que modulaban tan dulce sonrisa, pudiesen contraerse más tarde con expresión de burla y desprecio? ¡Mil veces no! Amparo, Irene, el caballero Moceli y el mundo entero estaban ciegos al juzgarlo, se decía María Luisa.

Claro que las mujeres lo miraban, pero ella no debía estar celosa por esto, y después de todo ¿podía acaso impedirlo? ¿Existía por ventura otro hombre ni de mucho tan apuesto y galán? Si nadie podía oir su voz sin sentirse conmovido, si su presencia cautivaba y el hermoso contorno de su rostro era tan simpático, en todo caso sólo podía culparse á la Naturaleza por haber derramado sobre él tan abundantes gracias. Y al recordar María Luisa el dulce apretón de mano que de él recibió cada vez al despedirse, se le hacía absolutamente imposible el pensar que otra mujer pudiese vanagloriarse de haber recibido pruebas tan elocuentes de cariño como las que le daba el capitán Arimón, señal infalible de que cuanto se decía acerca de él eran calumnias que su amor debía desechar, disponiéndose á librar combate en su defensa y proclamando

en alta voz que era el más leal y el más noble de los hombres. María Luisa no podía olvidar las palabras de su padre, ni darse cuenta del por qué el día anterior había estrechado su mano invitándolo á comer, para cerrarle después las puertas, creyéndolo un hombre indigno de su compañía; esta manera de proceder le parecía monstruosa, y por la primera vez en su vida comenzó á sospechar que su amante corazón de hija se rebelaba contra aquél.

Entregada á sus meditaciones, andaba errante á través de los jardines en dirección á los bosques del castillo sin poder llorar, pues la indignación le secaba las lágrimas; su alma, propensa á la justicia, ardía aún más en el fuego del amor al pensar en la calumnia de que era víctima su adorado capitán.

El aire fresco del bosque la calmó; sentóse á la sombra de los grandes árboles, y allí, acompañada del canto de los pájaros empezó á reconstituir las pasadas escenas, deleitándose en el recuerdo de lo que había acaecido desde el momento en que encontró al capitán junto á los rosales. Hacía apenas un mes, y desde entonces había disfrutado siempre de aquella felicidad tan suspirada por ella; cada palabra, cada mirada que había centelleado en los soña-

dores ojos azules del capitán, las llevaba impresas con señales de fuego, que no desaparecieron hasta que su ídolo se rompió en mil pedazos, sufriendo su amor el desengaño de su traición.

—¡Amor mío, amor mío! exclamaba María Luisa sintiéndose su esclava. ¿Cómo es posible que yo pueda vivir sin ti?

Y extendía sus brazos como si tuviese que acudir á él para librarse de perseguidores invisibles que quisieran llevársela; después los dejó caer, lanzando un grito penetrante al ver al capitán Arimón que se le acercaba á través de los árboles. Aquella aparición repentina la dejó sobrecogida; quería correr hacia él y no acertaba á moverse; intentaba hablar y no podía. Él permanecía inmóvil con la cara descompuesta y expresión angustiosa.

—Buenos días, María Luisa, dijo. Perdóneme V. si me he tomado la libertad de penetrar hasta aquí, pero uno de los jardineros me dijo que la había visto dirigirse al bosque y me he arriesgado á seguirla á V.

Ella, que estaba sentada en el suelo al aparecer el capitán, se levantó, y él continuó, erguida y descubierta la cabeza, y en tono de reproche:

—María Luisa ¿qué significa ésto? Esta

mañana estuve en el castillo á verla y ni siquiera se tomaron el trabajo de preguntar si estaba V. en casa: ¿qué significa ésto?

—Esto quiere decir que trata de cometerse una injusticia, capitán Arimón, que sabe Dios lo que yo la repruebo y protesto de ella con todas mis fuerzas, contestó María Luisa dando á comprender á las claras que sentía muy hondo lo que decía.

—¡Lo había presumido! exclamó el capitán Arimón lanzando chispas de cólera; mi corazón me lo dijo. ¡Ah, María Luisa! quieren separarnos, ¿no es cierto? Pues es inútil; todo cuanto invente la calumnia se ha de estrellar contra mi voluntad de roca; poco importa que intenten cerrarme las puertas del castillo, mi amor sabe escalar las murallas, y aunque te encerrasen entre cuatro paredes, mi constancia las taladraría sólo por ver algo de ese rostro que me da la vida: mi pasión se ha convertido en devastador incendio y es ya tarde para dominarlo.

¡Sí! ¡Ya era tarde! Antes de que ella tuviese tiempo de contestarle la había cogido entre sus brazos estampando un beso en sus labios.

—¡María Luisa mía! murmuraba á su oído adormeciéndola con la dulce música de sus

amantes palabras ; nada puede separarnos ; eres mía en vida, mía en la muerte, y aun después en la eternidad. ¡Dime que me amas, hermosa de mi alma!

Ella se entregaba á sus apasionadas caricias con el mismo inocente abandono que lo hiciera en brazos de Ruperto: en su rostro se reflejaba la pureza ideal del amor casto inspirado por el cielo.

—Sabes lo que te amo, contestó sencillamente, pero no sabes cuánto.

—Lo adivino, exclamó el capitán envanecido. ¿Qué he hecho yo, María Luisa, para alcanzar tan inestimable tesoro? He empezado á vivir sólo desde que te conozco y el tenerte ahora que dejar me mataría. ¿Ves el brillante sol que vivifica las flores? Tú eres para mí ese sol, sin el que es imposible la vida: estoy sediento por tu amor y él es mi maná; si él me falta moriré de consunción.

—Mi amor es tuyo, dijo ella con dulce arrullo.

—Entonces nadie podrá obligarnos á separarnos; el lazo que une nuestros corazones es inrompible; una será nuestra vida; uno solo nuestro destino; ¿quieres ser mi esposa?

—Sí, quiero, contestó ella.

—Y aunque el mundo entero se oponga y

traten de separarnos, calumniándome y rebajándome á tus ojos, ¿estás segura de que me serás constante á través de injurias y desprecios, de las más grandes pruebas y los más acerbos ataques, sabiendo prescindir de cuanto se haga y se diga á tu alrededor?

María Luisa rodeó el cuello de su adorado con ambos brazos, dejando apoyar su dorada cabellera en su pecho; su inmenso amor vencía toda timidez, dominaba todo temor, y lanzando un suspiro exclamó:

—Sí, Guillermo mío; aleja toda preocupación y no pienses mas que en mí, que tantas pruebas te he dado de mi cariño; mírame aquí en tus brazos amantes, en los que siempre vi los lazos que tenían que ligar mi destino, y considera que la que tan rendida está por ti no puede menos de serte fiel hasta la muerte.

¡Qué bien, para su desgracia, supo mantener su palabra! Allí estuvieron sentados largo tiempo hablando de su amor inquebrantable, y á cada palabra del capitán sentía renacer aquellas ilusiones que habían transportado su alma, y que por tan poco tiempo habían desaparecido al influjo de una nube de verano. Se encontraba otra vez al lado de su Guillermo, disfrutando de la hermosura del espléndido paisaje, que era para ella como el rincón

de una tierra de magos y hechiceros que en fantásticas danzas culebreaban por los troncos de los árboles. Sintiéndose tan feliz ¿por qué no quiso el ángel de su guarda dejar en aquel momento su cuerpo en la tierra, y llevarse aquella alma pura, para evitarle más tarde las amargas penas de una abnegación sin límites?

—Se me figura que tendremos disgustos, dijo el capitán al fin. Estoy seguro que intentarán hacernos reñir y más que todos tu padre. ¿Por qué no quiere admitirme, María Luisa? Dime la verdad.

Ella clavó en él una mirada de ciega idolatría.

—Me parece que ahora querrá, dijo. Se figura que eres un calavera; alguien se lo aseguró.

—¿Y piensa que trato de conquistarte á lo Tenorio? exclamó él con voz conmovida y una mirada de codicia que ella no observó.

—Así lo creo, contestó con dulzura; pero ahora se va á desengañar.

—Voy á pedirle tu mano hoy mismo, exclamó en un arranque el capitán Arimón; pero dime, prenda de mi alma, ¿va tu padre á consentir en entregarte á mí, que soy un pobre enamorado sin dinero, cuando tu eres rica y él te quiere tanto.

María Luisa se rió como una niña de estas palabras, pues el capitán Arimón tenía más valor para ella que el rey más poderoso de la tierra.

—Y eso ¿qué importa? dijo, si cuanto pueda pertenecerme te pertenece á ti. Pero no digas aún hoy nada á papá. Déjame pensar en mi dicha, y entretanto prepararé el terreno.

Él se inclinó de nuevo y volvió á besarla; el sincero amor y la confianza de María Luisa llegaban á conmover su corazón falso y vil.

—Se hará como tú quieras, dijo; vendré mañana al mediodía. Á ver si sabrás velar por mí, empleando toda tu influencia para lograr que el caballero consienta. Si es así, pronto serás mi esposa, cariño mío; si, por el contrario, tu padre resiste, tendremos que luchar con dificultades que aplazarán el momento de nuestra felicidad. Pero es preciso separarnos, María Luisa, que empieza á ser tarde; dejemos este paraíso para entrar otra vez en el mundo; ánimo, pues, y confianza en nuestra suerte.

María Luisa se levantó y se puso á su lado, en donde hubiera querido permanecer toda su vida; y él al verla tan serena y en tan enérgica actitud, comprendió que allí había un brazo

y un corazón dispuestos á luchar por él, entregarse á él y guardarle fidelidad hasta la muerte.

—¡Es tan duro el tener que separarme de ti! dijo el capitán mientras iban andando á través de los bosques, cogidos del brazo; tú eres mi primer y único amor. María Luisa, júrame que no has amado jamás á otro.

—Lo juro, contestó ella. Y dejándose llevar de su carácter franco y expansivo y hasta considerando como un deber suyo el no tener que ocultar nada de su pasado á su novio, contó al capitán las intenciones de Ruperto, y que ella le había prometido hacer por amarle, pero que no podía.

—Supongo yo que esto es lo que hubiera querido el caballero, dijo él con aire pensativo.

—Á papá no le gusta más que lo que yo quiero, contestó ella; en su vida me ha negado nada, y cuando sepa que te amo y le diga que he de ser tu esposa verás como consiente.

El capitán, á pesar de la confianza que demostraba María Luisa, no creía que el caballero se aviniese fácilmente á autorizar este enlace; más bien estaba seguro de que trataría de impedirlo, si, como era natural se informaba acerca de sus antecedentes y su método actual

de vida, pero no se atrevió á insistir más, temiendo despertar con su temeridad las sospechas de su amada. Al llegar cerca de una glorieta ya próxima á la casa, se despidieron.

—Adiós mi encanto, dijo él; vuelve hacia mí tu rostro y déjame decirte una vez más al oído. "¡Mujercita mía, hasta la vista!"

¡Cuanta hipocresía en aquel corazón perverso! El amor que el capitán sentía distaba mucho de ser el que demostraba y todas sus palabras no eran más que el cebo para atraer solapadamente la voluntad de aquella incauta criatura, que se sentía fascinada al escuchar aquella voz engañosa.

—¡Tu mujer! exclamó ella por lo bajo; después de esto no me digas ya más; oh, Guillermo, ¿crees que los ángeles del cielo son más felices que yo?

El galante capitán no entendía gran cosa del cielo y de los ángeles, pero aquel arranque de sincera y honda pasión lo desconcertó.

—Quiero que también mi madre lo sepa, continuó María Luisa, y desde el otro mundo me bendecirá. Antes de entrar en casa voy á rogar junto á su tumba y le contaré nuestros amores para que vele por nuestra suerte, y le pida á Dios que nos haga felices.

El capitán sentía algo en su conciencia al

ver la farsa que estaba llevando á cabo, jugando de tan vil manera con las ilusiones y el porvenir de una niña ciegamente enamorada de él. Pero al pensar en la dote que tenía que aportarle y con la cual podría divertirse en grande, haciendo ostentación de su riqueza ante los que le creían pobre, no encontraba más que motivos de felicitarse por su reconocida habilidad en conquistar corazones, y suspirar por el momento en que sus uñas se clavarían en la presa. Movía á compasión el ver á María Luisa, al despedirse de él, tomar la carretera de Isona, donde yacían los Mocelis, y corriendo como una gacela, dirigirse al cementerio, y arrodillándose junto á la tumba de su madre, besar la tierra con fervor, mientras que desde el fondo de su corazón le decía á la que le dió el ser, cuánto la amaba el capitán Arimón, y lo inmensamente feliz que se sentía al pensar que muy pronto iba á llamarse su esposa. . . .

CAPÍTULO XI

PREDICAR EN DESIERTO

Era ya tarde cuando María Luisa entró en su cuarto. Afortunada ó desgraciadamente para ella, el caballero estuvo aquella mañana fuera, de modo que no pudo notar su falta. Irene, al ver á su hermana, corrió á decirle muy contenta que Ruperto iría á comer con ellos y era preciso no hacerle esperar.

María Luisa sintió darle un salto el corazón, cuando al encontrarse en su cuarto á solas con sus recuerdos de reciente felicidad, le vino á la memoria el disgusto que iba á dar á Ruperto cuando éste se enterase de su conducta. No era ella tan egoísta que le importase poco la pena de los demás, pero ya no estaba en su mano el poderlo evitar: el hechizo de su amor tenía tal poder sobre ella que le era imposible desprenderse de él.

Pero, ¿cómo decírselo? Recordaba muy bien los términos en que habían convenido; el capitán se obligaba á esperar hasta tanto que

María Luisa, por su propia iniciativa, extendiendo su mano, la colocase en las de él para decirle que era suya: para esto esperaría veinte años si era preciso, al cabo de los cuales escucharía su sentencia con la mayor resignación, prometiendo no exhalar la menor queja si sus aspiraciones no podían verse colmadas. Pero al tener presentes las mil pruebas del más tierno y acendrado cariño que de Ruperto había recibido, y de qué manera se había mostrado siempre generoso, galante y desinteresado para con ella, le repugnaba decirle que su corazón ya no le pertenecía.

María Luisa no temía á Ruperto: conocía muy bien el secreto de su grave fisonomía, espejo de un alma que encerraba para ella el cariño y la benevolencia; á través de sus ojos de mirar inteligente descubría la grandeza de un corazón que tenía resortes inagotables de bondad para todo el mundo y de firme amor para la niña mimada del castillo. Recordaba su actitud de despecho en Birle al verla al lado del militar y su sonrisa sarcástica en Lenobal cada vez que se hablaba del capitán Arimón; su fe inquebrantable y su abnegación sin límites la sorprendían, moviéndola á inclinarse ante aquel héroe que con la mano en el costado y herido de muerte erguía la cabeza bus-

cando otra sonrisa más en sus labios, y extendía el brazo valerosamente para tratar de hurgar las cenizas de un amor del todo apagado. Pero como la admiración no es el cariño, se consolaba diciéndose que todo esfuerzo que ella hiciera por corresponder á Ruperto tenía que resultar inútil, y que al fin y al cabo el capitán Arimón era también un héroe por haber logrado en tan poco tiempo hacer presa en su alma apenas nacida á la luz del mundo. ¡La infeliz, en su ciega inexperiencia, no sabía definir el heroísmo y confundía para su perdición eterna el oro y el oropel! . . .

En realidad no había hecho ningún mal; prometió tratar de amar á Ruperto, hizo tentativas para ello, y resultaron inútiles. ¿Era suya la culpa, se preguntaba á sí misma, si el rubio militar se había presentado en Lenobal? y una vez allí y después de haberlo tratado, ¿por ventura podía impedir el haberse sentido enamorada de él? No; ella no había faltado á su promesa ni hecho traición á nadie; su conciencia estaba tranquila y Ruperto no tenía nada que reprocharle, pero sin saber por qué temía ver en su cara las huellas de un dolor profundo, con algo de desprecio hacia ella.

Pero, no; María Luisa sabría decírselo de la manera que menos le apenara; se acercaba

la hora de comer y cuando Ruperto llegase, procuraría conducir la conversación de modo que ni siquiera se apercibiría del golpe. ¡Oh, sí! Ruperto era tan galante que no había de cometer una grosería y sobre todo con ella, á quien siempre miraba con el alma en los ojos.

El caballero Moceli estaba muy tranquilo al ver la serenidad de María Luisa, diciéndose á sí mismo que todo debía haber sido una preocupación, y que se había equivocado cuando se figuró que María Luisa estaba enamorada del capitán. Y en prueba de ello, continuaba su hija tan alegre y risueña como antes, después que supo se había prohibido la entrada en la casa al capitán, y sin que su rostro reflejara la más pequeña sombra de intranquilidad. Al verla sencillamente vestida con su ligera blusa de verano, azul pálido, y adornado su pelo con claveles rojos, riéndose de su preocupación se la imaginaba tan niña como cuando vivía su madre, y tan obediente y cariñosa con él como entonces. Amparo, por el contrario, era la única que sospechaba; con su mirada penetrante había sondeado el corazón de María Luisa y comprendía como nadie la verdadera causa de su contento.

Después de la comida el caballero se arrellenó cómodamente en la butaca, dispuesto á

saborear su tabaco al mismo tiempo que el rico moka; los jóvenes se apresuraron á abandonar el comedor en donde el calor era sofocante, corriendo todos á los jardines. Era una tarde del ardiente Agosto; el aire cálido estaba saturado de los perfumes de las lilas, de las gardenias y de las rosas: Amparo, que había tomado un libro para leer, se fué hacia el lago seguida de Irene, y María Luisa y Ruperto, cuyos destinos eran tan opuestos, quedaron solos en un recodo del jardín, en actitud expectante, como si algún suceso extraordinario fuese á desarrollarse entre ellos.

¡Cuántas veces Ruperto, después de algunos años, había querido olvidar la cara infantil y los tiernos ojos de María Luisa en los que se retrataba el cielo azul de aquella tarde, que le miraban como para pedirle anticipadamente perdón, mientras se iba acercando á él con tímida cautela, y al ponerse á su lado le decía, conteniendo el aliento: "¡Ruperto, tengo algo que decirte!" Su corazón saltó de gozo al pensar que había llegado para él el ansiado momento en que sus esperanzas de tanto tiempo iban á realizarse, y que por fin iba á entrever algo de su futura felicidad; creyó ya cercano el día en que sus manos estrecharían las suyas y la rubia cabeza

de su adorada descansaría sobre su pecho, mientras él en voz alta podría llamarla suya . . . ¿que le pasaba? Le fué preciso tomar aliento y llevarse la mano al corazón, porque se sentía desvanecido de gozo.

—Tengo que hablarte, continuó aquella dulce voz infantil; pero tienes que prometerme que no te vas á incomodar.

—No es necesario que te lo prometa, dijo él muy quedo: yo no puedo estar incomodado nunca contigo.

Los dos se encontraban en medio de un estrecho sendero bordeado de lilas y tan juntos uno del otro, que el vestido de ella rozaba con el de él y los lazos que llevaba prendidos en el pecho llegaban alguna vez á azotar la cara de Ruperto al ser agitados por el viento. En vano esperaba éste que María Luisa continuase; pues la joven sentía el pecho oprimido, y un temblor nervioso recorría todo su cuerpo; ¿se trataría tal vez de una pretensión de niña mimada? ¿de una inocente demanda de intercesión á favor suyo cerca del caballero? pensó Ruperto, pero al mirarla vió que empezaba á palidecer y una extraña sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¿Qué es eso, María Luisa, amada mía? le preguntó con dulzura tomando su mano.

—No; exclamó ella con energía; no lo repitas; por fin tengo que decírtelo, Ruperto, ya que éste es el momento, y te lo diré en muy breves palabras; desde el día en que convinimos en que tratarías de conquistar mi amor, pensé que era muy justo tu deseo; me acordé que éramos amigos de la infancia, y conociendo tus buenos sentimientos y los lazos de amistad que te han unido siempre con nosotros, nada más acertado que aceptar tu corazón; pero ¡ah, Ruperto! sondeando el mío he visto que no respondía, que todos mis esfuerzos y mis buenos deseos eran inútiles ante la frialdad de que está revestido, y por más que he procurado amarte no con amor de amigo, sino con amor de amante, me es imposible.

El golpe fué tan terrible que hubiera desalentado á cualquiera; sin embargo, Ruperto, dando pruebas de un amor firme como una roca no desistía, y continuaba guardando entre las suyas las temblorosas manos de María Luisa; aun en esta hora de suprema agonía guardaba en el fondo de su alma una remota esperanza de salvación. ¡Ah, muchacha ciega y locuela! ¿En dónde podía encontrar un amor tan puro como el que Ruperto le ofrecía?

La emoción le impedía hablar y tuvo que

morderse los labios para no lanzar un gemido de dolor. María Luisa comprendió su pena, por otra parte muy justa, y exclamó con el más cariñoso acento de su alma:

—Ruperto; ¿á qué fingir y hacerte sufrir por más tiempo? No quiero continuar en este estado de ánimo, y prefiero que toda vez que tu anhelo no ha de verse colmado, te desengañes ya de una vez; créelo, amigo mío, mi dolor es también muy grande al tenerte que proporcionar este disgusto; pero ¿qué le he de hacer yo infeliz de mí si no puedo amarte?

—Tú no lo has probado jamás, María Luisa, replicó Ruperto con cariño; si hubieras hecho el más pequeño esfuerzo para amarme, lo habrías conseguido, porque el amor busca siempre un corazón que lo comprenda, y hubieras hallado el mío dispuesto siempre por ti á los mayores sacrificios. Sabes, María Luisa, que si yo supiera que el morir á tus plantas había de ser un motivo para tu felicidad, á tus pies me arrojaría para esperar la muerte con la sonrisa en los labios.

—Sí, Ruperto, lo creo, dijo ella con toda sencillez.

La generosidad y el poder de este amor renacieron en su memoria más tarde, cuando se vió perseguida por la infidelidad y la desgra-

cia; entonces fué cuando hubiera querido volver atrás para recoger las primicias de aquel honrado pecho; ahora un clamor infernal la ensordecía y no podía oir la voz de un amor todo abnegación y dulzura.

—Entonces no hay para qué desconfiar, María Luisa, insistió Ruperto abrigando una lejana esperanza. Volvamos á nuestro camino y tú por tu parte procura hacer lo que no has hecho hasta hoy; dentro de algún tiempo volveré á llamar á las puertas de tu corazón y tal vez entonces mereceré que me responda.

—Oye, Ruperto; esto es precisamente lo que tenía que decirte y no sé como expresarme; tú eres muy bueno para mí y he llegado á tenerte un verdadero cariño de hermana; me interesa tu bienestar y quisiera verte el más feliz de los hombres, pero lo que me pides es un sacrificio imposible porque ya no cabe . . . ¿lo diré Ruperto? . . . no cabe *otro* amor en mi corazón; no cabe porque yo. . . .

Aquí María Luisa se detuvo sin serle posible continuar, mirando aquellos ojos, cuya fuerza de expresión la dominaba.

—Acaba; porque tú . . . dímelo sin temor, continuó él dulcemente; dilo de una vez, María Luisa, confiésamelo todo.

—Sí, Ruperto; porque yo quiero á otro,

dijo ella sin atreverse á levantar la voz; yo quiero á otro, pero tanto, que mi vida se ha ido con él, haciendo para mí de la tierra un cielo.

Ante esta revelación él se puso á temblar como si hubiese recibido un dardo en el costado: por un momento le pareció que el cielo y la tierra se juntaban, y que iba á caer desplomado al suelo, pero la suave presión de la mano de María Luisa, que aun tenía entre las suyas le devolvió el sentido. ¿Cuándo no se sentía él fuerte por ella?

La adorable niña apasionada, pues era poco más que una niña, levantó su linda cara hacia él en actitud suplicante. ¡Oh, cielos, qué terrible es la mujer para con el hombre que la ama!

—Ruperto, exclamó en un apasionado arranque; quieres mi felicidad, ¿no es cierto? Me has dicho mil veces que harías cuanto estuviese en tu mano para conseguirlo; pues bien; supuesto que sabes que no puedo amarte y conoces el secreto de mi corazón, has de interceder en mi favor si papá se opone á mis relaciones.

La sorda desesperación que se había apoderado de él cedió en un momento su lugar á un mortal terror que le heló la sangre en las

venas, y con movimiento instintivo cogió con ambas manos la cabeza de María Luisa, acercándola á su pecho como para escudarla de todo mal contra un invisible enemigo.

—Te ayudaré, dijo en actitud sublime; pero dime una sola cosa, María Luisa: ¿cuál es el nombre de tu amado?

—El capitán Arimón, contestó ella con orgulloso énfasis.

Ruperto dejó caer sus manos, lanzando un rugido de despecho.

—¡Santo cielo! exclamó: ¿no hay piedad para una niña tan tierna é inocente? ¿Tú enamorada del hombre á quien tu padre arrojó de su casa y al que todos desprecian? Pero, no; no es posible; estás ciega, ó loca, ó qué se yo. No; María Luisa; tú me engañas, mis oídos me engañan tal vez, porque no puede creerse en la realidad de lo que me has dicho. Contesta; añadió inclinándose más hacia ella con aire compasivo; ¿es cierto que amas de verdad á ese hombre?

—Es cierto y no hay para qué admirarse, Ruperto; su amor, como ya te he dicho, ha convertido la tierra en un cielo para mí, haciéndome tan feliz como los ángeles en el Paraíso; no quisiera afligirte, pero supuesto que tú me obligas á hablar, escucha: es tanto lo que yo

le amo que aceptaría la muerte con tal de poder exhalar mi último suspiro con la mirada fija en sus ojos, y después de enterrada sería capaz de volver á la vida y salir de mi tumba si él viniese á llamarme.

—Calla, no prosigas por Dios, María Luisa, dijo Ruperto al ver su esbelta figura temblando con la emoción de sus propias palabras; calla y no digas más sacrilegios; á ningún mortal le es dado hacer milagros y sólo un Poder más alto puede dar vida á la muerte: ¿crees que ya es tarde para consejos, súplicas y amonestaciones?

—Sí, Ruperto, ya es tarde para todo eso, contestó María Luisa.

—Entonces no me queda más que pedir á Dios que tenga misericordia de ti, dijo él solemnemente, conmovido por el cuadro del negro porvenir de María Luisa.

—¡Misericordia! ¿por qué? preguntó ésta mirándole con admiración.

—Porque estás precipitándote al abismo. Ten calma y reflexiona, María Luisa. Mira; yo que te amo como ningún hombre haya podido amar más á mujer alguna, con amor ferviente y generoso; yo, que estaría satisfecho al verte esposa de un hombre digno, si tú le amases, y aun protegería tus amores, dis-

puesto á entregar mi fortuna y á sacrificar mi existencia, yo, María Luisa, aquí á la límpida faz de los cielos, te digo que quisiera verte mil veces muerta antes que la esposa de este hombre.

—¿Por qué? volvió á preguntar ella, irritada ya, retirando sus manos de las de él y lanzándole una mirada de osadía. ¡Dime por qué hablas así, Ruperto!

—Porque es un hombre malo, jugador y embustero; peor aún; porque se entretiene en tomar el amor como juego, atormentando el corazón de las incautas como tú que fían en sus palabras; porque no teme á Dios ni á los hombres y no quiere á nadie más que á sí mismo.

—¡Falso! gritó ella, no pudiendo contener ya más la cólera; es un hombre noble, sincero y bravo. Yo lo amo, Ruperto, entiéndelo bien, lo amo, y lo amaré aunque se oponga el mundo entero.

Hubo unos instantes de silencio. Hasta el ligero viento que soplaba parecía haberse apaciguado para prestar á la escena mayor solemnidad.

—Por el respeto y el amor que debes á tu padre, María Luisa, dijo él, á tu cariñoso padre que tanto te mima y está orgulloso de su

honor y de su estirpe, por la memoria de tu buena madre, por tu propio nombre, renuncia á la mano del capitán antes de que sea ya tarde.

El rostro de María Luisa enrojeció de ira.

—Mi padre no ha de oponerse, dijo, y mi madre lo sabe ya, porque fuí al cementerio á contárselo al borde de su tumba. Ahora veo el resultado de haber querido ser explícita contigo, pues pensando encontrar en ti el amigo de siempre lo que hallo son calumnias y desprecios.

—No es calumnia, María Luisa, por desgracia: ¿qué más quisiera yo sino que el llamada á ser tu marido fuese el más perfecto de la tierra? Estoy dispuesto á presentarte pruebas de cuanto te he dicho en contra de él.

—No hacen falta, Ruperto; serían falsas como tú lo eres; has calumniado á un hombre caballeroso, pero yo estoy muy por encima de estas calumnias. ¡Hablar de amor y de morir por mí, y al mismo tiempo disfamar al que amo!

Al decir esto María Luisa, llena de rencor, hizo ademán de retirarse; mas Ruperto cogiéndola cariñosamente por el brazo le dijo con suave tono:

—María Luisa, deja que te libre de la ruina.

Pero ella lo esquivó con despecho.

—No me hables más, exclamó, ¡nunca más! De aquí en adelante seremos extraños ó enemigos, lo que quieras, pero no haya más amistad entre los dos: no quiero que me busques ni me hables más, ni te acuerdes siquiera de que estoy en el mundo: ¿lo oyes bien?

—Sí, contestó Ruperto tristemente; te obedeceré.

María Luisa volviendo bruscamente la espalda corrió hacia su casa. Ruperto vió lucir á lo lejos su rubio cabello que contrastaba con el azul pálido de su vestido, y al mirarla por última vez, dedicó un suspiro á la que había sido siempre su más preciado tesoro y su ángel tutelar.

Con pesar en el alma volvió sobre su desventura y se sentía abrumado por el dolor, pues aunque era robusto y fuerte para sobrellevar toda clase de contrariedades, esta vez el golpe rudo que acababa de recibir le aterraba por completo. No se quejaba porque María Luisa no lo amase, puesto que, según le había prometido, no tenía derecho á ello; pero á lo que no podía resignarse fácilmente era á que una muchacha tan linda é ideal como ella, estu-

viese dominada á tal punto por el amor hacia un ser tan despreciable como el capitán Arimón; temblaba por su suerte y hacía votos para que un rayo de luz penetrase en la inteligencia de aquella criatura, y al quedarse solo en el jardín, á la mortecina luz del crepúsculo, formaba en su imaginación fantásticas escenas de las cuales la ingrata de su alma era la protagonista: la veía en brazos de aquel hombre recibiendo sus caricias, con una sonrisa de felicidad dibujada en sus labios, y más tarde, la veía sola en un rincón de su lujoso aposento, bebiendo las amargas lágrimas del amor burlado. Y Ruperto, que tanto la amaba, á pesar de su desprecio, sentía que la rabia y la furia se apoderaban de él y sentía ímpetus de correr en busca del infame capitán que tan vilmente se apoderaba de un corazón virgen de toda impresión mundana para salpicarlo con el lodo de su lujuriosa sed del dinero, y escupirle en el rostro como á un cobarde.

Al elevarse la luna en el espacio, iluminó con sus argentinos rayos la pálida faz de un hombre que vagaba errante como un loco por entre los plantíos de lirios, nardos, rosales y clavellinas.

CAPÍTULO XII

LA VISITA DEL CAPITÁN ARIMÓN

María Luisa llegó en un momento á su casa. El caballero dormitaba en su butaca; Irene y Amparo no habían vuelto aún y aquélla se puso á pasear sin ruido, para no llamar la atención de su padre, de un extremo á otro de la sala de confianza.

En su mente se amalgamaban confusas ideas de opuestos sentimientos; el temor de ser reprendida, la esperanza de lograr el triunfo, pero más que todo la ira contra Ruperto. Lo hubiera perdonado si se hubiese incomodado con ella y hasta si la hubiese reprendido llamándola veleidosa ó falsa, pero como lo que él había hecho era denigrarla por medio de las más bajas acusaciones contra el capitán, eso no podría olvidarlo ni se lo perdonaría jamás, aunque á las puertas de la muerte y en las convulsiones de la agonía mandase á llamarla para obtener su reconciliación.

Ardientes las mejillas, encendidos los ojos

y erguida la esbelta figura, no era María Luisa en aquel momento la mimada del Castillo de Mendoza, sino la damisela ultrajada de los tiempos caballerescos que está ansiando el momento de ser vengada en el palenque de las armas por el hidalgo elegido de su alma. Á semejanza de otras muchachas de su edad, toda oposición á sus deseos amorosos la contrariaba, estando resuelta á seguir ciegamente sus propios impulsos, desatendiendo todo consejo, por razonable y justo que fuese. Nunca pensó que pudiese ser verdad lo que Ruperto ó cualquier otro pudiese decirle sobre la mala conducta del capitán Arimón y todo prudente aviso la irritaba, creyéndolo inspirado por la envidia, los celos, ó un cariño mal entendido.

Su estado de irritabilidad se prolongó hasta la noche, pero poco á poco su ira fué menguando, y al reponerse de su repentina cólera la generosidad de su corazón volvía á manifestarse y casi se sentía avergonzada de la pena que había ocasionado á Ruperto, que al fin y al cabo no hizo más que amarla de veras. Entonces se dió cuenta de la profunda brecha que habría abierto en su amante pecho y de cuán grande tenía que ser su dolor, sin embargo de haber sufrido toda clase de desprecios con resignación suprema: pero con todo, estaba

resuelta á no hablarle nunca más y evitar el encontrarlo, pues ella no podía mostrarse la misma de antes con aquél que había menospreciado á su rival, á menos que diese una satisfacción, confesando que cuanto había dicho era falso.

La voz del caballero, llamándola, vino á interrumpir sus cavilaciones; como de costumbre la quería oir cantar y entretenerse con su amena charla para distraerse de sus inacabables tristezas. María Luisa cantó, haciendo esfuerzos sobrehumanos por contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos y acabado el canto fué á sentarse á sus pies, como de costumbre. El caballero le hablaba tan cariñosamente como siempre, sin sospechar que en el alma de su hija se libraba un rudo combate y que en su ensimismamiento no era su voz la que oía sino la del capitán Arimón, en quien tenía fija la mirada, como si realmente lo tuviese á su lado paseando á través de los poéticos senderos de los encantados bosques del castillo.

Ya nunca más podría el caballero inclinarse á besar la frente inmaculada de su hija, juguetear con sus dorados bucles, participar de sus infantiles ocurrencias que eran la alegría de su vejez. La quería entrañablemente, y

hubiérase dicho que vivía nada más que para ella, pues sólo le preocupaba su bienestar, colmándola de regalos y riquezas para lograrlo. El caballero Moceli hubiera entregado su cabeza al hacha del verdugo por una sonrisa de sus labios, pero María Luisa prefería á esa idolatría paternal, aquél que no guardaba ni un ápice de cariño en su corazón.

El caballero, notando en su hija imperceptibles muestras de impaciencia, la cogió del brazo para ayudarla á levantarse.

—Estás cansada, hija mía, le dijo, abrázame y da los buenas noches á tu padre.

María Luisa obedeció, poniendo sus labios abrasadores en la frente de éste, lanzando después un suspiro que más bien era un gemido, mientras dejaba caer la cabeza sobre su pecho.

—Anda á descansar de tus fatigas, repitió el caballero: buenas noches, hija mía, y que Dios te colme de bendiciones.

Esta frase última era una de sus expresiones favoritas, que oyó María Luisa esa noche con más pena que agrado, como si el espíritu diabólico interpusiese en aquel acto su maléfica influencia. Á medida que iba acercándose á su cuarto, sentía más y más la necesidad de exteriorizar sus sentimientos y romper

en abundante llanto y hubiérase arrojado á los pies de su padre si el temor de verse duramente reprendida no se lo impidiera.

Á la mañana siguiente se presentó el capitán Arimón, recibiendo la acostumbrada respuesta de que nadie estaba en casa.

—Nada tengo que hacer con las señoras, dijo; traigo una comisión que despachar con el caballero Moceli y es á él á quien me precisa ver.

Se arregló de manera que logró penetrar hasta el despacho. El caballero, que estaba allí solo, lo recibió con suma frialdad y después de cambiadas las primeras frases de cortesía, le preguntó qué asunto lo traía. El capitán, haciendo alarde de sentimentalismo, expuso la breve historia de sus amores con María Luisa, diciendo cómo se había enamorado de ella en tan poco tiempo, con un amor tan profundo y verdadero que pensaba hacerla su esposa, para lo que venía á pedirle su mano.

El efecto que estas palabras produjeron en el señor de Moceli es imposible de describir; una intensa congoja recorrió todo su cuerpo y levantándose de su silla lanzó al capitán una altanera mirada.

—¿Y se atreve V. á tener tal pretensión? exclamó con la faz descompuesta. ¡V. á

quien toda mujer que se respete tiene cerradas las puertas y á quien todo caballero trata con desdén! Capitán Arimón; ó intenta V. burlarse de mí ó está V. poseído de locura, pues no puedo creer que á estar cuerdo se hubiese arriesgado á dar este paso.

—Puede que sea lo último, contestó él con una sangre fría imperturbable; los cuerdos no abundan mucho entre los enamorados. Yo quiero á su hija y es muy natural que la pretenda por esposa; esto es todo.

—¡Jamás lo consentiré! gritó el caballero. Ella es la que consuela mi vejez, es la niña de mis ojos en quien cifro mis ilusiones, pero prefiero verla mil veces muerta antes que la esposa del capitán Arimón.

—¿Tan malo soy? preguntó éste con fingido acento de amargura.

—Sí; contestó el caballero; tan malo que confirmo lo que acabo de decirle. V. no me engaña, señor capitán; su carácter es bien conocido y es V. incapaz de apreciar las virtudes de mi hija, cuyos instintos son superiores á los que V. demuestra; ella no es de la clase de mujeres que pueden comprenderle. Pero leo las intenciones de V.: lo que V. quiere es hacerse con dinero, y creyendo que mi inocente hija tiene una dote casarse con ella para

apoderarse del oro y despreciarla después. Este bajo proceder, señor de Arimón, no puede menos que irritar á un padre celoso del porvenir de su hija y le aconsejo que vaya á otra parte en donde pueda comprar el amor á más alto precio.

Rojo de indignación y de vergüenza al ver desbaratarse su plan, el capitán lanzó una terrible mirada al caballero, quien prefería verlo así antes que con la sonrisa sarcástica que había vagado hasta entonces en sus labios.

—Á no ser V. el padre de María Luisa, mi adorada, exclamó aquél, ya le habría hecho conocer cual era el precio de sus insultos.

—Nada me hubiera importado, contestó el caballero; conoce V. mi resolución y espero que no volverá á insistir en pretender á mi hija; pero juro solemnemente (y fíjese bien en lo que digo) que si mi hija llegase á ser su esposa no recibiría de mí ni un céntimo, aunque, Dios me perdone, no tuviese un pedazo de pan que llevarse á la boca. Soy el caballero Moceli y los hombres de mi raza no quebrantan un juramento.

El capitán Arimón le miraba con indiferencia.

—Y aun diré más, añadió el caballero; que

si María Luisa se casase con V. tendrían que renunciar á mi amistad y á mi apoyo, cualesquiera que fuesen sus necesidades.

—Yo puedo trabajar para los dos, caballero, dijo el capitán Arimón, momentáneamente herido en su amor propio.

—¡V. trabajar! exclamó el caballero, con tono de desprecio insultante; ¿*usted* trabajar? Es verdad; sin trabajar no se puede vivir y al fin y al cabo no le quedará otro recurso. Pero acabemos de una vez; le niego á V. la mano de mi hija y le prohibo la entrada en mi casa, maldiciendo de paso mi ceguedad por haber sido la causa de que mi pobre niña haya tenido ocasión de conocer á V.

El capitán Arimón lo miró fijamente.

—Tiene V. que saber, caballero Moceli, dijo, que su hija me quiere. Téngalo V. bien entendido; *me quiere* y si V. nos separa será la causa de su desesperación y tal vez de su muerte.

—¿Qué es lo que se atreve V. á decir? exclamó el caballero trémulo de ira ¿que mi hija lo quiere? ¡Imposible! No lo creería aunque me lo jurase ella misma.

—Puede V. preguntárselo, dijo el capitán; si ella dice que no, me comprometo á dejar libre el campo, pero si dice que sí, háganos V.

felices; yo la amo y seré un buen marido para ella.

Al ver como el caballero Moceli palidecía el capitán creyó que empezaba á ganar terreno.

—Me ama, sí, añadió con nuevos bríos. V. lo creería si hubiese visto ayer su cara al escuchar mis juramentos de amor; ¡oh, sí, caballero Moceli, V. no será tan cruel para querer nuestra eterna desgracia!

—¿Dice V. que ayer? . . . preguntó éste lentamente como preocupado por algún recuerdo; pero . . . ¿habló V. ayer con María Luisa?

—Sí, ayer fué, contestó el capitán sin atreverse á añadir una palabra más temiendo haber cometido una indiscreción, al notar en la faz del caballero una sombra de pena indefinible.

¡El día anterior María Luisa había estado junto al capitán oyendo las más falsas palabras de su boca, para ir después á sentarse á los pies de su padre, reclinada la cabeza en sus rodillas! ¡Había recibido tal vez el pérfido abrazo de aquel hombre vil, y luego el puro beso paternal, guardando un secreto en su alma inocente! El caballero Moceli experimentaba en aquellos momentos la más grande amargura de su vida.

—No; no puedo creerlo, decía ensimismado; ó sería preciso que yo hubiese sido ciego, sordo y mudo. Pero si fuese así, si ella le amase, que muera de amor antes que con el corazón traspasado por el desengaño.

—Jamás sería yo la causa de ello, dijo el capitán.

—No lo será V. repuso el caballero con rigidez, porque María Luisa no ha de ser su esposa; y nada más tengo que añadir; vaya V. con Dios, y en paz, y conste que me opongo solemnemente á su petición, teniendo en cuenta que si el capitán Arimón llegase á ser emperador mi voluntad sería la misma. ¡Salga V. de esta casa y no intente jamás volver á poner los pies en ella! Si tal hace, mis criados se encargarán de impedirle la entrada.

—Voy á salir, pero antes permítame una observación, dijo cínicamente el capitán; tal vez se arrepienta V. más tarde de sus palabras y se vea obligado á llamarme. Otros padres han tenido que hacerlo antes que V. para salvar la vida de su hija.

—No cabe en mí tal cosa, capitán Arimón; los Moceli sabemos morir con honra antes que arrastrar una vida de oprobio. Nada más tengo que añadir, sino invitarle de nuevo á

retirarse por sí mismo y sin tardanza, antes de obligarme á tomar otras medidas dolorosas para ambos.

El caballero abrió la puerta del despacho, saliendo el capitán Arimón y el caballero detrás de él: los dos caminaron en silencio á través de los jardines y al llegar á la reja el primero se volvió hacia el segundo con una sonrisa sarcástica y haciendo un cortés saludo desapareció por la carretera.

Desde una de las ventanas del castillo unos bellos ojos los habían estado mirando: eran los de María Luisa, que sentía nacer la esperanza en su corazón, al verlos salir juntos, tranquilamente y sin disputar, con aire de buenos compañeros, hasta que desaparecieron á través de las plantas. Entonces loca de júbilo se puso á mirarse al espejo, saltando y bailando como una chiquilla al pensar que la felicidad le esperaba y que se acercaba el momento de poderse llamar la esposa del adorado de su vida, el capitán Arimón.

Una hora después recibió el recado de que su padre, que estaba en el despacho, deseaba verla.

CAPÍTULO XIII

LA ENFERMEDAD DEL ALMA

El caballero Moceli hubiera preferido tener que hacer frente á un regimiento enemigo con las espadas desenvainadas antes que verse obligado á causar una desilusión á su hija, que con aire encogido y perplejo entró en el despacho. Había preparado conmovedores párrafos y tenía una riqueza de argumentos aplicables al caso, estando resuelto á ser intransigente y severo, pero María Luisa no le dió tiempo para dirigirle una sola palabra, pues así que vió la expresión del rostro de su padre por primera vez en su vida enfurecido contra ella, sintiendo terrible presentimiento y dando un grito desgarrador se abalanzó hacia él desecha en un mar de lágrimas, dejando caer la cabeza sobre su pecho. La emoción del caballero fué tal que en vez de arrojarla lejos de sí colocó sus temblorosas manos sobre su cabeza para acariciarla, mientras le dirigía palabras de consuelo.

—¡Papá! exclamaba María Luisa; diga V. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué le ha dicho el capitán Arimón? ¿Lo ha echado V. de casa?

—Sí, hijita, contestó el caballero; le he mandado salir prohibiéndole que vuelva en su vida á poner los pies aquí: este hombre no es digno de tu mano y debes olvidarlo.

—¡No puedo, papá mío; no sabré hacerlo!

—Si no sabes será forzoso que aprendas.

—Primero moriré, papá, exclamó ella con pasión, porque nos queremos tanto que no podemos existir el uno sin el otro. V. que fué siempre tan complaciente conmigo y nunca se opuso á mis deseos, permita al capitán Arimón volver para que seamos felices.

—No lo serías jamás con él, María Luisa, y por tu bien le he negado tu mano; pero ¿qué te has figurado, infeliz criatura? Si me hubieses dicho que amabas á un mendigo, pero hombre honrado al fin, no podía echarte nada en cara, pues al casarte con él podrías llevar alta la frente; pero al capitán Arimón ¿en qué concepto crees que se le tiene? pues es un miserable á quien la sociedad desprecia por sus fechorías.

—No es tan malo, papá, insistió María

Luisa: aunque lo fuese, el amor que me tiene es tan grande que lo regeneraría; yo sola soy capaz de convertirlo; déjelo V. que vuelva; sométalo á toda clase de pruebas y ya verá V. como al final es un hombre digno de llamarse su hijo; ¡oh, sí, papá, no lo dude V.; permita V. que vuelva á vernos!

Al decir esto, María Luisa se desprendió de sus brazos y antes de que el caballero pudiese impedirlo se arrodilló á sus pies, dirigiéndole una suplicante mirada de tan honda expresión, que sintiendo el alma traspasada de dolor se apresuró á levantar á su hija del suelo.

—María Luisa, le dijo; ¿quieres mucho á ese hombre?

—¡Mucho! contestó sollozando; con todo mi corazón; más que el mundo entero.

—Yo te crié y te eduqué, dijo el señor de Moceli, con la esperanza de que mis desvelos se verían recompensados; has sido la compañera de toda mi vida y sabes con qué tierna solicitud te he tenido siempre á mi lado. ¿Vas á decirme ahora que quieres al capitán Arimón más que á tu padre?

—Lo quiero á V. papá; ¿cómo no, si siempre fué tan bueno y cariñoso para mí? pero mi amor al capitán es muy distinto; cuando me encuentro á su lado todo me pa-

rece hermoso y mi corazón se siente lleno de tranquila y apacible dicha; en aquel momento no aspiro á nada más, y si alguien me dijera: " María Luisa; un agonizante está entregando su alma á Dios; ¿te cambiarías por él con tal de poder morir en brazos de tu amado?" yo contestaría que "sí" sin vacilar. Cuando me llama ó se me acerca, el sonido de su voz ó su presencia arroban mi ser de tal manera, que siento que mi alma se eleva hasta él. Diga V., papá; ¿no esto verdadero amor?

—Sí, gimió el caballero, para tu desgracia; ¡que el cielo nos asista! Ese hombre ha sabido magnetizarte con sus diabólicas mañas y no eres dueña de ti misma. ¿Insistes aún en dejarme por él?

—Quiero tenerlos á los dos, papá mío, contestó María Luisa, y V. querrá que nos casemos; si V. no lo quiere. . . . Ah, papá recuerde V. que mi madre lo dejó todo para seguirle.

—María Luisa, dijo el caballero severamente, es harto atrevimiento invocar la memoria de tu madre en este caso. Te he dicho y repito que no puedo consentir tu enlace con el capitán Arimón; si no puedes amar á Ruperto yo no puedo obligarte á que te cases con

él, pero te juro que jamás he de consentir en entregarte á ese hombre.

El caballero Moceli inclinaba su cabeza gris á medida que hablaba: al terminar sus últimas palabras, María Luisa dió bruscamente un paso atrás como si acabase de recibir una herida mortal.

—Y yo digo, papá, exclamó acentuando la frase, que he prometido al capitán Arimón ser suya y no tengo más remedio que cumplir mi palabra ó me moriré de pena.

—No hay cuidado, hija mía, dijo el caballero; el capitán Arimón no volverá; lo que él desea es tu dinero y yo le he dicho que si te casabas con él no recibirías de mí ni un céntimo; lo he jurado y está convencido de que no he de volver atrás.

—V. no lo comprende, papá, dijo María Luisa, sintiendo enrojecer sus mejillas de dolor y de vergüenza; sólo á V. le es permitido proferir tales palabras contra él.

—Palabras que son fatalmente ciertas, María Luisa: queda tranquila, que él debe estarlo, y puesto que conoce mi resolución, no es fácil que vuelva á molestarte: podría tomar tu dinero sin ti; pero tomarte á ti sin el dinero, eso no lo hará.

Daba lástima ver la ardiente llama que

abrasaba la faz de María Luisa, como si las punzantes frases de su padre encendieran una hoguera en su pecho.

—Procura reconciliarte contigo misma y no te acuerdes más de lo pasado, continuó el caballero: eres joven y la juventud pronto olvida. Desde este momento te prohibo pronunciar el nombre de ese hombre ni una vez más. ¡Ojalá nunca lo hubiésemos oído! ¡Él me ha arrebatado el corazón de mi hija!

Ante la entereza y la resistencia de su padre, María Luisa no sabía si replicar: echando los brazos al cuello del caballero su puso á sollozar, gritando, anegada en lágrimas, que no podría resistir aquella horrible separación.

—Anda á tu cuarto, continuó aquél, da tregua á tus sentimientos y procura luego aparecer ante mi vista como la festiva María Luisa de antes; pero recuerda, según ya te he dicho, que no quiero oir mencionar más el nombre del capitán Arimón.

Iba á abrir la boca para contestar, pero la expresiva y enérgica mirada de su padre la contuvo y juzgando que no había más remedio que obedecer, María Luisa abandonó la estancia con paso lento, para no ser nunca más la muchacha alegre y decidora que hacía del castillo un nido de ruiseñores.

Cuando bajó á comer, el caballero Moceli apenas la reconoció; el rosado color de sus mejillas había desaparecido y en los violaceos ojos se notaban las huellas de amargo llanto. La miró alarmado y al pensar que aquel tierno corazón se desprendía del suyo, experimentó uno de las más grandes pesares de su vida. Con paternal solicitud le prodigaba sus caricias, sin que ella se mostrase esquiva ni impaciente, antes al contrario, se sonreía, esforzándose en aparecer alegre, pero la honda y abrumadora expresión de tristeza no la abandonaba; era como una hermosa flor marchita.

Fiel al mandato de su padre no pronunció *su* nombre, pero cuando, terminada la comida, cada cual se retiró á sus habitaciones, el caballero encontró sobre la mesa de su cuarto un papel cuidadosamente doblado, que abrió con mano temblorosa previendo que sería un nuevo llamamiento á su compasión de padre, que se vería obligado á desoir.

Era una carta que decía así:

"QUERIDO PAPÁ: No puedo resistir el impulso de tomar la pluma para decirle que mi corazón sufre horriblemente, y que al fin me matará la pena si V. persiste en no consentir mis relaciones. Papá mío; deseche sus temo-

res, sea benigno con nosotros y consienta en obtener de *él* una prueba de su buena conducta; si no le basta con una pida las que V. quiera, que yo respondo del resultado. Verá V. como no tendrá que arrepentirse de autorizar mi elección. Pido á V. mil perdones si le he ofendido, pero sepa V. que su hija será feliz con *él* aun siendo pobre, y sin él infeliz, con todas las riquezas del mundo. Sabe que le quiere su hija

MARÍA LUISA."

Al acabar de leer el caballero estas apasionadas frases pensó que era preciso volver á verla y hablarle á fin de no alimentar en ella vanas esperanzas con su silencio, que interpretado erróneamente en el sentido de ceder á sus pretensiones, daría lugar á que María Luisa remontase el vuelo de su imaginación, para obligarla después á caer de más alto; así, pues, se dirigió en seguida al cuarto de su hija y llamó suavemente á la puerta, que ella fué á abrir; llevaba suelta la rubia cabellera, que caía en dorada cascada, envolviéndola como un manto, y la palidez de su cara resaltaba de tal modo á la luz de la lámpara, que el caballero se sintió impresionado por aquella figura de virgen desolada.

—María Luisa, dijo con dulzura; he leído tu carta y nada tengo que añadir á lo dicho, puesto que mi cariño y mi deber me obligan á velar por tu destino para salvarte de una desgracia cierta. Lo que me pides es imposible, absolutamente imposible. Sufre y olvida; la separación que te impondría la muerte no sería tan forzosa como la que estás obligada á sufrir por la voluntad de tu padre.

María Luisa no se atrevió á replicar. El caballero sin añadir una palabra más, salió del cuarto de su hija, y al entrar en el suyo oyó sus sollozos: entonces, horrorizado, cubriéndose la cara con ambas manos, se puso á meditar sobre la gravedad de aquella situación, que colocaba á su hija tal vez al borde del sepulcro por obra de la perfidia de un hombre tan despreciable como el capitán Arimón.

María Luisa ya no volvió á escribir más, ni se escapó de sus labios una sola queja contra su destino, pero día tras día su débil cuerpo iba decayendo; en vano Irene, con palabras de persuasión y consuelo procuraba que la sonrisa animase sus labios, en vano hacía todos los esfuerzos imaginables para animarla; María Luisa parecía hallarse entregada á la más insensible apatía. Tan profunda era la tristeza en el castillo, que se hubiera dicho que rei-

naba allí la muerte; la luz del sol era un escarnio, el canto de los pájaros un sarcasmo, el perfume de las flores un tósigo asfixiante; ¿cómo podía concebirse la alegría allí donde la que fué causa de ella estaba consumiéndose de desesperación?

El caballero Moceli, alarmado en extremo, estaba dispuesto á quebrantar sus severas reglas para salvarla y había tratado de llevarla á Londres, en donde podría divertirse á su sabor, asistiendo á los bailes aristocráticos, pero ella escuchaba indiferente las más tentadoras proposiciones, sin demostrar nunca el menor interés por aceptar aquéllo cuya sola idea, en otro tiempo, la hubiera hecho feliz. Estaba encerrada en su mutismo, y el caballero Moceli, que empezaba á inquietarse por su vida, llamó á uno de los más eminentes médicos de Inglaterra, quien, después de examinar á María Luisa, dijo que la medicina era impotente para curar enfermedades del alma.

El caballero Moceli, al escuchar el diagnóstico del doctor, se preguntaba lleno de angustia si sería posible que su hija, tan joven y hermosa, bajase á la tumba á reunirse con su madre y sentía repercutir en su memoria las fatídicas palabras del capitán Arimón: "Tal vez se vea V. obligado á volverme á llamar;

otras padres lo han hecho antes que V. para salvar la vida de su hija." ¿Sería esto una profecía? ¿Se vería él obligado, para evitar la muerte de su María Luisa, á entregarla al hombre que haría de su vida un tormento continuo? No; mil veces no; antes permitiría que la muerte le arrebatase, con aquella preciosa juventud, el consuelo más grande de sus días y el báculo de su vejez. Día y noche la veleba con una solicitud sin límites, acompañado de Irene y Amparo, que compartían con él sus cuidados, para infundir nueva savia de vida al cuerpo delicado de la mimada del castillo; y Ruperto, cuya generosidad lo convertía en el más grande de los hombres, con el fin de no excitar más la imaginación de María Luisa con recuerdos importunos, escaseaba sus visitas, refrenando los impulsos de su corazón, que lo llamaban continuamente al lado de su adorada.

Ésta jamás se quejaba y el nombre del capitán Arimón había muerto en sus labios; pero si bien sufría en silencio, no era una mujer fuerte y avezada al sufrimiento, sino una niña mimada y voluntariosa que al verse víctima de aquel amor por el que habría dado su vida, tenía que perder hasta la última gota de su sangre, para desesperación de los que la ro-

deaban, que veían con lágrimas en los ojos cómo se iba consumiendo ante su vista. La negra sombra del dolor iba extendiéndose más y más por el castillo, y el hado cruel llamado á doblegar la cabeza de la niña mimada hasta hundirla en el polvo de la tierra, avanzaba á pasos silenciosos y agigantados.

Los alegres días del verano tocaban á su fin, cuando una mañana del mes de Agosto, Irene, presentándose en el cuarto de su hermana, intentó persuadirla de que dejase aquel rincón en donde hacía tantos días se arrastraba indolentemente su tristeza, para ir á pasear por el jardín, en donde los rayos del sol jugueteaban en las flores entreabiertas. María Luisa consintió maquinalmente, y salió de la habitación, seguida de su hermana: ésta observaba aquel andar lánguido, tan ligero en otro tiempo, y María Luisa, volviéndose de repente, al sorprender á Irene mirándola con tan compasiva atencion, con un movimiento de arrebatado cariño se echó en sus brazos.

—Ya lo ves, hermana mía, exclamó llorando; he tratado de ser buena y lo he logrado; pero mi corazón á fuerza de sufrir está á punto de estallar.

—Lo presumo, contestó aquélla, besándola con ternura; sé lo que es el sufrimiento y te

compadezco; ¡ah, María Luisa! ¿crees que existe alguien en el mundo que ignore lo que es padecer? Pero no hablemos ahora de esto; quiero verte alegre y es preciso que hagas un esfuerzo por olvidar y distraerte.

El sol brillaba, los pájaros cantaban y las flores se mecían dulcemente, mientras la niña mimada iba caminando hacia su destino.

CAPÍTULO XIV

OTRA VEZ EL CAPITÁN

El capitán Arimón no se resignaba fácilmente á abandonar el más rico tesoro que jamás la suerte había puesto á su alcance, orgulloso como estaba de su conquista, teniendo la seguridad de que el caballero no sostendría por mucho tiempo su palabra, pues una vez casados, con su consentimiento ó sin él, y al ver que ya no tenía más remedio que acatar los hechos, les querría perdonar, en cuyo caso no tendría más que llevar á la práctica sus famosos proyectos de viajes y disfrutar de la vida con el precio de su botín tan audazmente ganado. Trazando sus egoístas planes con la frialdad propia del más astuto y más vil de los conspiradores, resolvió que, á fin de alejar toda sospecha, permanecería al menos dos meses alejado del castillo con el propósito de despertar en María Luisa los deseos de volverlo á ver y para que de esta manera, al convencerse de cuán doloroso era para ella el estar

sin él y sabiendo lo caro que le costaba su ausencia, se amoldase fácilmente á sus deseos, Pasados estos dos meses, en lugar de instalarse cerca de Mendoza ó de Lenobal, tomaría una habitación cerca de Judal en donde podría estar tranquilamente al abrigo de toda pesquisa.

Durante algunos días había estado vagando por los bosques de Mendoza, seguro de que, tarde ó temprano, María Luisa acudiría al mismo lugar en donde pasaron horas de dicha, hablando de su amor, y efectivamente no se equivocó: atraída aquélla por sus dulces recuerdos, una mañana se encaminó casi inconscientemente al sitio de sus ensueños de enamorada y una vez allí, al levantar sus ojos fatigados de tanto llorar, se presentó á su vista con el encanto de una visión el capitán, que avanzaba á través de los árboles. Su presencia no le arrancó un solo grito ni le produjo el más ligero desvanecimiento, pues fué tan grande la emoción que sintió, que se quedó estática, mientras una oleada de felicidad enrojecía sus mejillas; sus entreabiertos labios buscaban una frase, sus ojos chispeaban de alegría y extendía sus brazos como para recibir á su amado, que precipitándose hacia ella la estrechó contra su pecho.

El capitán Arimón vió realizados sus presentimientos al notar que María Luisa se hallaba visiblemente desmejorada, á causa sin duda de la larga separación sufrida, que había dejado en su rostro profundas huellas; y en efecto era así; durante el largo paréntesis de sus entrevistas, había tenido ocasión de experimentar las torturas de aquel amor insaciable por el que se hallaba sedienta, olvidándolo todo, todo, menos la imagen del capitán Arimón.

—¡Qué sola me he encontrado! murmuraba; ¡qué sola y triste! Ni un momento he dejado de acordarme de ti, bien mío, y al ver que no venías creí que ya me habías olvidado, y más de una vez llamé á la muerte. ¡Cuánto he sufrido, Guillermo de mi alma! Si vuelves á separarte de mi lado estoy perdida.

El capitán sintió interiormente el placer del triunfo al persuadirse entonces de que había logrado ejercer completo dominio en aquella inocente criatura, que con todo el ardor de su corazón pedía estar á su lado para no perecer de dolor.

—Jamás te abandonaré, reina de mi vida, contestó. ¡Ah, María Luisa, qué crueles son todos conmigo al decir que sólo te quiero por tu dinero! ¿Lo crees tú, luz de mis ojos?

Vente conmigo para demostrar á la faz del mundo cuán puro y verdadero es mi amor.

Aunque sin comprender claramente lo que el capitán quería expresar con estas últimas palabras, fascinada como estaba por la magia de su voz, el rostro de María Luisa se iluminó con destellos de gozo.

—¡Lo sé, Guillermo mío! exclamó de pronto: comprendo que tu amor es tan puro como el que en mi pecho anida: jamás dudé de ti como no dudé jamás del cielo.

Ante lo villano del proceder del capitán Arimón, la pluma se detiene, negándose á proseguir. La naturaleza humana es débil y el hombre lleva en sí el instinto del mal, al que se inclina con facilidad; pero nada más rastrero que aprovecharse cobardemente de la inocencia, nada más ruín que hacer una víctima por medio de la astucia: de este modo procedía el capitán Arimón al intentar persuadir á María Luisa de que se escapase de su casa para casarse con él, sin permiso de su padre.

Usando de su refinada astucia, no se lo propuso de momento, comprendiendo que, de hacerlo, despertaría sus recelos y se malbarataría su plan. Empezó pintando el pesar que le causaba la ausencia, con tan vivos colores, que la tierna niña se acercaba más y más á él.

dirigiéndole amorosas frases, asustada ante la idea de una nueva separación; por lo que el capitán, sintiéndose crecer ante el probable y casi seguro éxito de sus planes, empleó toda su patética elocuencia para expresar el sentimiento que le causaba el verse tan mal juzgado, hasta el punto de estar dispuesto á desafiar padre, hermanos, amigos y toda la humanidad para demostrar que la amaba *á ella,* sin tener en cuenta para nada el oro miserable que pudiese aportarle : pintó en deslumbradoras frases le felicidad que les esperaba en cambio si ella, haciendo caso omiso de todos, le entregaba su corazón y su mano; cómo se la llevaría lejos, muy lejos, donde no pudiesen llegar las recriminaciones de nadie, para consagrarse por completo á su amor; cómo sería ella la reina de la hermosura y de la gracia, admirada por todos, y el orgullo que él sentiría al ver la serie de homenajes recibidos por la mujercita amada de su alma. Conmovedoras palabras en las que María Luisa no descubría el arrebato momentáneo, sino la calma inspirada por un cariño hondamente sentido, pues el capitán empleaba sus argumentos con tanta cautela y consumada maestría, que, lejos de dar á entender que trataba de llevar á cabo un acto de bajeza y de

deshonra, quería hacer creer á María Luisa que, al seguirle, iba á convertirse en una heroína, sacrificando sus más caras afecciones por su amor.

—¿Qué importa el dinero, decía el capitán, que no reconocía más dios que el oro, si seremos ricos en medio de la pobreza con tal de poder vivir juntos, mientras que estando separados es imposible la felicidad?

Y María Luisa, que había encontrado la ausencia del capitán Arimón, insoportable, lo abrazó sonriendo; ¡ah, no! ella no podría vivir sin verlo; no quería exponerse de nuevo á tener que sufrir otra separación como aquélla; y al recordar los días tristes, sin risueñas esperanzas, pasados en la soledad de la muerte, sentía que una negra y espantosa nube la rodeaba; sus ojos aterrorizados se ofuscaban, y llena de horror se llevaba las manos á la frente como para alejar aquella abrumadora visión.

—Nunca más, Guillermo mío, repetía; nunca más tienes que dejarme.

Éste, besando sus labios y enjugándole las lágrimas, juraba que sucediese lo que fuera, ya no volverían á separarse, y María Luisa, á tan dulce promesa, sentía henchírsele el corazón de felicidad hasta llegar á dudar que fuese cierta. ¿Qué pasaba en ella, cuando la ma-

ñana de aquel mismo día un negro manto funerario cubría el cielo y la tierra difundiendo tristeza en torno, inspirándole ideas de desolación y muerte, mientras que ahora, al aparecer el capitán Arimón, su pulso latía acelerado, su sangre bullía en sus venas, y el mundo se revestía con los encantos de un nuevo amanecer? ¡Que el cielo perdone al hombre que, sentado junto á ella, atraía sin remordimiento alguno aquella alma pura hacia el abismo! El hechizo de amor que subyugaba á María Luisa tenía avasalladora fuerza, pero no tanta que llegase á apagar la voz del deber, por lo que no accedió á la petición del capitán, de que abandonase la casa de su padre.

Se dieron cita para encontrarse allí mismo al día siguiente, pero á la hora del crepúsculo, que facilitaría en todo caso la huída, y al despedirse el capitán Arimón cubrió de apasionados besos el puro é inocente rostro de aquel ángel, ante el que otro hombre menos vil hubiera inclinado la frente. Los efectos de este encuentro fueron maravillosos; al volverse á su casa María Luisa andaba ligera y contenta, correteando por los jardines con el corazón lleno de júbilo al pensar que su adorado estaba tan cerca de ella y podrían volverse á ver; y al llegar á la puerta con la cara rebo-

sando felicidad y en los labios una sonrisa, se puso á tararear una canción ante Irene, quien, muy lejos de sospechar la verdad de lo ocurrido, atribuyó tan inaudito cambio á los saludables efectos de un largo paseo entre los pinos.

El caballero, al enterarse de la alegría de María Luisa no cabía en sí de gozo, pero Amparo, mas maliciosa, no pudiendo creer en la realidad de lo que estaba ocurriendo, trataba de explicarse el contento de aquélla, relacionándolo con sus amores.

—¡Estamos salvados! exclamaba aquél, no cabiendo en sí de gozo; ¿Lo ves, Irene? ¡Si parece la misma de antes!

Irene, que estaba de acuerdo con el caballero, no se cansaba de admirar la lozanía y el contento de su hermana, prometiéndose que no volvería á caer en sus tristezas, gracias á que ella no cesaría de animarla á todas horas. Cuando acabaron de comer aquél dijo á María Luisa que cantase, y ésta se dispuso á complacerlo sentándose al piano: desde las primeras notas una súbita emoción tiñó de carmín sus mejillas, al pensar que estaba engañando á su padre y su hermana, que tanto la querían y se desvelaban por ella; que para ser feliz era preciso abandonarles á todos, dejándolos su-

midos en la desesperación, y que de conocer la verdad, la sonrisa de su padre se trocaría en el más amargo llanto. Pensaba que por la primera vez de su vida tenía un secreto que guardar, mas sintiendo aún en sus labios el calor de los besos apasionados de su Guillermo, se le antojó que era un vergonzoso secreto.

Estas ideas y otras muchas se agolparon á su mente en una oleada de tristeza y su vibrante voz empezó á apagarse; su cara tomó el color pálido de la muerte, una sombra cubrió sus ojos y cesando de tocar se levantó extendiendo los brazos con un grito penetrante, desplomándose al suelo como herida por un rayo.

Los amantes brazos de su padre, de su hermana y de Amparo acudieron á levantarla, y mientras permanecía inmóvil sin recobrar el sentido, los tres se entregaban alarmados á toda clase de comentarios acerca de la causa de tan repentina indisposición, sin dejar de prodigarle los más solícitos cuidados para volverla en sí.

—Nos hemos engañado, papá, decía Irene muy quedo; María Luisa nunca se ha sentido mejor en realidad, pero procuraba aparentarlo delante de nosotros á fin de tranquilizarnos y

la tentativa ha sido superior á sus fuerzas; es preciso sacarla de aquí; la pobrecilla está consumiéndose por grados. Vamos á Londres, papá, para que se distraiga. ¡Pobre María Luisa mía! Si continúa en Mendoza el sufrimiento la va á matar.

—Partiremos pasado mañana, Irene, exclamó el caballero alarmado. ¡Esto no puede ya continuar así por más tiempo!

María Luisa entreabrió sus hermosos ojos azules, y mirando á su alrededor hizo un esfuerzo por sonreirse; su padre entonces hizo ademán de ir á besarla, pero ella, al pensar que aquellos labios iban á posarse en su faz, donde palpitaban aún los besos de su adorado, sobrecogiéndose estremecida, se cubrió el rostro con ambas manos.

—Dejémosla, papá, dijo Irene; la emoción la tiene rendida.

El caballero le dió las buenas noches, temblando por lo que podría pasar á María Luisa antes de amanecer el nuevo día, y posando la mano sobre su cabeza la bendijo; pero no podía olvidar el movimiento de repulsión con que lo acogió al ir él á besarla y se preguntaba admirado qué motivo podía existir para haber causado de tal suerte terror en su hija.

Antes de salir María Luisa del cuarto, el caballero se le acercó y le dijo:

—¿Sabes lo que vamos á hacer contigo, hija mía? Irene propone que nos vayamos todos á Londres y como me gusta el proyecto, porque es lo que conviene para tu salud, ya puedes empezar á prepararte para el viaje.

Al oir estas palabras María Luisa, apenas pudo sostenerse en pie y un temor espantoso se apoderó de ella ante la idea de verse obligada á partir sin poder acudir á la cita. El caballero, que esperaba una sonrisa de gratitud de su parte, sólo vió pintada en su rostro la angustia.

—Sí, á Londres, repetía; ¿no me comprendes, María Luisa? Pasado mañana iremos á Londres y luego á París; anímate, hija, que una semana en París cura todos los males. Déjame ver una sonrisa en tus labios antes de ir á acostarte.

Ella hizo un esfuerzo por sonreirse, conteniendo las lágrimas que asomaban á sus ojos, saliendo luego acompañada de Irene, la que volvió á reunirse con su padre y su prima después de dejar á María Luisa en su cuarto. Aquella noche la velada se prolongó más de lo acostumbrado, ocupados los tres en trazar el itinerario de su viaje, fijando los pun-

tos en donde se detendrían, y preocupándose sobre todo en adivinar qué era lo que podría llamar más la atención de María Luisa.

Era más de media noche cuando Irene, contemplando las estrellas desde la ventana de su cuarto, pensaba en su hermana, dando mil vueltas á su imaginación para explicarse los cambios operados en el ánimo de María Luisa, pues era indudable que el contento brillaba en su rostro al volver de paseo aquella mañana y no había ocurrido desde entonces nada de particular para que se afectase hasta el extremo de llegar á perder el sentido. Á semejanza del caballero, no tenía el menor temor de que el capitán Arimón volviese á aparecer por allí, creyendo también que al saber no habría dote, se le quitarían las ganas de insistir en pedir su mano. ¡Jamás preocupó á ninguno de los dos, el pensar en la posibilidad de un nuevo encuentro entre su niña mimada y el capitán Arimón, que tan cerca de allí estaba!

—Hablaré con ella acerca de esto, se dijo Irene; y tal vez querrá descansar en mí, lo que le ayudará á consolarse de sus padecimientos.

Entonces se dirigió al cuarto de María Luisa: profundo silencio reinaba en el castillo, y á pesar de que habían transcurrido tres horas desde que la dejó, la encontró todavía sentada

en el mismo sitio, con los ojos excitados por el llanto y la cabeza inclinada con profundo ensimismamiento. Irene, acercándose de puntillas, se sentó á su lado y le hizo saber el motivo de venir á encontrarla.

—He visto algo en tu cara esta noche, le dijo, que no he podido comprender; sufres mucho, hermana mía, y te figuras que tus penas son superiores á tus fuerzas, y que te será imposible el resistirlas. He venido á contarte la historia de mis padecimientos para que juzgues tú misma y veas que otros han sufrido antes que tú. Tu dolor no es más grande que lo fué el mío, años hace, cuando eras aún una niña.

Irene había logrado su objeto interesando su atención, pues al oir sus palabras levantó la cabeza dirigiéndole una atónita mirada.

—¿Qué es lo que me dices, Irene? exclamó; ¿es posible que hayas amado también?

—Sí; contestó ésta con frialdad; más que á mi vida; pero supe sacrificar el amor al deber. Escucha, María Luisa y sabrás la historia de mis amores para que te sirva de ejemplo y de enseñanza.

CAPÍTULO XV

EL SACRIFICIO DE IRENE

—No es una historia larga ni trágica, dijo Irene. Hace diez años, cuando eras una niña de siete, yo estaba en la flor de mi juventud; no era bonita, pues tú fuiste en la familia la heredera de la belleza y de la gracia, querida hermana, pero en mi cara había la frescura de mis pocos años. Por aquel entonces, la granja de la Montera, situada en las inmediaciones de Mendoza, hoy abandonada y solitaria, estaba habitada por la señora de Rosas, y su único hijo Ernesto, mi novio. Pertenecían á la alta nobleza y eran muy ricos, pues el padre, D. Francisco Rosas, trabajaba en la India, en donde vivía y era propietario de numerosas fincas.

¡Ah, María Luisa, si yo pudiese describirte el carácter y las cualidades físicas de Ernesto, tan franco y decidor, tan sincero y apasionado! Á pesar de los años transcurridos al hablar de él estoy viendo sus claros ojos azules, su pelo

ensortijado y su hermoso y simpático rostro, de perfil vigoroso y atractivo: conocí al momento que se había enamorado de mí, de manera que cuando se me declaró, pocas palabras bastaron para comprendernos, pues mi corazón fué también hacia él, sin que jamás haya podido recobrarlo. Prometimos correspondernos y ¡ah, hermana mía! yo sé también lo que es la felicidad, porque desde aquel momento todos los días al amanecer el sol derramaba sus más dorados rayos sobre mí tanto como lo ha hecho sobre tí.

Dos años duraron nuestras relaciones sin que tuviésemos la idea de casarnos, pues los dos éramos demasiado jóvenes: durante aquel tiempo, D. Francisco murió y Ernesto tuvo que partir á la India para hacerse cargo de los bienes de su padre, que habían experimentado notable pérdida á consecuencia de la mala administración del procurador, al que se siguió un proceso, y cuando se trató del viaje de Ernesto, ya sabíamos que no volvería hasta después de muchos años.

Y ahora escucha, María Luisa; Ernesto vino á pedir mi mano á papá para casarnos en seguida y marcharnos los dos; papá consintió; yo le amaba con toda mi alma, y no obstante no quise casarme por no moverme

de Mendoza; y ¿sabes por qué, hermana mía? pues por ti y sólo por ti: recordé las palabras de nuestra buena madre al morir, encomendándote á mi cuidado, diciéndome con voz apagada en el trance de su agonía que, al encontrarnos en el cielo me pediría cuentas de su pequeñuela, y estas solemnes palabras eran sagradas para mí. Entonces me amabas mucho y yo era la madre y la hermana á la vez celosa de tu cuidado y de tu educación, pues eras muy bella y voluntariosa, con un geniecillo insufrible, porque papá en todo te complacía y te mimaba en extremo. No lo dudes, María Luisa; á no ser por ti hubiera ido á la India, siendo ya la esposa de mi Ernesto, pero temía dejarte, pues eras para mí un tesoro del que tenía que responder y no hubiera cumplido como buena hija y buena hermana al dejarte por el hombre que adoraba.

Ya lo sabes, hermana mía, por ti sacrifiqué mi amor torturando mi corazón y el de mi Ernesto; renuncié á su compañía por estar en la tuya, y sin embargo ni una sola queja salió de mis labios ni intento ahora echártelo en cara ni envanecerme por ello; ya hoy todo pasó, pero una sola cosa te pido y es que, ya que tienes ocasión de hacerlo recompenses mi sacrificio, por la memoria del que yo hice en-

tonces y de mi constante amor. Por el querido recuerdo de nuestra buena madre, arroja, hermana mía, de tu mente, la indigna imagen del hombre que ha de ser tu perdición si persistes en ser suya.

Al oir esto María Luisa rodeó con sus brazos el cuello de Irene, apoyando la cabeza sobre su pecho, como si aquel amoroso llamamiento hubiese encontrado eco en su corazón.

—Hay más altas y nobles acciones en la vida, María Luisa, que el dejarse influir por los hechizos de un primer amor caprichoso. Hermana de mi alma, tú que has sido una niña mimada é irreflexiva hasta ahora, deja que el sufrimiento te convierta en mujer reflexiva y juiciosa; no permitas que las puertas del cielo se cierren delante de tí, antes bien contémplalas abiertas de par en par, á fin de buscar con la mirada á nuestra buena madre, que allí te espera. Mira á lo alto y elévate á las regiones en donde el aire es puro y suave, sin estar infectado por el aliento de las pasiones humanas, y una vez allí, sienta tu planta en las nubes y medita y aprende las grandes lecciones de la vida, que consisten en sufrir y ser fuerte.

La agraciada figura de Irene aparecía sublime en este rapto de expresión, propio de la mujer templada en el sufrimiento.

—¿Qué se ha hecho de tu novio, preguntó María Luisa, de repente.

—Hace seis años que no he sabido de él, contestó Irene. Su madre murió en mis brazos y desde entonces la Granja ha permanecido cerrada. Como es natural Ernesto está muy incomodado conmigo y nunca ha querido perdonarme mi desaire, y ni me ha escrito nunca más, ni ha preguntado á nadie por mí, de tal modo que hemos pasado este tiempo como si nunca nos hubiésemos conocido. Pero vuelvo á repetirte, María Luisa, que tengas presente mi súplica y no permitas que mi sacrificio haya sido en vano. Y, ahora acuéstate, que es tarde y ruega á Dios que te inspire.

Irene besó á su hermana, y al cerrar la puerta trás sí María Luisa se arrodilló en medio del cuarto en donde la luna extendía su manto de luz, y se puso á rezar. Era una plegaria infantil la que se elevaba, pura, de sus labios y al concluir, su rostro tomó una expresión de beatitud. Su resolución era terminante: estaba ya resuelta á decir al capitán Arimón que era forzoso separarse, pues ella no podía continuar engañando á su padre y á su hermana, haciendo su situación cada vez más difícil: después contaría su resolución al ca-

ballero, y de esta manera volvería á renacer la paz en el seno del hogar, viéndose Irene recompensada por su sacrificio. Con estas ideas se entregó al sueño, el último sueño feliz de su juventud, balbuceando una oración antes de dormirse.

María Luisa apenas se dió cuenta de cómo pasó el día siguiente, pues se encontraba muy débil y cansada á consecuencia de la larga lucha sostenida el día anterior, entre las más opuestas sensaciones de pesar y de alegría. Estaba plenamente convencida de que sabría mantener con entereza su resolución, pero al mismo tiempo pensaba que era preciso ver al capitán una vez más, siquiera para decirle que esperase, á fin de evitar un rompimiento que pudiera parecerle injustificado.

Tanto el caballero como Irene no sabían de qué manera expresar su contento al ver á María Luisa restablecida, y la trataban con el más exquisito cariño. Aquel día el caballero comió fuera de casa y quedaron las dos solas conversando y leyendo á ratos. Á medida que el día iba tocando á su fin, María Luisa sentía una extraña desazón, sin poderse explicar la causa, que no era otra que el acercarse la hora de la cita con el capitán Arimón; sus mejillas tomaban el color de la escarlata, para perderlo

después, hasta quedar blanca como la cera, y mientras por una parte sentía tener que causar una decepción á su amado, de otra se infundía valor á sí misma diciéndose que era forzoso hacerlo, pues había prometido recompensar de este modo el sacrificio de su hermana.

Los dorados rayos del sol poniente se iban fundiendo en la inmensidad de la bóveda azul; las flores abrían sus corolas para recibir el fresco rocío de la noche; los pájaros acurrucados en las ramas de los árboles llamaban con dulces trinos á sus errantes pequeñuelos á sus nidos, y el viento iba convirtiéndose en el más blando de los murmullos, cuando María Luisa resolvió salir de la casa para encaminarse al lugar de la cita. Abrazó á su hermana, que aquel día no la había dejado un solo momento, diciendo que iba á dar un corto paseo, y que al volver la encontraría en su cuarto.

—Da las buenas noches á papá cuando vuelva, añadió, y antes de irte á la cama te acordarás de entrar á verme; de lo contrario no podré pegar los ojos.

Irene jamás pudo olvidar esta última vez que la vió con su elegante y sencillo vestido de seda azul obscuro guarnecido de blanco encaje, la cadena de oro alrededor de su redondo cuello, caprichosos brazaletes en su mu-

ñeca y en el hermoso rostro la más deliciosa de las sonrisas.

—Ponte la manteleta si sales al jardín, dijo, que el relente de la noche podría perjudicarte.

Desde aquel momento, pasaron muchos años antes que las dos hermanas volvieran á encontrarse.

María Luisa penetró con precipitación en su cuarto, sacando del guardarropa el sombrero y el abrigo y al bajar las escaleras se encontró con una de las sirvientas á la que llamó la atención el ver á su señorita tan compuesta, pero no hizo gran caso de ello.

La brisa traía á los oídos de la enamorada misteriosos murmullos, el rocío caía en abundancia sobre las flores y la yerba al tiempo que María Luisa, atravesando con ligera planta los jardines y el parque del castillo, llegó hasta los bosques de Mendoza. ¿Por qué en las estrellas que tachonaban el firmamento no leyó María Luisa el aviso de su perdición? Los árboles debían haber entrelazado sus gigantes ramas y tocar hasta el suelo para impedirle el paso, pero ella iba á cumplir con su deber y marchaba decidida á despedirse del capitán Arimón, para volver después á su casa al lado de los que la querían y gozar de su felicidad hasta el fin de sus días; Aquél que lee nuestros

más recónditos pensamientos, sabe que no era otra su intención.

María Luisa atravesaba senderos y cañadas hollando con sus menudos pies la yerba y las flores cargadas de rocío, hasta que vió al capitán Arimón, quien á su vez corrió á su encuentro, lanzando un grito de alegría.

María Luisa lo detuvo levantando la mano.

—Ten calma y prudencia, Guillermo, le dijo; he reflexionado mucho acerca de tu proyecto del último día, y he venido á decirte que lo que pretendes es imposible; yo no puedo faltar á mi deber abandonando á mi padre y á mi hermana y es forzoso un sacrificio: debemos separarnos, Guillermo, y dar tiempo al tiempo; la fe y la constancia todo lo vence; espera pues, y día vendrá en que volveremos á encontrarnos.

El capitán lanzó un suspiro, pensando que aun tenía recursos de persuasión á su favor y decidió apurarlos todos antes que dejar escapar su presa; poseído de su gran influjo sobre ella empezó por fingir sumisión y después de lanzarle una mirada de intenso dolor hizo como que se disponía á despedirse. El corazón infantil de aquella víctima, sin sospechar la farsa que él estaba representado, sufría horriblemente al contemplar á su adorado,

que la acariciaba llamándola por los más cariñosos nombres, que sonaban en su oído con la armonía de los más delicados arpegios. Luego, el capitán habló de marcharse muy lejos de allí para buscar la muerte, ya que la vida no tendría en adelante ningún encanto para él, que no debía ser causa de discordia entre ella y su familia, que la amaba tanto, y mucho menos de que sacrificase su hogar y sus riquezas por su amor.

Aquí fué donde se desbordó el sentimiento de María Luisa; al ver tan inmediata la separación de su adorado, en un rapto de cariño se abrazó á él exclamando que era imposible la vida sin su compañía y que por estar á su lado sacrificaría el mundo entero si era preciso: luego le explicó la resolución de su padre de llevársela á viajar con él y su hermana, por lo que el capitán pensó que si no triunfaba aquella noche, estaba perdido para siempre.

Era triste y sensible cosa el ver aquella niña tan fuerte en medio de su debilidad, tan amante de su Guillermo y al propio tiempo tan inclinada á su deber. Lentamente y sin sentirlo, abismada en sus ideas, iba alejándose de su casa, andando al lado del capitán, mientras la sombra de la noche los envolvía, obscura y silenciosa.

Habían atravesado ya los bosques de Mendoza y la carretera se extendía al frente de ellos. María Luisa había perdido la noción del tiempo é ignoraba donde se encontraba, sólo sabía que toda su alma era de Guillermo y que éste estaba á su lado. ¡El responderá en su día, cuando suene la hora en que todos los hombres deberán ser juzgados, de las frases de persuasión, de las súplicas, las amantes caricias, las palabras de amor con que la hechizaba para convencerla de olvidarlo todo por él, haciéndola sorda á la voz de su corazón filial, hasta cazarla en las redes de su codicia!

Al volver de un recodo, le mostró el capitán un coche que los esperaba: una carrera de diez y seis millas los conduciría á Molesol, punto de unión de distintas vías, en donde tomarían el tren para Londres y se casarían al día siguiente. Después, si ella lo deseaba, podrían regresar enseguida á Mendoza, en la seguridad de que, una vez casados, el caballero Moceli los perdonaría.

María Luisa se dejó conducir inconscientemente hasta el carruaje. El rocío sobre las flores se convertía en lágrimas; el soplo del viento en suspiros. Estremecida de horror y sin estar totalmente resuelta, aunque dominada por la fuerza superior de aquel hombre co-

barde, la mimada del caballero abandonaba su hogar para enlazar su destino con la más vil de las criaturas. Llorando hasta sentir el corazón desgarrado, pero iniciándose una sonrisa á través de su llanto, pensando en el padre infeliz que quedaba en el castillo entregado á su desesperación y en la hermana, cuyo sacrificio había resultado inútil, y apoyando al mismo tiempo su mano en el robusto brazo de su Guillermo que la sostenía, María Luisa había abandonado ya los bosques de Mendoza para marchar hacia su destino.

CAPÍTULO XVI

LOS FUGITIVOS SE CASAN

¿Qué funesta casualidad retuvo al caballero aquella tarde tanto tiempo fuera de su casa contra su costumbre, dando ocasión á Irene de buscar un libro con que distraerse, y cuya lectura la absorbió de tal modo que llegó á olvidarse de su hermana, cuyo recuerdo no le abandonaba jamás? Creyendo que ésta estaba en su cuarto, no interrumpió su lectura, hasta que el fuerte campanillazo dado por su padre, que sonó en la puerta exterior del jardín, la hizo sobresaltarse. La primera pregunta del caballero se encaminó, como siempre, á saber de María Luisa, contestando Irene que hacía ya rato que debía encontrarse en su cuarto.

—He resuelto partir mañana, dijo aquél; acabo de encontrar á Carlos de Vila hace cosa de cinco minutos, que venía de Molesol y me ha dicho que había visto esta noche al capitán Arimón en un cupé. Debe de ir á Lenobal, pues dice Carlos que le acompaña una dama.

En todos los días de su vida Irene no pudo explicarse jamás qué terrible presentimiento la hizo levantarse de su silla como movida por un resorte al oir estas palabras, y correr al cuarto de su hermana.

Golpeó la puerta con los nudillos; nadie respondió. Entró en el cuarto; nadie estaba en él. Á la luz de la vela que tenía en la mano lo registró con febril curiosidad y pudo comprender que María Luisa no había entrado allí aquella noche.

—¡María Luisa! gritó; pero ésta no respondía y ningún rumor turbaba el silencio de aquel lugar más que el choque de las hojas de la yedra contra los cristales de la ventana. Volvió á mirar á su alrededor, y no descubrió el menor rastro de la presencia de aquélla; penetró en el pequeño salón de tocador contiguo . . . y nada tampoco. Un terror mortal se apoderó entonces de Irene al encontrarse sola en mitad de la habitación desierta, sintiendo acelerarse los latidos de su corazón y crispársele las manos.

—¡Dios poderoso! gritó; ¿Estoy soñando ó estoy loca? ¿Dónde está mi María Luisa?

Ninguna señal de desorden se notaba allí tampoco; el tocador con su caprichoso joyero estaba intacto.

—¡María Luisa! volvió á gritar con voz apagada por la emoción.

Y otra vez el choque de las hojas de la yedra impulsadas por el viento, contra los cristales de la ventana, era el único rumor que turbaba el silencio en aquella hora.

Irene volvió al comedor con paso firme, haciendo un supremo esfuerzo. El caballero, que la esperaba con la sonrisa en los labios dejó escapar una exclamación de sorpresa al verla con la faz pálida y notar en sus ojos una expresión de indecible temor. Irene se le acercó, poniéndole la mano sobre un hombro.

—¡Papá! exclamó, estoy asustada ¡María Luisa no se halla en su cuarto! Se marchó después de comer, diciendo que iba á pasear por los jardines y que al volver la encontraría allí; y aun añadió que antes de irme á la cama entrase á besarla, pero por más que la he buscado no la encuentro en ninguna parte.

El caballero, sin contestar una palabra, tomó la luz de la mano de su hija y fué derecho al cuarto de María Luisa seguido de Irene. ¡Era cierto, no estaba allí! En vano amantes voces la llamaban; un silencio de muerte era dueño absoluto de aquel sitio.

—¡Vamos á llamarla desde fuera! exclamó el caballero; y salieron los dos, sintiendo el

peso de un temor espantoso gravitar sobre ellos con la helada presión de la losa de un sepulcro, sin atreverse á revelárselo mútuamente. La luna derramaba su blanquecina claridad sobre aquellos dos seres que, errantes alrededor del castillo, hollaban con vacilante paso los verdes senderos donde nunca más tenían que volver á marcarse sus pisadas. Mirando acá y acullá minuciosamente, ninguna señal encontraban que delatase la presencia de María Luisa; cuando al herir un rayo de luna una maleza donde se entrelazaba la retama, el caballero sentió darle un salto el corazón, creyendo que veía la rubia cabellera de su hija. Por fin, volvieron los dos á su casa tristes y abatidos ante la perspectiva de un inacabable sufrimiento, probando, como última tentativa, reconocer todas las habitaciones una por una, por si María Luisa se había quedado dormida en alguna de ellas. El caballero y su hija se miraron con espanto sin atreverse ninguno de los dos á manifestar sus temores.

—¿Se habrá marchado con él, Irene? exclamó por fin el primero con voz ronca por la emoción. ¿Sería acaso María Luisa la dama que Carlos de Vila ha visto con el villano maldito, camino de Molesol?

Irene procuró calmarlo, conteniendo el ar-

diente ímpetu de su cólera, que parecía enajenarle la razón; con más facilidad hubiera podido detener el rodar del mundo en el espacio, pues no cabía en aquel momento la resignación en el que se sentía herido en lo más íntimo de su alma, viendo cernerse sobre su frente el infame estigma de su honor ultrajado, que se extendía como una mancha de aceite sobre la transparente superficie de sus gloriosos pergaminos, por la loca acción de una ingrata niña mimada, sorda á la voz de su paternal afecto.

Sin decir una palabra más á Irene, que pálida y llorosa le seguía, hizo llamar al cochero, que en un abrir y cerrar de ojos enganchó el caballo, para conducir al señor de Moceli en busca de su tesoro hacia Molesol. Allí supo toda la verdad: uno de los peones camineros dijo haber conocido al capitán Arimón, describiendo exactamente la dama que iba con él, que llevaba un sombrero con un lazo color de rosa y una capa encarnada, que eran las prendas que acostumbraba á usar María Luisa; los dos habían salido en el tren correo para Londres y no partía otro del Empalme hasta el día siguiente. El caballero se convenció de que era tarde para todo y no le quedaba más remedio que ahogarse en el mar de sus amargas lágrimas de desesperación.

Horas después al abrir los ojos el Sr. de Moceli se encontró tendido en la cama, con el brazo derecho vendado y sintiendo un gran dolor en la cabeza á consecuencia de una profunda herida, cuidadosamente envuelta. Ruperto estaba en pie á la cabecera, é Irene arrodillada á su lado.

—V. se cayó, dijo aquél contestando á la escrutadora mirada de interrogación del caballero. V. se cayó en el andén de la estación y vinieron á buscarme para que acudiera en su auxilio.

El sentido de la realidad en su aterradora crudeza le hizo darse cuenta exacta de su situación.

—¿Es ésto verdad? exclamó con la vista extraviada: decidme ¿cómo ha podido ser ésto cierto?

—Sr. de Moceli, dijo Ruperto; desgraciadamente es cierto; su hija María Luisa nos ha dejado.

El caballero, al oir estas palabras, volvió el rostro hacia la pared rompiendo en abundante llanto consolador, abandonada ya toda esperanza de recobrar la más querida joya que acababa de perder.

Poco á poco se fué restableciendo, pero á partir de aquella noche fatal su salud quedó

notablemente quebrantada. El tiempo fué impotente para cicatrizar la profunda herida que el caballero había recibido en su alma al ver derrumbarse en un momento sus más caras ilusiones, concentradas en la persona de su hija mimada, mediante un acto de traición. La tristeza, siempre en aumento, se constituyó en reina y señora del castillo y no parecía sino que el sol se había eclipsado para siempre. En todas las habitaciones reinaba silencio sepulcral; los criados andaban de puntillas y todo el mundo hablaba en voz baja; los amigos y los vecinos se abstenían con prudencia de hacer preguntas que pudiesen parecer indiscretas, para no aumentar la pena del caballero y de Irene.

No tardaron éstos mucho en saber de María Luisa, pues dos días más tarde recibieron de ella una larga carta regada con llanto, llena de las más acendradas protestas de cariño y de arrepentimiento: decía que se había casado con el capitán Arimón en la iglesia de Ntra. Sra. de la Misericordia, y que su amante corazón de hija vería colmados todos sus deseos, considerándose la más feliz de las criaturas humanas, si pudiera verlos y obtener la bendición de su padre junto con el perdón de su hermana; á cuyo objeto empleaba las más dulces y expre-

sivas frases, que leía el caballero con faz imperturbable.

—Irene, dijo al acabar la lectura de la carta; contéstale que recuerde mis palabras; le dí á escoger entre él y nosotros y ha querido quedarse con él; no tiene derecho, pues, á solicitar nuestra compañía.

Ninguna frase de perdón para la locuela que suplicaba, á la sombra de otro hogar. El caballero insistía en ordenar á su hija que repitiese su juramento: " Ni dinero ni auxilio de ninguna clase en el caso de que María Luisa llegue á ser, contra la voluntad de su padre, la esposa del capitán Arimón."

Las largas cartas se sucedían de un tiempo á otro, pero el caballero ya no las leía siquiera. Procuraba estar solo casi siempre, esquivando toda conversación, para discurrir acerca de la villanía cometida por el hombre que tan solapadamente se había introducido en su casa para robarle la hija de su alma; es imposible describir sus sufrimientos durante estas mortales horas de soledad; de día en día iba enflaqueciendo, y en su rostro se notaban profundas huellas de dolor. Irene lo había sorprendido varias veces en sus horas de sueño, murmurando incoherentes palabras de maldición.

Y así fueron pasando días, meses y años, sin

que nada alterase la melancolía que reinaba en el Castillo de Mendoza.

. . . .

El capitán Arimón había alquilado una quinta en Motrera, cerca de las montañas, y por más que los deseos de María Luisa eran vivir en la ciudad, cerca del cuartel y del casino, creyendo la infeliz que así podría ver con más frecuencia á su marido, éste la persuadió de que era más conveniente para ambos vivir en el campo, á lo que ella no trató de oponerse.

Hacía una semana que estaban casados y el capitán Arimón empezaba á cansarse de la vida monótona del hogar. Durante los ocho primeros días se había mostrado muy apasionado para con su mujer, acompañándola por todas partes y colmándola de caricias: de día no la dejaba un momento sola, y durante las largas veladas se quedaba en casa á leer á su lado, ó bien la acompañaba al teatro, que era para María Luisa un mundo desconocido. Tan alegre y tan cariñoso estaba y con tales pruebas de rendido afecto en sus palabras y en su mirada que la pobre niña se creía en un paraíso.

La sala de confianza de la quinta, de reducidas dimensiones, á diferencia de los espaciosos cuartos del castillo, era alegre y asoleada, sencillamente guarnecida de cortinas blancas

y adornada con tiestos de flores: contenía, además, un piano de cola, cómodos sillones y mecedoras y una marquesa colocada de través en un ángulo bajo un dosel de árboles, disfrutándose desde el balcón, rodeado de plantas trepadoras, un magnífico panorama de los pueblos de las inmediaciones.

Aquella mañana, el capitán Arimón, que era todavía un "buen muchacho" según se llamaba á sí mismo, estaba columpiándose en el mecedor, leyendo el periódico, mientras su mujer se entretenía en regar las flores.

—María Luisa, dijo súbitamente, ¿te gustaría ver "La Cabaña del Tío Tom"? Tú que eres aficionada á los dramas sensacionales, éste es del género que á ti te gusta. ¿Quieres ir al teatro del Buen Retiro esta noche?

La verdad era que el capitán Arimón, cansado de la monotonía de aquella vida, buscaba más bien un pretexto para variar que un motivo para complacer á su mujer. María Luisa no cabía en sí de gozo al pensar que iba á salir aquella noche del brazo de su marido, y sentándose en sus rodillas rodeó su cuello con sus amantes brazos, mirándolo con inocentes ojos de niña mimada.

—¡Cuánto me gustará ver este drama! exclamó con entusiasmo. Amparo me explicó el

argumento, que es muy interesante, y he leído varias escenas que han publicado los periódicos. ¡Qué bueno eres para mí, Guillermo, y qué mal te juzgaron todos! ¡Cómo te querría papá si conociese tus buenos sentimientos!

El capitán escuchaba á su mujer, con aire distraído.

—Estoy admirada de lo que he hecho, dijo María Luisa reclinando la cabeza sobre su pecho, y sólo tengo una pena y es el pensar que podríamos ser felices del todo, si papá nos quisiese á su lado: ¿á qué más aspiraríamos entonces, Guillermo? Pero creo que pronto nos perdonará: ¿no te parece lo mismo?

—Estoy seguro, contestó él con negligencia; no tengas la menor duda de que tu padre volverá por el camino de la razón; y si persiste en sus trece, querida mía, no tendremos mas remedio que comer rancho, añadió sin poder disimular su codicia.

Esta ligereza de expresión, que tanto desentonaba en aquellos momentos, no dejó de sorprender á María Luisa. Sin embargo, pronto se distrajo y levantando hacia él sus hermosos ojos prosiguió:

—La suerte está echada, y jamás me arrepentiré de haber sacrificado todo lo del mundo por ti, Guillermo, que para mí lo eres todo.

Él, se sonrió benignamente, volviendo á su lectura. Ningún remordimiento le cabía al verla tan feliz en su amor ingénuo, aunque le constaba que llegaría un día en que María Luisa habría de, al amarlo, recibir un cruel desengaño.

—¿Saldremos esta mañana? preguntó María Luisa: recuerda que me prometiste llevarme á la Torre de Londres.

—Es lo mejor que podemos hacer, contestó el capitán. Aprovechemos los momentos, que la semana entrante estoy de guardia y no podré pasar mucho tiempo contigo. ¿Qué harás entonces sola todo el día, amor de mi vida?

—Pensar en ti, Guillermo mío, contestó María Luisa alegremente; ya verás cómo en tres días me convierto en un soldado hecho y derecho para hacer honor á mi marido el capitán. Tú allí en el cuartel á mandar; yo en mi casa siempre dispuesta á obedecer; y cuando vuelvas fatigado de las tareas de la disciplina y de la ordenanza, ansioso de descansar en mis amantes brazos, yo desde el balcón te veré venir de lejos y saldré á recibirte á la puerta con una sonrisa en los labios para que, al verla, se desarruge tu adusto ceño.

CAPÍTULO XVII

PRELUDIO DE TORMENTA

Varios jóvenes elegantes hablaban en las escaleras de un suntuoso edificio en donde estaba instalado uno de los clubs más aristocráticos de Londres. La mañana era espléndida; las calles de la gran ciudad alegres y pobladas de gente que pululaba en todas direcciones; la Naturaleza sonreía y parecía que el resto del mundo participaba también de este festín de luz y de gozo. Estaban aquéllos colocados perezosamente en toda clase de actitudes discutiendo los hechos más recientes, el escándalo de última hora, las intrigas, los amoríos y los defectos de toda la sociedad en general y de sus amigos en particular. Tres de ellos habían estado á ver " La Cabaña del Tío Tom " encontrando en el teatro al capitán con su mujer.

—Os aseguro, decía el teniente Rojas, que no había visto en mi vida una joven más hermosa, que la que anoche iba con el capitán

Arimón. No pude saber quien era. Él me saludó fríamente al pasar por mi lado, con una ligera inclinación de cabeza, pero me hubiera gustado ser presentado á esa mujer. Jamás he visto ojos más hermosos.

—Alguna cantante de café concierto, dijo Enrique Amos. Es el género predilecto de Arimón, de un año á esta parte.

—No, dijo el capitán Peters; apostaría que no era eso; una cara como aquélla no puede haber salido de entre esa clase de gente; es preciso una educación refinada y una exquisita cultura para adquirir aquélla delicadeza de líneas y un perfil tan distinguido. Arimón está de enhorabuena.

—Tal vez se ha casado, exclamó el teniente para hacer un chiste, que, efectivamente resultó, pues todos se rieron á carcajada suelta.

—¡No, no! gritaba Enrique Amos apretándose los hijares; el capitán Arimón no es amigo de compromisos de esta clase.

En aquel preciso instante el capitán en cuestión pasaba por delante del club. Sus amigos al verle le hicieron una ovación y él corrió alegremente escaleras arriba á juntarse con ellos.

—Mira tú que eres afortunado; le dijo entre envidioso y burlón el capitán Peters; hace

una temporada que todo lo bueno cae en tus manos. Dinos, feliz mortal, aquí en la intimidad de nuestras conspiraciones mundanas: ¿quién era la delicada y arrobadora belleza que se apoyaba en tu galante brazo anoche en el Buen Retiro? ¡Pardiez que no conocí en mi vida otra igual! ¿Quien era, capitán? Los demás lanzaron una carcajada.

El capitán Arimón dió un paso atrás, mirándolos con arrogancia: con ser tan perverso, sintióse herido en su amor propio y no pudo tolerar aquel desprecio para con la que era su esposa.

—¡Esa señora, caballeros, dijo, es mi mujer!

Hubo un momento de silencio, en que nadie se atrevía á decir una palabra, confusos como estaban por la grave imprudencia que acababan de cometer. El teniente Rojas se inclinó en señal de respeto y el capitán Peters le pidió mil perdones mientras que los demás le estrechaban la mano felicitándole cordialmente.

—Es V. muy afortunado, dijo el primero, secamente, pues no experimentaba grandes simpatias con el capitán Arimón y estaba admirado de ver que había en la tierra una mujer tan bella que le había hecho caso.

—Después de esto, dijo el solterón Enrique Amos, creo posible una conversión de mi parte. ¿De dónde has sacado una mujer como ésta, amigo mío? Puedes estar seguro de que á encontrar yo otra igual no dudaría un momento en hacer un sacrificio.

—Mi mujer es la hija más joven y coheredera del caballero Moceli, del Castillo de Mendoza, exclamó el capitán con orgullo.

El teniente hizo un movimiento de sorpresa acompañado de un ligero silbido de incredulidad, que exasperó al capitán Arimón.

—¡Los Moceli! exclamó Enrique Amos, admirado ¿esa familia que vive en su propio Castillo de Mendoza? Hay en la misma dos hijas de las cuales mi madre me habla muchas veces. ¿Podías nunca haberte imaginado, Arimón, que algún día me participarías que el caballero te había concedido la mano de la más pequeña?

El desdeñoso acento con que fueron pronunciadas estas palabras irritó más al aludido que cuanto se había dicho y hecho hasta entonces.

—¿Por qué no? preguntó con altivez.

—Porque al hacerlo, contestó Enrique Amos, ha demostrado no estar en su cabal juicio, dicho sea con el respeto debido y que te

mereces. Hombres como tú y yo, pongo por caso, que es lo mismo, antes de decidirnos á pedir una señorita como tu mujer en matrimonio tenemos que pensarlo dos veces más que el resto de los mortales.

—¡Habla para tí si quieres! dijo el capitán Arimón con rudeza.

Y haciendo un frío saludo á todo el grupo, volvió las espaldas para no agriar más la conversación.

—Ya lo véis, dijo el teniente Rojas así que aquél se hubo marchado. La manera como ese muchacho se las ha compuesto para conquistar tan buen partido haría discurrir á más de un diplomático. ¡Pobre niña, qué destino le espera! No hay duda que el capitán es un buen compañero á toda prueba, pero tan descuidado é inconstante, que lo que es yo, no le confiaría mi perro si lo tuviese. ¡Fiaos de él, el enemigo del matrimonio á macha martillo!

La conversación fué tomando poco á poco otros derroteros. Si el caballero hubiese oído cuanto acababa de decirse en aquel grupo de amigos del capitán ¿qué hubiera pensado del porvenir de su hija?

Á medida que la noticia de aquel enlace se iba extendiendo, aumentaba la admiración de todos; pero bien pronto se susurraron de uno

en otro los móviles del mismo y no tardó en saberse cómo el capitán se había apoderado traidoramente del corazón de María Luisa imbuyéndole la idea de huir de su casa, mientras el anciano caballero, que se negaba á otorgar su perdón, lloraba, con el alma traspasada de dolor, la pérdida de su hija. El señor de Moceli hubiera podido perseguir judicialmente al raptor, amparándose en la ley, pero desistió de hacerlo, pensando que este medio de venganza podría causar un disgusto de muerte á su hija.

Sólo ocho días duró la felicidad de María Luisa, y cuando, transcurridos éstos volvió la vista atrás en sus eternas horas de soledad, comprendió ya tarde, que acababa de trocar el bienestar de toda su vida por un paraíso fugaz como un soplo. Cuando Guillermo le dijo que no podía ir con tanta frecuencia á su casa, pues las deberes estrictos de la disciplina militar le retenían fuera, ella, que no tenía más noción del mundo que la que tiene una niña, lo creía siempre, pues no podía concebir la mentira en labios del hombre que amaba; y cuando más tarde estas ausencias llegaron á prolongarse hasta el punto de estar el capitán dos días enteros fuera, María Luisa lo recibía, al volver, con una placentera sonrisa en los labios como para

compensar el duro trabajo del que creía que por ella arrastraba una vida tan penosa.

Con frecuencia, mientras él se divertía por los teatros ó en los cafés de las avenidas, ella, la infeliz criatura, lo esperaba hora tras hora ansiando el momento de su vuelta, y le preparaba el asiento más cómodo donde pudiera descansar de sus fatigas, mientras le diría una vez más lo dichosa que era pudiendo verse nuevamente á su lado. Pero entretanto, en el club y la compañía, los amigos del capitán hablaban de la vida que éste llevaba, admirando y compadeciendo á la esposa que con tanta resignación sufría los desvíos de aquel hombre.

El cambio que había experimentado María Luisa era muy grande; de la magnificencia y esplendor de las lujosas habitaciones del castillo, había pasado á las frías paredes de la quinta, desprovistas de ornato; de los cuidados de sirvientes que sabían su obligación, al inculto trato de la ruda muchacha, tan tardía en comprender lo que se le mandaba; de la agradable compañía de Irene y Amparo, á la soledad de su casa, en donde nadie le sonreía; pero más que todo encontraba á faltar las ternezas de su complaciente padre, que tanto la idolatraba. Sin embargo María Luisa era feliz con la es-

peranza de que éste, al fin y á la postre "volvería á la razón" como decía su Guillermo, cuyas palabras eran para ella el Evangelio; el único punto negro para ella era que su marido se viese obligado á estar tanto tiempo entregado á sus deberes, pero nunca la más insignificante queja se escapaba de sus labios y antes al contrario, se presentaba delante de él risueña, con una frase amorosa para halagarle.

Algo fuera de su centro se encontraba en esa pequeña quinta, donde no podía lucir su regio carruaje y sus magníficas ropas. Su padre le había enviado cuanto le pertenecía, vestidos, música, joyas, libros y hasta su caballo favorito, que el capitán vendió con el pretexto de que no había para qué hacer tanto gasto. Eso dijo el capitán, pero por rara coincidencia, no faltó quien viese aquellos días á la Sta. Coralie, la estrella de moda por aquel tiempo, montando un hermoso caballo árabe de pura sangre, de idéntica estampa al de María Luisa.

Seis meses habían pasado desde la noche fatal en que ésta huyó de su casa. El caballero seguía impertérrito en su negativa de otorgar su perdón, sin pronunciar ni una sola palabra de consuelo para su hija; á las súplicas de Irene contestaba con su fórmula habitual:

—Le dí á escoger entre él y nosotros y prefirió irse con él; que Dios la haga feliz.

Los jóvenes esposos vivían aún en la linda quinta de Motrera; pero ya en plena estación de invierno y las flores que regaba María Luisa habían muerto. Cerca de la ventana estaba aguardando á su Guillermo con impaciencia, pues hacía tres noches que no lo había visto; la nieve caía en espesos copos y el frío era intenso, pero el frío y la nieve eran impotentes para rendir las fuerzas de aquella mujer amante, que esperaba la llegada de su esposo, como un rayo de luz celestial.

¡Cuán diferente era, de la alegre niña, mimada é imperiosa que á la sombra del cedro pretendía doblegar la voluntad de Ruperto á sus menores caprichos! Estaba más pálida y más delgada; los ojos violáceos parecían manantiales de hirvientes lágrimas que habían empañado su brillo; las suaves y redondeadas mejillas habían perdido casi su delicado contorno y en sus finos labios se notaba un sospechoso temblor, como si hiciera un esfuerzo por contener el llanto que pugnaba por romper: en la ancha frente se notan surcos que delatan prolongadas horas pasadas en la lobreguez de punzantes ideas; toda la gracia, la alegría, la belleza, la intrepidez de la niña de otro tiempo

empezaba á morir en aquel cuerpo decadente, siendo tanta, sin embargo, la fe en sí misma y su confianza en el porvenir, que en medio de su desgracia no se atrevía á confesar su desengaño.

—Esto va á cambiar, se decía á sí misma, cuando Guillermo tenga menos que hacer.

Pero sincera y valerosa como era, se sentía á veces dominada por negros pensamientos que la obligaban á preguntarse si su sacrificio por el hombre que amaba más que su vida no habría sido en balde. El capitán continuaba mostrándose atento para con ella, pero á su modo superficial y negligente; poca astucia hubiera probado tener á obrar de otra manera, pues como se decía á sí mismo, aquello era el prólogo del drama que empezaría más tarde en caso de que el estúpido vejete se empeñase en mantener su palabra, para lo cual convenía no precipitar los acontecimientos. De buenas á primeras ya podía asegurar que había dado el primer paso en firme, pues sus acreedores, noticiosos de su casamiento con la hija del señor de Moceli y sabiendo lo que valían las fincas de Mendoza, cesaron en sus persecuciones, aviniéndose á esperar mejor ocasión; hasta el banquero Coronas consintió en renovar su pagaré por seis meses más, y como

esto lo colocaba en situación de preparar nuevas trampas, quedaba de hecho aplazada la crisis.

Dos ó tres veces había indicado el capitán á María Luisa que escribiera á su padre, á fin de empezar á preparar el terreno, lo que hizo ella abrigando la esperanza de ser oída, pero con gran desaliento veía que no llegaba la contestación esperada. Lo que el capitán haría si al vencimiento del pagaré María Luisa no tenía el dinero, ni quería decirlo ni siquiera pensarlo.

Una mañana, mientras ella lo esperaba ansiosamente en la ventana, en una de sus prolongadas ausencias, llegó á su casa cabizbajo y en un violento estado de ánimo: acababa de encontrar á Coronas, quien le había dado á entender que el pagaré vencía á los quince días y que al vencimiento necesitaba el dinero.

—¿De dónde sacaré yo los dos mil pesos? se preguntaba; si este insensato caballero no me los manda, no hay salvación posible para mí. Voy á decir á María Luisa que es preciso que vuelva á escribir hoy mismo.

Así que ésta lo vió, corrió á recibirlo echándose en sus brazos. ¡Cuán feliz se hubiera sentido otro hombre al verse objeto de tan amorosos transportes! Las lágrimas brillaban en sus ojos, dulce sonrisa iluminaba su

faz y las más tiernas y apasionadas frases de bienvenida se escapaban de sus labios, sin lograr despertar el interés de su marido, que seguía entregado á sus negras reflexiones, sin saber cómo hablar á su mujer, de la cuestión que le preocupaba: todas las fórmulas que tenía preparadas para iniciar á María Luisa en la solución de tan árduo problema, se desvanecían al encontrarse frente á frente de ella, viéndola tan bella, tan joven, tan feliz y ajena á cuanto ocurría. Y sin embargo, no tenía más remedio que confesárselo todo.

Ella misma le presentó la oportunidad.

—Guillermo, dijo sacando su pequeño reloj esmaltado; nunca puedo saber la hora exacta; este reloj es un juguete muy bueno para ser visto, pero no me presta ninguna utilidad; ¿quieres comprarme otro?

—Lo haría si pudiera, contestó el capitán, lanzando un hondo suspiro; y no solamente esto sino que te cubriría de joyas desde la cabeza hasta los pies, si estuviera en mi mano el hacerlo; pero te has casado con un hombre pobre, querida mía, y muchas veces me temo que ha sido una acción poco digna el privarte de tus comodidades para traerte á este nido.

Él sabía muy bien la clase de resortes que había que emplear para hacer mella en su ino-

cente alma generosa. Al oir aquellas palabras María Luisa se sentó á su lado rodeándole el cuello, con el corazón dispuesto á derramar sobre él todos los tesoros de su amor fortificante.

—Estoy seriamente comprometido, María Luisa, dijo el capitán; dentro de un par de semanas tengo que pagar dos mil pesos y si no lo hago me veré obligado á vender mi empleo de capitán, como lo hacen los militares en Inglaterra cuando necesitan dinero.

María Luisa, aterrada por esta revelación imprevista sintió que un velo cubría sus ojos como si fuese á perder el sentido, pero pronto se repuso, y exclamó volviéndose hacia su marido con una sonrisa.

—Tendrás el dinero, Guillermo mío; papá nunca me ha negado nada.

CAPÍTULO XVIII

EL ÍDOLO CAÍDO

María Luisa no abrigaba la menor duda de que su padre les sacaría de aquella situación, porque mientras estuvo á su lado, en toda su vida no se había negado ni una sola vez á concederle cuanto le había pedido, y en cuanto á dinero, siempre tuvo el que quiso, sin que al dárselo, le preguntase para qué lo necesitaba. El caballero había hecho un juramento, es cierto, pero ella pensaba que al saber que estaba en situación apurada, olvidando lo pasado aprontaría los dos mil pesos, cuando podía disponer de más de un millón.

La carta que escribió estaba inspirada en tan tiernos sentimientos é invocaba con tal fe su nunca desmentida condescendencia, que el caballero, al leerla, sintió decaer su ánimo, sintiéndose completamente enervado: una lucha interior se inició en él, recordando de una parte la energía con que prometió desatender toda

petición de su hija, y sintiéndose conmovido al mismo tiempo ante la probable desgracia que la amenazaba. . . . No; no debía ceder; su pundonor de caballero venció al fin y exclamó al tener presente lo que dijo al capitán Arimón cuando fué á pedirle la mano de su hija.

—No hay compasión para ella; prometí que no entregaría ni un céntimo de mi dinero en provecho del que me robó mi hija, y los Mocelis no juramos en vano. Irene, escríbele y díle esto mismo. Por más que su situación me causa gran pena yo no puedo . . . no quiero hacer lo que me pide; díle también que es inútil qué me escriba más en este sentido, pues estoy resuelto á mantener mi palabra.

Cuando María Luisa recibió la carta, la tomó anhelante de manos de la sirvienta, abriéndola con avidez, lleno el corazón de esperanza; el desengaño fué terrible y por la primera vez empezaba á ver clara la magnitud de su ingrata conducta, sintiendo abrirse un abismo entre su padre y ella. En vez del cheque esperado solo encontraba entre aquellas hojas frases que penetraban en su corazón frías y punzantes como el filo de cien espadas, y se sentía sobrecogida de terror al pensar en su marido; ¿qué iba éste á hacer ó á decir cuando sabría que el dinero no venía? Su rostro de

niña palideció, sus labios temblaron y sus profundos ojos se anegaron en un mar de lágrimas al prever que entre su Guillermo y ella iba á tener lugar el primer disgusto. En aquel momento se tuvo por la mujer más desgraciada del mundo y aguardaba el instante de la llegada de su marido, con la mirada fija en el suelo, presa del más grande temor.

El capitán Arimón entró al fin con aire despreocupado, sin observar las lágrimas ni la palidez de María Luisa.

—¡Hola! exclamó al ver la carta encima la mesa, ¿noticias tenemos? ¿Es que tu padre envía el dinero?

—No; contestó María Luisa afablemente, disimulando su afectación; no lo manda ni lo mandará, Guillermo; sólo dice que quiere mantener su palabra.

—¡El vejete mentecato! exclamó el capitán con acento airado; ¿quién se acuerda de su palabra?

María Luisa lo miró, llorosa y asustada.

—Estás olvidando, Guillermo, dijo, que hablas de mi padre, cuyo nombre es para mí honroso y venerable.

Este tranquilo y digno tono de reconvención le hizo recobrar su sangre fría.

—Perdóname, María Luisa, dijo el capi-

tán pensando que era mejor dejar los arrebatos para más tarde, pero se me fueron las palabras sin advertirlo. Vuelvo á repetir, mujer de mi alma, que necesito el dinero sin falta y es preciso que pruebes de escribir otra vez y le digas á tu padre que si no lo envía tendré que ir á la cárcel ó vender mi empleo de capitán; ¡graciosa alternativa por cierto!

—Escribiré, Guillermo mío; contestó ella; pero hoy te vas á quedar en casa para hacerme compañía; ¿verdad que sí? Tu mujercita se encuentra fatigada y tan sola . . . no te vayas, vida mía, que cuando estoy sin ti la tristeza me consume.

La pobrecilla necesitaba oir las amorosas palabras y recibir las caricias de su marido para poder arrancar de su pecho el aguijón que en él había clavado aquella carta fatídica; deseaba con toda el ansia de su rendido corazón, descansar un momento su cabeza sobre el pecho de su Guillermo, para desahogar su pena en abundantes lágrimas de consuelo.

—Lo siento mucho, María Luisa, dijo el capitán bruscamente, sin cuidar de disimular lo que le contrariaba la súplica de su mujer, pero debo volver al cuartel; no he hecho más que venir en un salto para ver lo que ocurría, pero dentro de un momento tengo que estar

otra vez en mi lugar. No te olvides de escribir hoy mismo á tu padre. Adios.

Y rozando apenas con sus labios la frente de María Luisa el capitán Arimón salió precipitadamente del cuarto.

—¡Pardiez! exclamó dando un profundo suspiro al encontrarse al aire libre. ¡Vaya una idea el tener que pasar todo un día al lado de una mujer llorosa! ¿Venirme á mí con esas, cuando lo que necesito es ver caras risueñas! ¡Vaya una música que se me preparaba si no llego á escabullirme!

En aquella alma corrompida no cabía un recuerdo compasivo para la mujer que acababa de abandonar, entregada á su desesperación, pues en su refinado egoísmo no concebía á María Luisa más que irradiando alegría y belleza, y por la primera vez de su vida acababa de verla pálida y ojerosa como la imagen del dolor. Al verse libre de ella andaba con aire marcial, alta la frente, respirando satisfacción por todos sus poros y figurándose que todos se volvían á mirarlo, las mujeres con ojos de ternura y los hombres con envidia. ¡Ah! si el mundo hubiese podido leer en su corazón, ¡cómo hubiera apartado la vista con horror de aquel monstruo envanecido por la conquista de un ser inocente!

María Luisa escribió y la respuesta vino á los tres días, concebida en los mismos términos de las anteriores; si el capitán Arimón iba á la cárcel ó no podía mantener á su mujer, el corazón y los brazos de su padre estaban abiertos para recibirla, pero entretanto y mientras vivía con él, nada podía hacer por ella. Cuando esta carta llegó, el capitán Arimón estaba en casa. Abrióla él mismo y se puso á leerla con sombría mirada, pareciendo que su furor iba á estallar, pero ¡ cosa extraña! al concluir su lectura la dobló cuidadosamente y dejándola sobre la mesa permaneció impasible.

Contra lo que María Luisa esperaba, no hizo la menor señal de querer demostrar su cólera y ni siquiera pronunció una expresión mal sonante; antes al contrario, aquel día permaneció á su lado, colmándola de atenciones, como en sus mejores tiempos; por lo que la pobre niña creyó que las puertas del cielo se habían vuelto á abrir para ella. La inocente criatura se complacía en sus sonrisas, sintiéndose otra vez feliz al creer que el amor de su Guillermo estaba aún latente en su corazón.

Por la noche le dijo que se vistiera para ir al teatro, insistiendo en que se pusiera el vestido más rico que tuviese, como así lo hizo.

María Luisa estaba tan hermosa y elegante con su traje de terciopelo azul ricamente adornado con trencillas doradas, y respiraba tal aire de satisfacción, al lado de su marido, que atraía las miradas de todos los espectadores.

Era ya tarde cuando volvieron á su casa; las lámparas ardían en el pequeño salón del piano y el fuego chisporroteaba en la chimenea. María Luisa, en pie junto á ella para calentarse, envuelta en su blanca y elegante capa de seda, con el pelo rubio caprichosa y artísticamente arreglado, y mostrando un rostro de atractivos sin cuento, constituía una figura digna del cincel de un escultor, por su inocente y exquisita gracia.

—María Luisa, dijo su marido mirándola con insistencia; eres una mujer verdaderamente hermosa. Si me veo obligado á vender mi empleo de capitán y nos quedamos arruinados, ya no hay para qué asustarnos: entonces te dedicas al teatro y ganarás cuanto quieras, pues todo Londres irá á verte. ¡Figúrate tú entonces tu padre! . . .

Ella se esforzó en sonreirse al oir estas palabras, que tomó por una broma pesada.

—Nunca hubiera creído que el caballero hubiese llevado las cosas tan al extremo, continuó con aire pensativo; lo que es yo por

ahora no veo claro el asunto y me temo un cataclismo, puedes creerlo.

María Luisa lo escuchó con la mirada fija en las llamas que se retorcían y alargaban consumiendo los troncos, pero no le contestó una palabra. Nacida en la opulencia y acostumbrada al derroche, no tenía la menor idea de lo que significaba la ruina.

—María Luisa, volvió á decir, esta vez más inquieto; es preciso que me ayudes, porque repito que nuestra situación es para tomarse en serio y por lo visto, estás muy tranquila.

Ella lo miró con admiración.

—Pero bien ¿en qué puedo ayudarte yo, Guillermo? dijo.

—Pues pidiendo prestado por mí, contestó éste.

—¿Pedir prestado por tí? repitió María Luisa; y ¿á quién? Porque lo que es yo no conozco á nadie.

—Verás, continuó el capitán, en el mismo estado de inquietud y como queriendo decírselo por grados: tú conoces una persona que estoy seguro no se negará. Escribe á Ruperto Doti; cuéntale las circunstancias que concurren en el caso, y verás cómo él nos saca de este apuro, por consideración á tí.

Al oir esta proposición, María Luisa sintió

como si le mordiese una víbora y volviéndose hacia el capitán, erguida la cabeza y con mirada altanera exclamó:

—¿Escribir á Ruperto Doti? ¡Jamás! Antes morir mil veces.

—¿Por qué? preguntó fríamente el capitán, aparentando calma. Él te amaba, estoy seguro.

—Sí, contestó María Luisa con el continente de una reina; me amaba y lo dejé por tí; pero después de todo, repito que preferiría morir antes que humillarme hasta pedirle dinero.

—No seas loca, María Luisa, dijo el capitán, dejando que un pueril sentimentalismo sea la causa de mi ruina. Dices que me amas; ¿no es cierto? pues quieres sacrificarme á tu inconcebible amor propio, sabiendo muy bien que Ruperto se desprendería gustoso de toda su fortuna, si le dijeras que te hacía falta.

¡Ah! demasiado lo sabía María Luisa y el recordarlo le causaba profunda pena. Pero ¿qué le pasaba á Guillermo? ¿Se habría derrumbado su ídolo, rompiéndose en mil pedazos? ¿Sería fingimiento el amor de su marido ó trataba éste de probar sus sentimientos? Pero en este último caso ¿cómo se había atrevido á proferir tan crueles palabras? ¡Ganar el corazón de la mujer amada por Ruperto, y

después invocar este mismo amor para procurarse dinero! ¡Ah, no! ¡No cabía tal bajeza en el proceder de hombre alguno!

El capitán, entretanto, se había recostado en el sofá y María Luisa, llegando dulcemente hasta él, se arrodilló á su lado enlazando los brazos alrededor de su cuello.

—¡Ah, Guillermo! exclamó: tú no quisiste decir eso; sé que no quisiste decirlo. Confiesa que intentaste bromear conmigo ó incomodarme un poco, lo que quieras; porque no puedes permitir que vaya á pedir dinero á Ruperto.

Por un momento la vergüenza impidió al capitán contestar, mas espoleado por la perspectiva de la miseria, exclamó tomando nuevo aliento.

—Sí, María Luisa, no tengo ningún inconveniente; pero ¿qué importancia das á lo que no la tiene? Los amigos se prestan siempre dinero unos á otros.

María Luisa iba aflojando los brazos, tal vez para no volver á estrechar con ellos á su Guillermo, con arrebatos de amor sincero.

—Hazte cargo de las cosas, dijo con voz débil. Ruperto me amaba y quería casarse conmigo.

—Razón de más para no negarse á contri-

buir á salvarte, replicó el capitán; cuenta con él, María Luisa, que te querrá ver siempre feliz.

¡Ah! Demasiado sabía ella lo que acababa de afirmar su marido.

—Escribe mañana, insistió éste y verás cómo Ruperto te manda el dinero enseguida.

Los ojos de María Luisa estaban clavados en los del capitán, con tal intensidad de expresión, que daba lástima verla. En aquel momento hubiera sacrificado su vida, sólo por oir de su boca que lo que había dicho no era con intención de que ella lo hiciese. Su noble y bravo Guillermo, *su héroe*; ¿cómo podía formular una exigencia como aquélla?

—No me mires de ese modo, exclamó el capitán con impaciencia. Las mujeres son muy amantes de hablar de sacrificios, pero no de hacerlos.

—Guillermo, dijo María Luisa con respiración fatigosa y juntando sus manos en actitud suplicante; no me obligues á tánto, por mi amor te lo ruego; sabes cuanto te amo, pero lo que me pides ahora es superior á mis fuerzas. ¡Por Dios no me obligues á hacerlo!

—¡Lo harás! exclamó el capitán con rudeza. No quiero verme arruinado por causa de un sentimentalismo ridículo.

Como movida por un resorte, María Luisa se levantó y dió dos pasos hacia atrás; luego miró á su alrededor y clavando después la vista en su marido, se apoyó en la chimenea quedando inmóvil como una estátua.

—¿Cuanto tiempo hace que debes esta cantidad? preguntó fríamente.

—Más de dos años, contestó el capitán con impaciencia; ¿á qué viene esa pregunta?

—Y ¿cómo la habrías pagado si no te hubieses casado conmigo?

—Casándome con una mujer que tuviese un poco más de dinero á mi disposición, contestó el capitán brutalmente.

María Luisa conservaba su profundo aire de tristeza, luchando por sobreponerse á la angustiosa desesperación que trataba de dominarla.

—¿Por qué te casaste conmigo, Guillermo? Dime la verdad, exclamó.

—Por tu dinero, contestó él; y á fe que buen chasco me he llevado.

—¿Y nunca me amaste? insistió María Luisa.

—En cuestión de mujeres los hombres se preocupan muy poco de lo que se refiere al sentimiento. Pero ¿qué más? me hiciste una pregunta llana y sencilla y allá va la respuesta,

por vía de repetición: " Me casé contigo por tu dinero."

El capitán observó que un fuerte estremecimiento sacudía á María Luisa; después le vió levantar los brazos, como para implorar al cielo, y dejarlos caer inertes, al tiempo de desplomarse al suelo, donde quedó á sus pies, boca abajo, sin dejar escapar un solo grito ni una sola palabra de queja; su corazón estaba quebrantado y aquella caída había sido imponente y silenciosa como la muerte.

Al verla así, el capitán Arimón se justificaba diciéndose que no era su intención llegar á aquel extremo, pero que ella lo había provocado; aunque por otra parte, como tarde ó temprano estaría obligado á revelarle la verdad, no había para qué preocuparse. Con toda calma se levantó del sofá y permaneció en pie al lado de María Luisa unos segundos: el cabello dorado de ésta, la blanca y rígida faz, el vestido de terciopelo azul, todo yacía en confusa masa. El capitán levantó en brazos aquella flor marchita y pisoteada, murmurando entre dientes sordas imprecaciones contra la ligereza y la indiscreción de las mujeres.

Ni una sola vez la besó, ni intentó siquiera separar con cuidadoso esmero las doradas hebras de enmarañado pelo que cubrían su ros-

tro. Sentándola en un sillón permaneció á su lado aguardando con impaciencia el desenlace de aquella escena, hasta que los cerrados párpados de María Luisa empezaron á entreabrirse y un quejido débil y prolongado le anunció que ésta volvía en sí.

CAPÍTULO XIX

ACCIÓN INFAME

—Ven acá, María Luisa, dijo el capitán Arimón con más amabilidad; cálmate y no exageres las cosas; las mujeres siempre están dispuestas á promover escenas sentimentales: no pienses más en lo que he dicho, pero ha sido porque tú me has hecho incomodar.

Ella se apartó de su lado sin contestar una palabra.

—Naturalmente, te quiero, continuó el capitán; ya lo sabes, pero á medida que vayas teniendo años irás comprendiendo que el amor no es la primera cosa en el mundo, y que después de todo no es más que un pasatiempo para cuando no se tiene nada que hacer. Los hombres no podemos tampoco pensar tanto en el amor como las mujeres, pues tenemos la imaginación ocupada en nuestros negocios. Olvídalo, pues, todo y disponte á escribir á Ruperto: ¿verdad que lo harás, María Luisa?

—No; contestó ella en tono que no admitía réplica; antes me cortaré la mano derecha.

—Puedo obligarte á ello, dijo él con vehemencia, cambiando de sistema para hacer presión en la voluntad de su mujer.

—No; insistió María Luisa, resuelta. Eres más fuerte que yo y puedes matarme, pero no tienes poder suficiente sobre mí para obligarme á cometer un acto de bajeza.

El capitán Arimón comprendió que lucharía en balde y que si bien podía emplear con ventaja toda su fuerza material sobre ella, que era al fin mujer débil é indefensa, era impotente para doblegar su alma grande y noble, á sus deseos.

—¡Veremos! fué lo único que se le ocurrió contestar, y sin átomo de compasión para aquel espíritu abatido, salió á la calle cerrando tras si la puerta con estrépito y dejando á María Luisa entregada á su espantosa soledad y á sus amargas lágrimas.

¿Te has encontrado, lectora, alguna vez en un caso semejante? ¿Has sentido, en horas de agonía, la tortura de ver caer del pedestal construído en tu imaginación, el ídolo de oro de tu primer amor, y al chocar contra la tierra deshacerse en mil pedazos de arcilla impura?

¿Recuerdas las horas en que el amor ultrajado, el legítimo orgullo, la pena, el remordimiento y la desesperación reñían tan ruda batalla en tu pecho que la muerte hubiera sido mil veces más preferible?

¿Quién hubiera reconocido en María Luisa la mimada del caballero Moceli, cuando se levantó del sillón en donde la colocaron los brazos de un hombre que no sentía por ella amor, sino desprecio? ¡Con qué decaimiento iba y venía por el cuarto exclamando que había llegado la hora de purgar su pecado! ¡Cómo se golpeaba la frente y el pecho, airada contra sí misma, llamando á la muerte! Al encontrarse rendida por el peso de tantas emociones, le flaquearon las piernas y cayó al suelo, humillando hasta el polvo la dorada cabellera venerada por Ruperto; así, pasó las mortales horas de la noche, hasta que los tibios rayos del sol de invierno penetraron discretamente á través de los cristales para infundir calor y vida en aquel débil cuerpo.

Era María Luisa una niña cuando el capitán la vió por primera vez; niña era cuando se fugó con él de su casa y continuaba aún con el sello de la niñez impreso en ella, pues aunque le había alcanzado ya la herencia del sufrimiento en el que se forma el corazón de la mu-

jer, el tiempo había sido impotente para borrar el innato candor infantil de su alma.

Con la luz del día se levantó, encontrándose frente á frente con su desesperación; vió su porvenir desplegarse á su vista con los más negros colores de la realidad; su amor en el fango; su ídolo destronado; el pretendido héroe admirado por ella convertido en el más bajo y vulgar de los hombres, con la mancha de las pasiones lujuriosas é incapaz de rehabilitarse. Entonces comprendió cuán injusta había sido despreciando al ser que tan noblemente le ofreció su corazón sin preocuparse del oro, y no lloró más porque el dolor sufrido por el desengaño era demasiado profundo para desatarse en lágrimas. La idea de abandonar á su marido y volar á su casa en donde la recibirían con los brazos abiertos, como al hijo pródigo, cruzó su mente como un relámpago, pero sintiéndose dominaba por la vergüenza y el amor propio, renunció á ella, disponiéndose á arrastrar su destino tras del que se había afanado ciegamente y del que sólo la muerte podía libertarla.

Su perdida felicidad no le arrancaba una queja ni una lágrima, como hubiera sucedido seis meses antes, porque había aprendido gradualmente la dura lección de la vida, y empe-

zaba á comprender el significado de las palabras tristeza y dolor, que en otro tiempo eran ideas vagas para ella. Estaba aturdida como aquél que deja á su bien amado entre protestas de cariño y proyectos de futura dicha, y una hora después recibe la noticia de su muerte.

Su resolución era irrevocable; desde aquel momento en adelante, ni súplicas ni amenazas le obligarían á escribir al caballero ni á Ruperto para pedir dinero, y con esta idea, reunió todas sus joyas (algunas de ellas de inestimable valor), con cuyo producto pensaba que Guillermo podría pagar su deuda, por valer, según sus cálculos, mucho más de lo que éste necesitaba.

Cuando después de tres días de ausencia, el capitán volvió á su casa, María Luisa le entregó un paquete, diciéndole sencillamente:

—Aquí están mis joyas, Guillermo; véndelas y recoge tu pagaré.

Él se sonrió, dejándolas con desdén sobre la mesa, pues no entraba en sus cálculos el satisfacer sus deudas con algo que le perteneciese; tal modo de proceder hubiera honrado demasiado al capitán Arimón.

Éste no insistió ya más para que María Luisa escribiese á Ruperto, y con gran sorpresa empezó á notar en ella ciertas particulari-

dades de carácter que no podía comprender. Con toda intención, le había prohibido salir de casa, esperando que contestaría con recriminaciones ó con lágrimas, pero lejos de ésto, María Luisa no dió la menor señal de disgusto, lo que no dejó de ser un gran alivio para él que soñaba en su omnímoda libertad y ni siquiera se preocupó de indagar por qué milagro el fogoso temperamento de María Luisa se había trocado en las más tranquila de las actitudes, contestando fríamente á sus indispensables saludos de llegada y despedida y sin demostrar deseos de poner término á aquella situación insostenible.

Á medida que los días iban pasando se acentuaba más y más el cambio operado en el ánimo de María Luisa: el fuego de aquella naturaleza impetuosa parecía haberse extinguido totalmente; ya no ansiaba las caricias de su marido ni intentaba reclinar la cabeza en su hombro; todos sus infantiles arrebatos habían muerto, cediendo su lugar á la calma reflexiva y juiciosa. Falso y vil como era el capitán, llegó á echar de menos las expansivas manifestaciones de su mujer y hasta llegó á intentar atraer con palabras cariñosas una sonrisa á sus labios, pero todo esfuerzo era en vano: con más facilidad hubiera infundido un hálito de

vida en un cuerpo cadavérico, antes que hacer latir con amoroso impulso el sensible corazón tan cruelmente martirizado.

Es una triste historia para ser contada, pero harto frecuente por desgracia: el capitán Arimón iba perdiendo terreno todos los días, rodando hacia la miseria con el compromiso de nuevas deudas, siempre confiado en que el caballero con el tiempo se ablandaría. Pero el desdichado caso antes previsto llegó y al vencimiento del pagaré, no teniendo fondos con que satisfacerlo, se vió obligado á acudir al último recurso, que era el de vender su empleo de capitán. Con el producto de la venta pagó aquélla y otras deudas apremiantes; pero como le quedó aún un poco que malgastar, lo destinó á divertirse, siempre en la seguridad de que cuando el caballero Moceli viese á su hija en un estado de verdadera penuria, les ayudaría. Durante tres meses vivió derrochando el dinero y al verlo María Luisa, poco al corriente de los negocios de su marido, creyó que sus tribulaciones habían terminado; cierto que las de ella aumentaban, mas para su desgracia, había aprendido ya á sobrellevarlas: al volver la vista atrás, le parecía que su vida de soltera era un sueño, porque ¿era posible que hubiese existido una época de su

vida en que fué feliz, libre de todo cuidado? ¿había sido realmente la niña mimada de su padre y su hermana, que hubieran dado la sangre de sus venas por una sonrisa de sus labios?

¡Ahora no era ya la niña mimada! El capitán Arimón, á medida que notaba que el dinero se le iba de las manos, sin apercibirse de ello, se ponía de mal humor, se mostraba impaciente y tenía raptos violentos, permaneciendo en casa más de lo acostumbrado, pues se complacía en contemplar el rostro de su mujer, como si aquellos rasgos amigos le tranquilizasen algún tanto. Los oficiales de su regimiento le mostraban el poco afecto que le tenían, mirándolo con desprecio; aun sus compañeros de juego empezaban á tratarlo con cierto recelo, al conocer que se le iban acabando los recursos, y el capitán sabía muy bien que con el último céntimo desaparecería su mejor amigo.

¡Quién dijera á María Luisa que aquel mundo era el mismo que empezó á habitar un año hacía! ¿Era aquel hombre tétrico y taciturno, que raras veces hablaba sin jurar, el militar galante y cariñoso que tan afable se había mostrado con ella á la sombra de los árboles de los bosques de Mendoza? Toda expresión

agradable había muerto en sus labios, pues al ver frustradas sus esperanzas, la aborrecía por el desengaño sufrido; le hablaba con rudeza y la tenía por una carga pesada que le acarreaba un nuevo gasto. Sin embargo, no hubiera permitido que se marchase de su lado. Una vez que ella le pidió dinero para comprar algo que le hacía falta, empezó á dirigirle imprecaciones quejándose de lo mucho que le costaba el mantenerla y María Luisa, que nunca había oído frases de aquella naturaleza, se puso á temblar de miedo y le preguntó si quería que se fuese con su padre.

Pero á él le convenía tenerla sujeta: pensaba que era imposible que el caballero persistiese en no ayudarla y aun de no hacerlo, no podía vivir muchos años, en cuyo caso María Luisa partiría con Irene la herencia, que él aplicaría á sus usos particulares.

Un día entró bruscamente en su cuarto, en donde ella se encontraba arrastrando perezosamente las interminables horas de su dolor, y sin preámbulos de ninguna especie le dijo que el momento de la crisis había llegado ya, pues estaban arruinados: todo su capital consistía en unos cuantos pesos, que tenía prestados á varios amigos, sin esperanza de recobrarlos, y por consiguiente, era preciso abandonar la

quinta y alquilar un pequeño piso en cualquier parte de la ciudad, donde el alquiler fuese más barato. Sacando de su bolsillo la poca plata que le quedaba, le preguntó si quería por fin escribir á Ruperto.

Tan desesperado estaba y en tono tan violento se lo dijo, que el corazón de María Luisa se sintió sobrecogido de inexplicable temor: temblaba al pensar que debía negarse y su resolución era terminante en este sentido.

—¿Vas á escribir ó no? preguntó el capitán con aspereza. Dentro de un par de días no tendremos qué comer y el dinero que saqué de mi empleo, quien sabe donde para. Di; ¿quieres escribir de una vez?

—No puedo Guillermo, contestó María Luisa con frialdad, levantando su rostro pálido y resignado hacia él.

Esta contestación le encolerizó tanto, que ya fuera de sí levantó la mano . . . para dejarla caer en la mejilla de María Luisa, donde quedaron marcados los dedos con rojizas huellas. ¡Acababa de profanar aquella faz que su padre besaba con ternura, y cuya imagen guardaba Ruperto en su corazón como una reliquia! Ni un solo grito de dolor, ni una queja, ni tan sólo una lágrima se escapó de los ojos de María Luisa, que se cubrieron con un velo som-

brío al recibir el golpe; sólo se dijo una vez más, que Dios la castigaba y que tenía que llevar la cruz de sus faltas.

El capitán Arimón, sintiéndose avergonzado al darse cuenta de lo que acababa de hacer, murmuró entre dientes algunas frases de excusa, pero María Luisa clavó en él una terrible mirada llena de dignidad y de desesperación, que penetró como un dardo en su alma.

Al cabo de una semana dejaron la linda quinta para ir á ocupar un pequeño y obscuro piso en Pentón. Allí, por la primera vez de su vida pudo María Luisa comprobar la realidad en su aspecto más horrible; allí aprendió lo que era necesitar dinero y no tenerlo; padecer hambre y no encontrar lo suficiente para comer, encontrarse débil, enferma y fatigada y no poder entregarse al descanso; ser importunada por mozalbetes é insultada sin razón ni motivo; temblar al oir la voz del casero; y cuando la situación llegó á su más desastroso período, verse obligada ella, la niña mimada del caballero del Castillo de Mendoza á salir de noche á través de las heladas y obscuras callejuelas para buscar en donde, por un precio insignificante, pudiese comprar algo con que cubrir su cuerpo, aterido por el frío, antes que un pedazo de pan. . . .

Todo lo habría sufrido María Luisa, con la sonrisa en los labios, si hubiese podido amar al capitán como antes; pero su desventura no podía encontrar ya consuelo en el amor. En su solitaria y obscura peregrinación á través de sus crueles desdichas, jamás un rayo de luz mitigaría sus pasos ni escucharía el sonido de una voz cariñosa.

Por fin, un día el capitán Arimón, que estaba consumido por el vicio, y cuyo carácter se había hecho intratable, se presentó delante de ella y le dijo rudamente que había decidido marcharse de Inglaterra, sin que María Luisa preguntase el por qué ni lo supiese jamás tampoco. Le pidió con altanería las joyas que en otra ocasión había rechazado con desprecio, y que ella guardó previendo un caso como el presente.

—Con el precio de ellas pagaremos el pasaje para Australia, dijo el capitán.

—¿Tengo que ir contigo? preguntó María Luisa, temblando.

—¡Pues es claro! rugió el primero. Ya que me ayudaste á arruinarme debes ayudarme á trabajar. Con que lo mejor que puedes hacer es preparar tus cosas, pues dentro de cinco días nos embarcaremos.

Desesperada María Luisa, escribió una

carta á su padre y su hermana en la cual manifestaba que había perdido todo su valor y que en sus ojos contristados ya no quedaba una sola lágrima para llorar. El caballero contestó diciendo que la perdonaba y que antes de embarcarse le enviaba su bendición, que la acompañaría á través de los mares, pero que con gran pesar de su alma no podía romper su juramento. La carta de Irene fué como un bálsamo para su angustiado corazón, pues estaba concebida en los más expresivos y cariñosos términos, y contenía además un cheque de 250 pesos que había ahorrado poco á poco para la hermana que tanto quería.

Al ver el cheque, el capitán, dando un profundo suspiro de satisfacción, se arrojó sobre ella, arrebatándoselo de las manos con avidez; y pensando que todo lo pasado no había sido más que una nube de verano y que el firmamento volvía á despejarse para él, con aquel dinero tuvo para divertirse dos días más, regalando á la Sta. Coralie un hermoso anillo de diamantes y turquesas y además, multitud de ramos de flores, sin fijarse, hasta que estuvieron á bordo, en que su mujer llevaba un calzado no muy decente.

Así dejaron á Inglaterra, para lanzarse en pos de la suerte á un mundo desconocido para

ellos. En el alma de María Luisa había muerto toda remota esperanza de futura felicidad, y veía desplegarse ante su vista una larga serie de años pasados en la pena y en medio de las más espantosas privaciones; pero su corazón juvenil se había fortalecido en la lucha, y en sus horas de agonía veía compensados en parte sus dolores, dejando balancear su imaginación en el recuerdo de su tranquilo hogar de Mendoza, " en donde los malvados no encuentran asilo, y en donde el alma, fatigada y soñolienta se adormece en el más dulce reposo."

CAPÍTULO XX

EL AMOR DE RUPERTO

Diez y seis meses habían transcurrido desde que María Luisa abandonó su casa dejando el pesar y la desolación tras de sí, y en el castillo nada había cambiado; el caballero iba diariamente á recorrer sus propiedades, según su inveterada costumbre, é Irene se entregaba á la rutina de sus quehaceres domésticos. Nada había cambiado, y sin embargo una negra nube obscurecía el cielo de Mendoza y cuanto allí se encontraba.

En sus paseos por las granjas y tierras de labor, el caballero no hablaba ya á sus colonos ó arrendatarios con la sonrisa que era en él característica; su cabeza gris se inclinaba bajo el peso de su desgracia, y al levantar los ojos cualquiera podía leer en ellos las señales de una ansiedad constante y roedora. Desde que no veía á María Luisa no había conocido un momento de felicidad, pues la imagen arrogante

y hermosa de la mimada de su corazón, cuya dorada cabeza acostumbraba á posarse cariñosamente sobre su pecho, le acompañaba á todas horas del día, y de noche sentía en sueños la presión de sus tiernos brazos y la frescura de sus labios en la frente, despertándose sobresaltado para hallarse con la más desconsoladora realidad.

Todos respetaban su dolor, evitando preguntas que pudiesen parecer indiscretas; sabían lo mucho que el caballero amaba aquella hija cuya desaparición lamentaban cuantos tuvieron la suerte de tratarla, y conocían la causa de las profundas líneas que surcaban su frente y sus mejillas y por qué se había vuelto taciturno y nunca se sonreía. Más tarde, al volver sobre su pasado, nunca pudo él comprender cómo había transcurrido esta parte de su vida; cómo pasaron los radiantes días del verano y las interminables horas del invierno; cómo pudo sobrellevar tantas horas de silencio, de ansiedad y de incertidumbre.

Existía una persona á la cual el señor de Moceli nunca perdonó y era la Sra. de Marsal; los dos tuvieron una tempestuosa entrevista, que acabó con un rompimiento entre ambos, y desde entonces aquél nunca más quiso ni siquiera oir pronunciar su nombre.

Durante el altercado le había dirigido los más acerbos reproches, calificando su conducta de supina negligencia por haber admitido en su casa un hombre como el capitán Arimón, sin preocuparse para nada de pedir informes acerca de sus antecedentes. En vano la Sra. de Marsal se excusaba diciendo que lo había conocido en casa de su hermano, en donde todos parecían tenerlo en buen concepto, tanto que había corrido el rumor de que estaba comprometido para casarse con Elena de Peralta, hija de los duques de Severín; al caballero Moceli no le convencían estas razones, arguyendo que ella era madre al fin, con hijas por quien velar y que había cometido un grave é imperdonable error al abrir á aquel hombre las puertas de su casa; le echó en cara que ella era la causa de la desgracia de su hija, la que toda su vida maldeciría el nombre de Lenobal, y que con toda su experiencia se hubiese dejado deslumbrar por la apostura y los modales desenvueltos de un hombre perteneciente á la sociedad mas abyecta y degradada.

¡Dura lección que nunca más olvidó la Sra. de Marsal y que pareció haberle aprovechado, á juzgar por la prudencia que desde aquel día rigió en todos sus actos! Nadie sentía más que ella misma el triste sino de la hija

mimada del caballero y hubo de confesar después que había cometido una gran ligereza en admitir en sus salones al capitán Arimón, sin informarse de su conducta, pues de haberlo hecho hubiera descubierto que había decaído en mucho del concepto en que todos sus amigos lo tenían. Hubiera sabido que la misma Elena de Peralta, por ejemplo, lejos de corresponderle, siempre se había mostrado esquiva con él, rehusando sus atenciones con dignidad, y que á su propio ruego el duque le había prohibido la entrada en su casa. La Sra. Marsal había oído el primero de estos rumores y no se preocupó de averiguar qué era lo que había de cierto.

Tal vez aquél en quien se notó más el cambio que trajo consigo la fuga de María Luisa, fué Ruperto; su juventud parecía haberse extinguido en él y se había vuelto cabizbajo y triste, sin comunicar su pena á nadie, ni aún al caballero, como si la desgracia de que eran víctimas fuese un secreto entre ambos; pero éste penetraba los sentimientos de aquél con tanta claridad que adivinaba sus sufrimientos lo mismo que si se los revelase.

Ruperto pasaba la mayor parte del tiempo en el castillo, en donde era muy bien recibido por el caballero, que apreciaba en mucho sus

visitas, por su ameno trato y su carácter franco y abierto, llegando á tratarlo y á quererlo como si fuese un hijo suyo. También Amparo pasaba largas temporadas en el castillo, alternando con las visitas á su tía, y á pesar de que participaba también del sentimiento de todos, esta vez no podía menos de concebir la esperanza de que Ruperto buscaría en su amor la compensación al desengaño que acababa de sufrir.

Jamás pudieron olvidar aquella mañana en que recibieron la carta de María Luisa, que sin expresar de una manera evidente la más insignificante queja, pues era harto esclava de su deber para proferir una sola palabra contra su marido, por mucho que éste hiciese, su desesperación se revelaba en cada línea, en las apasionadas frases de perdón, en las invocaciones al seno del hogar y las dulzuras del amor, en las desgarradoras palabras de despedida; era una carta que reflejaba tan á lo vivo el angustioso estado de ánimo de la juventud indefensa, que no podía leerse sin sentir los ojos humedecidos por las lágrimas.

Ruperto estaba en el castillo cuando se recibió la carta, que abrió el caballero con mano temblorosa, dándosela después á leer.

—¡Maldito canalla! exclamó el señor de Moceli. Tan cierto estoy como que vivo que

ese villano la maltraba. Una mujer que es sólo medianamente feliz al lado de su marido, no escribe como ella lo hace.

—Si yo supiese que eso era verdad, exclamó Ruperto, lo seguiría hasta el fin del mundo para darle de latigazos como á un perro! Si él la ama y la hace feliz, que Dios bendiga á María Luisa por su elección, pero si no, juro que he de vengarla.

—Nunca sabremos la verdad, Ruperto, dijo el caballero tristemente; se ha marchado muy lejos ¡y es tan joven y tierna la pobrecilla! ¡Ya no la veré nunca más, nunca más en mi vida!

Todos trataban de tranquilizarlo. Pero aquella carta torturaba el corazón de Ruperto y era como el grito de un indefenso pájaro herido en su jaula que reclamaba su auxilio; así, pues, sin decir nada al caballero se fué á Liverpool con la esperanza de poder encontrar aún al capitán y á María Luisa, pero el vapor había partido antes de que él tuviese tiempo de llegar á la ciudad.

Cuatro años pasaron y durante este tiempo recibían frecuentes noticias de ella. Decía que vivía sola en el pequeño pueblo de Vitana, cerca de unas minas de oro donde su marido había encontrado trabajo. Sola no; porque de vez en cuando *él* iba á verla para interesarse

por su salud. ¡Sabe Dios cuán falso era lo último y que María Luisa sólo lo decía para tranquilizar á su padre y á su hermana! Estos contestaban sus cartas con dulces y cariñosas frases y las más acendradas protestas de amor, enviándole lindas fotografías de la casa en donde tánto se le encontraba á faltar, sin mencionar una sola vez el nombre del capitán Arimón.

Irene hizo más; le envió un gran baúl lleno de vestidos, te, calzado, conservas alimenticias, libros, todo un conjunto de los más curiosos objetos, en cuya colocación intervino también Ruperto. Á tiempo llegó este cariñoso presente, pues María Luisa se moría casi de hambre y de frío.

Cuatro años habían transcurrido y Amparo Lara, al mirar aquel rostro que adoraba, se preguntó si había llegado ya la hora de ver premiados sus afanes. Estaba en el apogeo de su espléndida belleza y era rica é instruída: ¿por qué no podía lograr que Ruperto le hiciese caso? ¿Se disponía él tal vez á emplear toda una vida de duelo por la loca muchacha que lo había abandonado por un hombre como el capitán Arimón? ¡Ah, no! seguramente, Ruperto habría variado de modo de pensar.

Amparo era buena, ingénua, modesta, y

estaba tan locamente enamorada de Ruperto, que no había artificio que no intentase para conquistarlo: á todas horas procuraba encontrarse con él, pues si iba al despacho á leer ó escribir, allí estaba ella; si vagaba por los jardines pensando en su adorada fugitiva, por una coincidencia singular, estaba seguro de que Amparo le saldría al paso con algo nuevo é interesante que contarle, y al notar que su interés decaía, conducía hábilmente la conversación al tema de María Luisa, para ganarlo nuevamente.

Amparo lo quería con amor profundo y sincero y se admiraba de que Ruperto, reuniendo tan bellas cualidades, hubiese podido hacer caso de una muchacha antojadiza como María Luisa, que había sido capaz de despreciarlo por el rubio militar, cuya sola recomendación eran los atractivos físicos. ¿Aprendería á comprenderla á ella, que estaba dispuesta á entregarle su corazón y su vida? Parecía que no. Cuatro años habían pasado desde que María Luisa estaba ausente y nada revelaba en Ruperto el más pequeño interés por Amparo; su rostro tenía la misma gravedad de antes y una sombra de tristeza cubría aún sus profundos ojos.

Una tarde de fines del mes de Junio, en que la Naturaleza parecía vestirse con sus mejores

galas, Ruperto, dejando al caballero entregado á su acostumbrada siesta se dirigió solo al jardín en busca de su sitio favorito, que era un banco rústico colocado á la sombra de un plátano corpulento. Allí encontró á Amparo, la que al verlo se levantó haciendo ademán de marcharse, pero Ruperto, á quién su presencia le era simpática, le rogó que se quedase: ella no se hizo de rogar y se sentaron los dos en el banco, hasta el que llegaban de distintos puntos las suaves emanaciones de las flores.

Amparo inició la conversación á propósito del libro que estaba leyendo é insensiblemente la fué conduciendo á su objeto.

—Años atrás parecía V. más ambicioso, dijo, y daba á comprender que intentaba grandes empresas, pero ahora toda su energía ha decaído y no parece sino que no tenga V. derecho á aspirar á nada absolutamente. ¿Es que está V. decidido á pasar el resto de su vida (y perdone V. mi curiosidad) llorando sobre las cenizas de un amor muerto?

—Mi amor no ha muerto, contestó él con la más firme y dulce expresión. Mi amor es mi vida, Amparo, y lo conservaré en mi corazón hasta el sepulcro. Pero ¡qué buena es V. al demostrar tanto interés por mi! ¿Cómo podré yo recompensárselo?

Amparo lo miró, dejando transparentar toda su alma en sus ojos.

—¿Nunca le ha preocupado el pensar por qué tomo tanto interés por V.? preguntó anhelosa.

Él la miró sorprendido y notó que sus mejillas enrojecían y temblaban sus labios.

—¿No le ha llamado á V. nunca la atención el que yo, habiendo tenido tantos pretendientes nunca haya hecho caso de ninguno? se atrevió á preguntar de nuevo.

—La verdad, Amparo, no puedo acertar el motivo, contestó Ruperto: ¿cómo es ello?

—Pues es preciso que yo se lo diga á V., amigo mío, ya que ha llegado la oportunidad; es porque estuve esperando y sufriendo con resignación, en la creencia de que llegaría un día . . . yo no sé cómo expresarme . . . un día en que yo sería la llamada á recompensar los sufrimientos de V. y á endulzar las amarguras de su vida.

Por fin, Amparo había desahogado el secreto de su alma; el rubor tiñó aún más sus mejillas y avergonzada ocultó su rostro entre sus manos.

—¡Amparo! exclamó Ruperto angustiado; me confunde V. con sus bondades y no sé cómo expresarle lo que siente mi corazón. V.

no debió extrañar mi indiferencia, pues harto sabía que tenía puestos mis cinco sentidos en la ingrata por la que tanto he sufrido y sufro todavía. . . .

—Lo sé, interrumpió Amparo, pero yo quiero confiarle ahora mi secreto, Ruperto, y es que lo he amado con toda mi vida, y aun ahora, sabiendo lo que pasa por V. recogería gustosa las cenizas de ese amor que es su tormento antes que los más rendidos ofrecimientos de otro alguno.

—¡Oh, Amparo! exclamó Ruperto impresionado en lo más íntimo por aquella sincera declaración, ¡cuánto me halagan y envanecen los generosos sentimientos que V. demuestra! Su amor es digno de hacer feliz á cualquier hombre, pero no está en mi mano el disponer de las cenizas que dejó el mío, pues aunque sé que él es imposible, amo con tanta ó más intensidad que antes y el tiempo no ha hecho más que acrecentar el fuego de mi pasión. Amo á María Luisa de tal modo, Amparo, que su imagen jamás podrá separarse de mí y mi constancia ha de ser tan duradera como mi vida.

CAPÍTULO XXI

TRÁGICO FIN DEL CAPITÁN ARIMÓN

Ruperto se volvió dulcemente hacia la hermosa mujer que estaba sentada á su lado.

—V. siempre fué muy cariñosa conmigo, Amparo, dijo; en todas ocasiones ha procurado alentarme é infundirme alegría y debo estarle inmensamente agradecido, ofreciéndole mi sincera amistad como el único don de que puedo disponer, puesto que mi corazón pertenece á María Luisa.

Amparo palideció como el mármol, y avergonzada, fijó su vista en el suelo.

—Jamás me perdonaré, dijo, el haber revelado mi secreto, que debía haber muerto conmigo.

—Se equivoca V. Amparo, exclamó Ruperto; es patrimonio de nobles corazones hacer protesta de su amor para consuelo del hombre que merece su compasión y V. con sus palabras acaba de hacerme un gran bien, amiga mía. Toda mi vida las conservaré en mi me-

moria como uno de mis más queridos recuerdos, pues para un alma adolorida no hay bálsamo más precioso que un afecto sincero y desinteresado.

Amparo con aire confuso arrancaba nerviosamente las hojas de una rosa que llevaba prendida al pecho.

—Ruperto, dijo; voy á pedirle un favor, y es que trate de olvidar lo que ha pasado entre ambos, como también lo procuraré yo; conozco que he cometido un grave error. Mañana mismo partiré de Mendoza para no volver por algún tiempo. Soy joven y me quedan aún muchos años de vida, pero ¿es posible que V. se resuelva á pasar la suya soñando en un amor irrealizable? Sin querer ofender la memoria de mi querida prima y solo en honor á la verdad, debe confesarse que no lo merece.

—Por Dios, Amparo, dijo Ruperto con amabilidad; V. se apasiona. María Luisa ha sido siempre una niña mimada, con un falso concepto de la vida; creyó en quiméricas ilusiones y la realidad se le ha presentado en su más horrible aspecto; porque aunque ella no lo dice yo sé que sufre, Amparo. Queriéndola como yo la quiero ¿puedo pensar en procurarme la felicidad mientras ella está sufriendo?

—Lo comprendo á V. Ruperto, dijo Amparo; V. tiene un alma noble y no puede concebirse que pueda haber en el mundo otra mujer más amada que María Luisa. Á pesar de lo dicho sepa V. que si yo pudiese protegerla lo haría gustosa. Y ahora, adiós, que tal vez no lo veré á V. hoy más y según creo, se va V. esta tarde de aquí.

Amparo, en señal de despedida, le tendió la mano, que Ruperto estrechó en la suya un momento, mirando aquel hermoso y simpático rostro, como queriendo decir algo más, pero no atreviéndose. En el fondo de su alma lamentaba que Amparo no pudiese ver premiado su amoroso afán y deseaba para ella las mayores venturas posibles.

Cuando se volvió, para encaminarse con breve paso hacia el castillo á través de las fragantes flores, Ruperto se puso á meditar de qué manera se encadenaban los acontecimientos en la vida. En efecto, Amparo le amaba á él, pero él amaba á María Luisa, que á su vez le había dejado por el capitán Arimón, quien, á no dudarlo, amaría á otra, y tan abstraído estaba en estas y otras ideas, que allí permaneció hasta que las estrellas empezaron á brillar y el rocío humedeció las flores. Era un misterio cuya clave estaba oculta detrás de

aquel cielo que resplandecía sobre su cabeza y ante el que todo mortal debía humillar la cerviz.

Otro año más había transcurrido y el sol que resplandecía con sus más vivos destellos sobre Mendoza, esparcía sus rayos sobre las vastos desiertos y los escarpados montes de Australia, donde el hombre jamás había asentado su planta; sobre las preciosas minas de oro que la mirada ávida del explorador había descubierto; sobre el pueblo de Vitana en donde María Luisa se consumía en la tristeza de su vida miserable, como el lindo pajarillo que una mano despiadada arrebata de su jaula de dorados alambres en medio de la luz del sol y las fragantes flores, para encerrarlo en las tinieblas de una cárcel de hierro contra cuyas rejas bate impotente sus débiles alas para volar á través del espacio.

María Luisa se preguntaba con frecuencia si podía existir castigo más grande que el suyo y si jamás la penitencia había seguido de un modo tan inmediato al pecado cometido. En su marido, convertido en hombre grosero y vicioso, cuya diversión consistía en atormentar todos los días aquella víctima inocente, habían desaparecido todos los rasgos del arrogante militar que á la sombra de los bosques

de Mendoza le había jurado amor eterno. María Luisa, que no lo veía más que de tarde en tarde, pues el capitán pasaba la mayor parte del tiempo en las minas, temblaba por los días que le aguardaban; en efecto; si prosperaba en su empresa pronto gastaría su dinero, pero en cambio ¿cuál sería su proceder si por desgracia viese que sus esfuerzos habían resultado inútiles?

Después de una tentativa feliz volvía á su casa con la alegría del triunfo, siguiéndose unos días de disipación que constituían la tortura más cruel para María Luisa, al ver su casa invadida por los disolutos compañeros de su marido, que se entregaban á la bebida y al juego pronunciando las palabras más groseras: la desventurada esposa se veía obligada á buscar refugio en su cuarto, en donde se encerraba para evitar la vista de aquellas repugnantes escenas que la herían en lo más profundo de su dignidad. Ella, que nunca había oído una blasfemia y no conocía la inmoralidad más que de nombre, tenía que presenciar los más repugnantes espectáculos que hubieran hecho ruborizar á la mujer más despreocupada; pero en medio de aquella corrompida sociedad, parecía que los ángeles la velaban, manteniéndola pura y sin mancha, sin que el más ligero contagio

empañase la virtud de aquella criatura virginal, ante cuya presencia los malignos espíritus huían amedrentados.

El capitán Arimón se engreía con las visitas de sus amigos é intentaba hacer participar á María Luisa de su alegría, proponiéndole estar presente en sus francachelas. Tenía la pretensión de presentarla á sus livianos compañeros y decirles delante de ella que era la hija del caballero Moceli, y que se había escapado con él de su casa.

—Un buen partido, decía en tono de mofa; un buen partido, caballeros, pero con la bolsa vacía.

Parece increíble, y diríase que se exageraba la nota si se intentase pintar la rápida pendiente que conduce al camino de perdición; el capitán lo había ya recorrido y estaba en el fondo del precipicio; pues no habiendo poseído nunca delicada sensibilidad ó sólidos principios de educación, siendo la que él tenía resultado del continuo roce con la buena sociedad, al encontrarse en su medio ambiente, libre de las trabas de la etiqueta su ruin naturaleza, se complacía en revolcarse por el lodo de los vicios más abyectos, sin que fuera para él freno bastante la amante compañía de la mujer convertida por él en una mártir.

Cuando volvía de su trabajo, descorazonado, descargaba su mal humor en María Luisa maltratándola y maldiciendo una vez más el destino á que lo había reducido una mujer que no tenía un céntimo, por cuyo motivo decía que se veía en situación tan apurada; hablaba mal del caballero Moceli y de Irene, suponiéndolos muy satisfechos al pensar que María Luisa no tenía qué comer y hacía burla de ella hasta que la infeliz casi perdía la razón, martirizada por tan punzantes frases. Y no era esto lo peor; aquel verdugo, no contento con atormentarla de palabra, llegaba á pegarle, escogiendo deliberadamente para hacerlo los momentos en que estaba beodo y fuera de sí, cogiéndola por el brazo con tanta fuerza que dejaba impresa en él la marca de sus férreos dedos, por muchos días.

—Había olvidado advertirte una cosa, le dijo una vez; por muy aburrida que te veas nunca tendrás un motivo para obtener el divorcio. Yo ya sé que tus parientes lo quisieran, pero no esperes lograrlo.

—Ni lo intentaré, contestó María Luisa con dignidad; los Moceli sabemos cumplir nuestros compromisos; á los que Dios ha juntado para siempre, ningún poder humano puede separarlos.

Y al pronunciar estas palabras sentía en la conciencia su terrible significado; ¿había podido Dios bendecir la unión de aquellos dos seres, Él, que manda á los hijos obedecer á sus padres y prohibe que cada uno se forme un ídolo á su antojo, desobedeciendo su santa Ley? Sentíase culpable de dos graves faltas; la de desobediencia á su padre, que había sacrificado su vida por ella, y la de haber concentrado toda su fe y su adoración en el hombre que, visto tal como era, había resultado el más falso, el más indigno y el más vil de los mortales.

María Luisa tenía siempre los brazos llenos de cardenales y la faz lívida y abotagada por el llanto; muchas noches hundía su cabeza en la almohada para llorar hasta que amanecía, con tan angustiosa desesperación que no hay palabras con que describirla, pero nunca derramaba una lágrima delante de su marido, sabiendo que eso podría excitar su cólera. ¡Qué lecciones tan elocuentes aprendió durante aquel tiempo! Después de algunos años se vió obligada á confesar que el castigo había sido terrible, pero necesario, pues convirtió la niña ligera é irreflexiva en mujer resignada y juiciosa.

Las personas que la rodeaban la trataban

con respeto y simpatía, adivinando en ella un origen superior y leyendo una triste y extraña historia en cada rasgo de su fisonomía.

De día en día la miseria iba imprimiéndose más y más en los rasgos de su cara. Guillermo, de sentimientos tan egoístas, no preocupándose de lo que podía hacer falta á su mujer, se marchaba con frecuencia dejándole apenas lo necesario para comprar los más indispensables alimentos mientras estuviese ausente. Así fué cómo María Luisa empezó á pensar en trabajar para ayudar á mantenerse, y se dedicó á la confección de artículos de fantasía y á la enseñanza del piano y del dibujo; ¡ella, que en su infancia había sido tan rebelde á la voz de sus profesores con su carácter caprichoso y obstinado, no queriendo aprender más que lo que era de su gusto, ahora se consideraba muy feliz al encontrar alumnos que quisiesen tomar sus lecciones!

Gracias á este constante trabajo logró dominar en gran parte sus penas, disfrutando de un relativo bienestar en medio de las batallas que libraba para procurarse el sustento, sin que por esto disminuyesen las persecuciones del capitán Arimón, que continuaba prodigando sus vergonzosas befas é insultos. De esta manera María Luisa aprendió la elocuente lección

contenida en estas palabras: "Vivir con ánimo y sufrir con valor."

Las cartas de Inglaterra conteniendo cariñosas frases de Irene y de Ruperto, con las no menos amantes de su padre, eran los únicos rayos de sol que iluminaban aquella vida tenebrosa. Pero hubo un día en que pareció que sus penas iban á tener fin y en que la nube que cubría el cielo de María Luisa resplandeció en plateado jirón.

María Luisa, la hija espiritual de una raza de alma grande, no pertenecía á la clase de mujeres que sufren los ataques de su marido sin que su cariño disminuya para nada; no podía amar al hombre que había puesto cobardemente la mano sobre ella, pues repugnaba á su naturaleza todo sentimiento vil y rastrero; por eso, cuando la falsa vestidura con que se engalanaba el capitán Arimón desapareció para presentarlo tal como era, todo su amor murió en su corazón, tan por completo, que nada pudo hacerlo renacer; pero como buena esposa que era ocultaba sus faltas y su villanía, sin osar desplegar jamás los labios para pronunciar una frase en contra de su marido. ¡Nadie más que su Creador y aquéllos que la querían tanto, conocían el secreto que consumía su existencia!

Una mañana, después de ocho días conse-

cutivos que Guillermo había estado en su casa, tal vez los más tristes en la agitada vida de María Luisa, le dijo que iba á marcharse fuera del país, formando parte de una expedición, para no volver probablemente durante algunos meses, y que le acompañaban sus camaradas Jaime Teral y Francisco Navirol, que María Luisa conocía bien por haberlos llevado el capitán muchas veces á su casa.

Muy pocos días después partió, y en el momento de despedirse se le acercó María Luisa levantando su paciente rostro hacia él, mientras rogaba á Dios que lo volviese sano y salvo á su casa. Después recordaba con satisfacción el beso que él le diera, lo que no había hecho en muchos años, con algo del cariño del galante Guillermo de antes, infundiéndole alegría para entregarse á su trabajo y aunque sin esperanza de ninguna clase, pues ésta había muerto en su corazón, pensando que tal vez llegaría un día en que la vida fuese más soportable para ella que al presente.

Habían transcurrido muchas semanas sin que María Luisa tuviese noticia alguna de su marido, cuando una mañana que estaba entregada al trabajo, pensando en su nido de Mendoza y en las horas felices de su infancia pasadas en medio de las comodidades, le distraje-

ron de sus meditaciones unos golpes dados discretamente á la puerta: era Jaime Teral, uno de los amigos de su marido, que venía con un encargo para ella.

Cuando María Luisa lo vió entrar adivinó que algo desagradable ocurría al notar la turbación pintada en su rostro. En efecto, Jaime Teral, después de algunos rodeos, le dijo que el capitán Arimón había sido muerto en un combate con los naturales del país, á muchas millas de distancia. Narró con voz temblorosa los detalles de la lucha, diciendo que iban andando tranquilamente en dirección á un sitio llamado "El valle dorado," cuando fueron atacados por los salvajes; la lucha fué corta y encarnizada y el resultado de ella la pérdida de algunos compañeros, entre los cuales se contaba el capitán Arimón, cuyo cuerpo yacía perdido en la espesura de los matorrales, habiéndo podido él escapar milagrosamente de las manos del enemigo.

—Sentí muchísimo, añadió Jaime Teral, el no poder dar sepultura al cuerpo de mi amigo, aun cuando hubiese sido en un cementerio pagano; pero me hicieron prisionero y no tuve más remedio que abandonarlo. Dos semanas después logré escapar y me faltó tiempo para venir á participarle á V. esta desgracia. El

capitán Arimón murió sin pronunciar una palabra, pues el golpe que recibió lo dejó tendido, como herido por un rayo.

María Luisa se acordó entonces de los votos que hizo cuando partió su marido, al pedir á Dios que le dispensase su bendición, é inclinó la cabeza, como acatando su santa voluntad.

Al día siguiente apareció en los periódicos la noticia de la muerte del capitán Arimón, cuyo recuerdo, siempre vivo en el corazón de María Luisa, se borró muy pronto de la memoria de todos.

CAPÍTULO XXII

LA VUELTA AL HOGAR

María Luisa vistió de luto como una buena esposa á la muerte de su marido, aunque hacía tiempo llevaba el duelo en el alma. Otro hubiera sido su sentimiento si el capitán hubiese muerto antes de su matrimonio ó durante su luna de miel, pero la imagen de aquel Guillermo que ella adoraba, del héroe que era la ilusión de su vida, se había borrado ya de tal modo de su corazón, que el hecho de no poder nunca más volverle á ver no le inquietaba.

¡Es terrible cosa por cierto el que la muerte de un marido sea un alivio para su mujer! Y sin embargo, éste debía ser el caso de María Luisa, aunque ella se negaba á reconocerlo, no consintiendo jamás en dar cabida á esta idea en su mente, y obrando como obraría la desdichada viuda que en vida de su esposo lo hubiese amado con toda la ternura de su alma;

tratando de olvidar las privaciones, la miseria, los juramentos, los malos tratos de sus últimos tiempos para recordar en él al rubio militar que había encontrado en los bosques de Lenobal. Sus honrados sentimientos sólo podían inspirarle la idea de que siendo viuda, como tal había de conducirse, en vez de abrigar rencores y fulminar anatemas contra aquel que había volado á otras regiones á dar cuenta á Dios, de los locos extravíos de su conducta.

En seguida escribió á su padre, participándole la muerte de su marido y enviándole al propio tiempo el periódico en que se relataba, y aguardó la respuesta en silenciosa impaciencia, por más que presentía cuál había de ser. ¿Qué podía sino esperar más que una amante invitación de los que se desvivían por verla y estrecharla en sus brazos, consolar su corazón rendido por la lucha, cicatrizar sus profundas heridas y fortalecer, en fin, su espíritu por medio de caricias y cuidados? Así fué, efectivamente; el caballero le escribió que se pusiese en camino sin pérdida de tiempo, enviándole más dinero del que podía necesitar para el viaje.

Es muy de lamentar por cierto que la muerte de un hombre sea motivo de felicidad para los que quedan. Así el caballero y su

hija Irene aunque aparentaban sentimiento por la desgracia ocurrida al capitán, sentían una voz interior grata y dulce que les decía que gracias á ella su niña mimada quedaba libre de la tiranía y la opresión para volar al amante seno de los que la querían. Deploraban la mala suerte de aquél, que hubiera podido ser un hombre digno y feliz al lado de María Luisa, con sólo sacrificar sus bajos instintos en aras de su deber; pero también se sentían henchidos de gozo al pensar que el paraíso abría de nuevo sus puertas para ellos.

Fácil es imaginar lo que pasó en el ánimo de Ruperto al saber la noticia de la llegada de María Luisa, y aunque no lo dijo claramente, podía notarse en su exterior la alegría que le inundaba, como si volviese á los pasados tiempos de su adolescencia.

Una tarde calurosa de fines del mes de Mayo, cuando hacía ya seis años que la incauta niña los había abandonado, atraída por el cebo del engaño, el caballero é Irene estaban esperando en el castillo el momento feliz de su llegada. Aquél quería haber ido á Liverpool á esperar el vapor, pero Irene, temerosa por su salud, le había persuadido que se quedase en casa, en donde no sabía estarse quieto, yendo de un lado para otro en un estado de excita-

ción continua, para ver si cada cosa estaba en su lugar.

—Es preciso que no encuentre diferencia alguna, decía temblando de emoción; y que todo esté tal como lo dejó al marcharse.

Dió orden también de que no se serviese la cena hasta que ella llegase, pues á pesar de su proverbial puntualidad, en esa ocasión había que sacrificarlo todo en honor al más grande acontecimiento de los últimos días de su vida.

Una razón de prudencia, y no por cierto la falta de deseos de ver á María Luisa, impidió á Ruperto acudir al castillo, pues comprendía que su presencia podía resultar momentáneamente penosa para María Luisa, impidiéndole entregarse á las expansiones propias de la llegada; y aunque sediento por recibir una mirada de aquellos ojos que traspasaban su alma, se quedó en su casa, contento con la promesa que le había hecho Irene, de escribirle como estaba aquélla, lo que diría, y en fin todo lo que pudiera interesarle.

El caballero no podía tranquilizarse paseándose nerviosamente por la habitación, mirando á todos los relojes y comparándolos entre sí, sin cesar de quejarse de que parecían estar parados. María Luisa debía llegar hacia las siete y faltaba aún una hora cuando Irene le

persuadió que se sentase á descansar un momento, mientras ella le leería un periódico; no dió tiempo á que se lo repitiera, y se dirigió á su sitio acostumbrado cerca de la ventana, que estaba abierta de par en par, divisándose desde allí la más hermosa variedad de flores, donde el sol se recreaba con sus rayos; las rosas apiñadas se balanceaban suavemente embalsamando el aire con sus perfumes; el frágil tallo de los lirios se estremecía esparciendo el penetrante aroma de su dorado seno; los claveles rojos se cimbreaban gallardamente, y el caballero, escuchando á su hija quedaba abismado en la contemplación de la incomparable belleza de la tierra y del espacio.

Ninguno de los dos oyó el rodar de un coche, que era el que llevaba á María Luisa, pues ésta ordenó al cochero pasase por detrás de la casa; ni oyeron tampoco sonar el timbre de la reja del jardín; no oyeron ni vieron más que abrirse la puerta del salón, por donde penetró una figura alta y esbelta vestida de luto. El caballero, que se había vuelto al oir el crujido de una falda, saltó de su silla, dando un grito indescriptible salido del fondo de su alma.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Es *esta* mi hija?

El primer impulso de María Luisa fué arrojarse á los pies de su padre, ocultándose el

rostro con las manos; con voz suplicante exclamó que le perdonase y quisiese amarla, pues había recibido ya su castigo de Dios y su corazón abatido por el dolor necesitaba descansar en el amor de los suyos. El caballero la levantó del suelo estrechándola en sus brazos largo rato en señal de perdón, y cogiéndole la cabeza entre sus manos volvió su rostro hacia la luz.

¿Podía ser aquella la hermosa y risueña María Luisa que había sido en otro tiempo su hada encantadora? En su pálida faz de escasa belleza, no quedaban ya rasgos de la pasada juventud; sus ojos estaban hundidos, como desgastados por lágrimas hirvientes que fuesen empañando á la vez el brillo de su cutis; los labios, antes rojos como la escarlata, estaban rodeados de profundos surcos y habían perdido su color; el rostro de aire paciente hasta la sublimidad, grave, y con un dejo de amargura, estaba descolorido, mostrando los pómulos salientes; hasta su pelo dorado parecía haber perdido su brillo.

Cuanto más la miraba el caballero, más estaba tentado de desatar su sentimiento en duras frases contra el despiadado ser que había sido la causa de que su hija llegase hasta aquel extremo, pero no lo hizo por temor de

afligirla, y procurando desechar toda pena para entregarse á la satisfacción propia de aquel momento, la volvió á estrechar una y otra vez entre sus brazos y ayudándola á quitarse el sombrero y el manto, la acompañó hasta su cuarto, para que descansase del viaje y de sus emociones.

Irene también la acompañó y arrodillándose á su lado cubrió sus pálidas mejillas de amorosos besos y de lágrimas.

—No puedo llorar, exclamaba María Luisa; me parece que ya no tengo más lágrimas que perder.

Anonadada bajo el peso de los encontrados sentimientos que se agitaban en su alma, estas eran las únicas palabras que acertaba á pronunciar, haciendo referencia á su vida pasada.

El caballero no cesaba de mirarla:

—Está peor de lo que me había figurado, exclamaba, mil veces peor; apenas puedo creer que ésta sea mi María Luisa.

En realidad, no podía concebirse cómo ésta podía sostenerse y cómo vivió mucho tiempo; tan exhausta estaba y sin vigor en el cuerpo y en el espíritu, pues había sufrido hasta apurar la última gota del cáliz de su amargura. Durante muchos días permaneció horas y más

horas sin mirarlos ni hablar y sin tomar más alimento que el indispensable para sostenerse apenas, siendo tan grandes el sopor y la apatía que la dominaban, que muchas veces permanecía en un estado tal de inmovilidad que se la hubiera creído muerta; tan poderosa era la reacción operada en aquel cuerpo, que pasaba de la extrema miseria al más perfecto bienestar material. En las soledades de su aposento, el recuerdo de los días de su infancia, pasados entre aquellas cuatro paredes halagaba su imaginación soñadora, y bajo la influencia del nuevo medio que la envolvía, poco á poco fué olvidando los recientes hechos de su vida y empezó á fortalecerse y su salud á mejorar visiblemente. El primer síntoma de esta mejora, lo acogió el caballero con un suspiro de esperanza al irle á ofrecer una mañana un ramo de flores húmedas aún de rocío, á cuya vista María Luisa, que estaba acostada, se incorporó con viveza para percibir su delicado aroma, y miró después á su padre con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Á partir de este momento se fué encontrando mejor, sin adelantar por eso tan rápidamente que no les ocasionase alguna vez serios temores; pero al fin, la que más bien que María Luisa parecía su sombra, pudo dejar la ha-

bitación para dirigirse por sus propios pasos al jardín en donde divagaba horas y horas, clavada su mirada perezosa en las flores, no tan erguido y esbelto como antes el delgado talle ceñido por el vestido negro que hacía resaltar artísticamente su rubia, fina y abundante cabellera.

Poco á poco se fué restableciendo al calor de los amantes y solícitos cuidados de su padre y de Irene, como la flor helada que revive á los rayos del sol; los profundos surcos que el dolor trazara se desvanecían uno á uno; sus ojos adquirían brillo y después de algunas semanas el corazón del caballero pudo estremecerse de gozo al oir el sonido de su fresca risa. Muy retraída vivió sin embargo, durante mucho tiempo, costándole gran trabajo el decidirse á salir á pasear fuera de su casa ó el ir á ver á sus amigas; mas por último, la persuadieron, procurando, sin embargo, evitar el llevarla á los bosques del castillo, pues el caballero, que no cesaba de vigilarla, había notado que una fuerte emoción la embargaba al dirigir hacia allá su mirada, como dando á comprender que su ánimo no había alcanzado aún la plenitud de su resistencia.

Á fin de lograr el completo restablecimiento de María Luisa, el caballero hizo lo

que jamás hubiera pasado por su imaginación como posible, y fué abandonar el castillo, rompiendo con sus inveteradas costumbres, para llevarla á los lagos de Escocia, á las atractivas ciudades inglesas, á los pintorescos pueblos de Gales y á la orilla del mar en la isla Esmeralda; y no intentó llevarla á otro punto de Europa por ser grande su fe en la vieja Inglaterra.

El éxito más satisfactorio coronó sus afanes, pues María Luisa fué adquiriendo á pasos agigantados la robustez de sus pasados tiempos, brillando otra vez en todo su esplendor el sol de su juventud y de su belleza. ¡Cuán preferible hubiera sido el que la muerte se la hubiese llevado durante estos días! Al cabo de tres meses volvió á su casa llena de salud y de alegría.

Entonces fué cuando encontró á Ruperto. Jamás pudo éste olvidar la temerosa y profunda mirada que María Luisa le dirigió como pidiéndole perdón por sus pasados errores, al tiempo que abandonaba cariñosamente su mano en las suyas, con lo que Ruperto se sintió compensado de aquellos años de amoroso sufrimiento.

Todos la vigilaban con cariño, para mantener en ella la alegría y la robustez, procurando disipar toda sombra de pesar que pudiese

inquietarla, y el caballero parecía haber olvidado el largo paréntesis de seis años pasados en la soledad y la tristeza, al ver otra vez la vida desparramarse en dorados efluvios por sus fértiles tierras de Mendoza.

CAPÍTULO XXIII

CONQUISTA DE RUPERTO

Dos años hacía que María Luisa había vuelto á Mendoza. Era joven aún y había desaparecido ya en ella la obscura nube de tristeza que empañaba los días de su existencia.

Una hermosa mañana de Junio se estaba paseando por el jardín, fresca y sonrosada como las flores que cerca de ella se mecían suavemente, sin que nada indicase los pasados hechos de su vida, á excepción de la en cierto modo mitigada belleza de su semblante y el anillo de boda que lucía en su dedo; el caballero le había quitado con sus propias manos las tocas de viuda que cubrían sus ondulados y rubios cabellos, é Irene había hecho desaparecer una por una las prendas de su vestido de luto.

María Luisa vió venir á su hermana llevando pintadas en el rostro visibles señales de ansiedad.

—Alguien viene á visitarte, dijo. Es uno que no has visto hace ya muchos años.

—Me figuro quien es, contestó palideciendo y volviéndose con rapidez. Es Ruperto Doti, ¿verdad?

—Él mismo, contestó la primera.

—¡Ay, Irene! exclamó María Luisa; no voy á casa; ¿cómo quieres que me atreva á salir? ¿Qué dirá cuando me vea?

—¿Y qué va á pensar si no te presentas? No intentes eso, hermana, por ningún concepto; piensa en su bondad, añadió acentuando sus palabras, y haz abstracción de ti misma. Recuerda cómo te amaba y cuán fiel se mantuvo á tu memoria mientras tú sufrías el desprecio de otro hombre, y que si no ha venido antes por temor de causarte pena, justo es que recompenses su sacrificio.

—Lo sé, dijo María Luisa y sólo le debo agradecimiento por todo lo que por mí ha hecho.

—Ten ánimo pues, continuó Irene, procura salir á su encuentro completamente serena, y piensa que nada le conmovería tanto como tus lágrimas.

—Así lo haré, contestó María Luisa. Vamos allá.

Las dos se pusieron en marcha cogidas del

brazo, é Irene, algo recelosa, lanzaba con disimulo de vez en cuanto una mirada á su hermana para asegurarse de que su valor no le hacía traición; pero ésta marchaba con paso firme, inundado su rostro por oleadas de fuego y retozando en sus ojos maliciosas miradas como si en aquel momento toda la alegría de su niñez se concentrase en ellas. Con aire nervioso y distraído iba María Luisa arrancando flores al pasar, combinándolas con exquisito gusto, pero cuando al entrar en su casa vió de nuevo la noble faz de Ruperto, inmutable para ella á través de todas las vicisitudes, fija en ella su mirada, que encerraba un mundo de amor y ternura, las flores se desprendieron de sus manos y corrió hacia él dejando escapar un grito de gozo.

Ruperto estaba profundamente conmovido. De haberla visto en los primeros días de su viudez, tal vez se hubiera impresionado menos, pero al contemplar la misma María Luisa de sus días de felicidad, risueña y radiante como un sol de Mayo, le parecía que aquellos años habían pasado como un soplo y á no ser por el anillo de boda que lucía en su dedo hubiera creído que todo había sido un terrible sueño. Pasado el primer impulso de este cariñoso encuentro reinó un corto silencio, pues

el ímpetu de la emoción les impedía pronunciar una palabra. María Luisa aparecía con los mismos encantos de años atrás á la vista de Ruperto, quien se sentía atraído hacia ella, pero queriendo hablar no podía; temía causarle pena evocando el pasado; no quería referirse al presente por miedo de perturbar su mútua y apacible intimidad, y rehuía el hablar del porvenir por no perder su confianza.

Á medida que iban pasando días y más días crecía en Ruperto la incertidumbre. Anheloso como estaba de renovar las manifestaciones de su antiguo amor, temía hacerlo al observar en ella un extraño cambio; en efecto, notaba que raras veces buscaba su conversación, y casi nunca lo miraba; que evitaba el encontrarlo y bajaba los ojos avergonzada si por azar se cruzaban sus miradas; que si Irene los dejaba solos alguna vez, sentía una inexplicable turbación, pero á pesar de todo esto, no podía substraerse al convencimiento de que la voluntad de María Luisa se iba acercando á la suya.

En cuanto á ella (la niña imperiosa y mimada que había sufrido el rigor del destino como la más desgraciada de las mujeres) había aprendido al menos á comprender su propio corazón y á apreciar en su verdadero valor el

carácter de Ruperto, convenciéndose de lo mucho que había andado desviada confundiendo miserablemente el oro con el oropel, sorda á los consejos del que sólo miraba por su felicidad: comprendió cómo los hechizos de un perjuro que la había atraído con el sortilegio de sus diabólicas mañas la cegaron hasta el extremo de poner su planta en el borde de un precipicio, y por fin supo comparar la superioridad de Ruperto, el único verdaderamente leal y sincero, con la bajeza del hombre con quien se unió para siempre, como un rayo de sol eclipsa el brillo de una estrella.

Había confundido la pasión con el amor, y á no haberse tratado de hechos trágicos hubiera podido sonreirse al pensar que la engañaron una blanca pluma ondulante y el brillo de unos galones dorados; y al reflexionar sobre ésto acudían á su memoria los sublimes versos del gran Tennyson:

> De esta atmósfera azul la transparente,
> pura serenidad, me da opresión;
> quiero ver negras nubes de tormenta,
> quiero abrasarme en el calor del sol,
> ansío luz, espacio, tempestades . . .
> fantasía y color.

Ahora veía que, efectivamente, había sido algo como la reina Genoveva, que despreciaba

al hombre adornado con todas las bellas cualidades morales, por el que deslumbraba con el atractivo de sus gracias físicas y el vistoso color de su uniforme. Humilde como era, jamás pensó que Ruperto pudiese perdonarla y amarla de nuevo, y se sentía avergonzada al comprender que lo amaba, lamentando el no haber sabido apreciar á su debido tiempo la realidad de las cosas con la claridad con que podía juzgarlas en esta época de su vida, cuando ya era tarde para el remedio. Recordaba por quién y por qué causa había despreciado el gran tesoro de amor que le ofrecía Ruperto, y el rubor cubría sus mejillas al hacerse cargo de que tenía derecho á despreciarla por loca é ignorante, por haber escogido por marido al hombre cuyas faltas no debían mencionarse, por el respeto debido á los muertos.

Un hombre como Ruperto ya no podría hacer caso de una mujer como ella, que había demostrado tan poco sentido común, y por eso pensó que no tenía más remedio que resignarse, haciendo lo posible para evitar su presencia con el fin de no dar pábulo á un sentimiento quimérico. Otra razón le resolvía á ello, y era que, aun suponiendo que con el tiempo Ruperto aprendiese á olvidar y á perdonarla, ¿era posible que ella, la espectadora de tantas es-

cenas violentas, que había oído pronunciar blasfemias y juramentos, sufrido golpes y malos tratos, y vivido en fin en un medio relajado, era posible que pudiese aspirar á ser la esposa de un hombre noble y respetado como él?

¡Ah, no! era preciso inclinar la cabeza ante sus propias culpas, pero lo hecho ya no podía deshacerse y estaba condenada á purgar la grave falta de su indisciplina: si las puertas del Paraíso se abrieron para ella de par en par y no quiso entrar allí donde la esperaban con los brazos abiertos, ahora se habían cerrado para siempre y estaba obligada á quedarse en el umbral á llorar sin esperanza sobre su locura por todos los días de su vida.

Y convencida de eso, y viendo que la presencia de Ruperto era para ella motivo de pesar, formó una vez más la resolución de evitar el encontrarse con él frente á frente donde quiera que fuese.

Fiel á su deber de esposa, nunca dejó escapar de sus labios una palabra contra el que en vida había sido su tormento y ni siquiera hablaba de su difunto esposo con nadie, y mucho menos con Ruperto; pero la casualidad condujo los acontecimientos por otros derroteros.

En efecto; una mañana Ruperto, aguijo-

neado por los deseos de conversar un rato con María Luisa y buscando para ello un pretexto, bien inútil por cierto, pues no tenía necesidad de hacerlo, tomó un libro muy interesante recién salido á luz, compuesto de una serie de magníficas vistas sacadas del pintoresco condado del que Mendoza era orgullo, y se dirigió al castillo.

Ella y su hermana, estaban en la pequeña sala de confianza, y cuando Ruperto entró recibió la más cordial bienvenida.

—Me alegro mucho de que haya V. llegado, dijo Irene; María Luisa no se encuentra muy bien esta mañana y no me atrevía á dejarla sola: así pues si V. me lo permite iré á ver que es lo que quiere Simón el jardinero, que ha dicho que tenía que verme para recibir ciertas instrucciones referentes al arreglo del jardín.

Al quedarse solos Ruperto y María Luisa estuvieron algunos minutos sin decir una palabra, hasta que aquél, cruzando la habitación se puso al lado de la ventana, cerca de donde ella estaba.

—Siento mucho lo que ha dicho tu hermana de que no te encuentras bien, dijo. ¿Acaso te has disgustado por algo?

—No, contestó ella poniendose colorada.

Irene se cuida mucho de mí y especialmente cuando no tiene nada que hacer, añadió con una intencionada sonrisa.

—¿Quieres ver estos grabados? dijo Ruperto sentándose á su lado: los he traído para enseñarte una magnífica vista de Mendoza.

Ruperto iba volviendo hoja tras hoja, complacido por el interés que María Luisa tomaba por las fotografías, cuando de repente vió que apartaba con violencia el libro de su vista, queriendo cubrirlo con ambas manos y lanzando al mismo tiempo un grito de horror. Ruperto, sorprendido, miróla primero á ella y luego al libro: era un detalle de los bosques de Birle: nada tenía de extraño su sobresalto al dar con él.

—María Luisa, dijo apartando con dulzura sus manos con las que cubría su rostro; ¿tan malo es esto, querida niña mía?

—Tan malo, contestó ella, que su recuerdo me mata.

—Déjame enseñarte á olvidar, dijo Ruperto. ¡Oh, María Luisa! ¡si pudieras saber, si te fuese fácil comprender como te amo, aun más por tus penas y por la nube que ha cubierto de dolorosas sombras tu brillante juventud! ¿Qué importa tu pasado cuando vuelvo á encontrarte aquí, bajo este techo, entre

estas cuatro paredes, donde mis sufrimientos no tenían fin, ansiando el supremo momento en que resolvieras decirme: "Ruperto: creo en la sinceridad de tu amor y puesto que me amas, aquí tienes mi corazón dispuesto á encontrar en el tuyo la felicidad en la tierra; quiéreme siempre como ahora y tendrás mi amor en premio." Aun es tiempo, amada mía; el más rico don que puedo recibir de los cielos es el poder de echar sobre tu frente un velo esplendoroso que ahuyente una á una las tristezas que te oprimen, para que tu vida sea otra vez feliz como en los tiempos de tu infancia. ¿Qué dices á ésto, María Luisa?

Ella se apartó murmurando entre sollozos que de ninguna manera era merecedora de su cariño.

—Vamos por partes, María Luisa, dijo Ruperto tratando de convencerla. Jamás tus labios han proferido una queja contra aquel hombre que no hay para qué calificar ahora, y que ha ido ya á otro mundo á dar cuenta de sus acciones; porque yo sé cuánto has sufrido y á través de qué duras pruebas has pasado; sé con qué clase de gente has vivido y lo que te has visto obligada á presenciar; pero también estoy convencido de que en medio de todo conservas tu inmaculada pureza. Los lirios nacen

y viven también cerca de los pantanos, María Luisa y tú no eres menos pura hoy que lo fuiste años hace, cuando crecías bajo las protectoras alas del cariño paternal, y yo había puesto mi corazón á tus plantas.

Ella no contestaba una palabra y abundantes lágrimas se escapaban de sus ojos. Ruperto le rodeó el talle con el brazo.

—Desecha la memoria de tu triste pasado, dijo, y que nunca más su recuerdo vuelva á atormentarte, y puesto que has sufrido ya lo bastante por tu propio error, mírame y prométeme que lo harás así.

María Luisa levantó su rostro hacia él y Ruperto secó con sus besos las lágrimas que brillaban en sus mejillas.

—¡Cómo te quiero en medio de tu desolación! exclamó. Hasta tu tristeza llega á interesarme más que podría hacerlo la alegría de otra mujer: mi vida te pertenece, amor mío. ¿Por qué será que ya desde niño, cuando estaba sujeto á tus caprichos, jamás me dió cuidado el pensar en otra cosa que en ti?

María Luisa, que sabía muy bien esto, al oir aquellas palabras dirigió á Ruperto una mirada de ternura.

—Premia mis desvelos, amor de mi alma, continuó: en tu mano está restablecer la calma

de mi agitado pecho, que no cesa de suspirar por oir de tus labios una sola frase.

—Yo no soy para tí, Ruperto, dijo ella humildemente. Tú puedes casarte con la que nunca se haya deslumbrado con las apariencias de un amor nacido sólo para encantar los ojos, y que haya sido siempre fiel al cariño de sus padres.

—Sólo he de casarme contigo, si quieres, María Luisa, insistió Ruperto con una grave sonrisa. Eres libre otra vez y no puedes negarte á ello. Tu hogar está aquí en mi corazón y él te reclama; no te hagas esperar ya por más tiempo, amor de mi alma.

Ruperto la estrechaba contra su corazón besándola tiernamente y murmuraba dulces palabras á su oído. María Luisa se dejaba arrullar como una niña en los brazos de su madre.

—Hazme feliz, exclamó Ruperto, y dime de una vez que me amas.

—¡Te amo, Ruperto! exclamó; y si puedo hacerte feliz consiento en ser tu esposa.

—¿Sólo *consientes*, reina de mi alma? dijo él con una sonrisa.

—No, más que eso; *lo quiero;* contestó ella, ruborizándose ligeramente. Ahora ya no soy la niña de antes: si el dolor y el sufrimiento

forman el corazón de la mujer y la convierten en juiciosa yo soy esa mujer juiciosa.

—¡Lo creo! exclamó Ruperto sonriendo malignamente, y te prometo que haré de mi parte todo lo posible para hacerte perder la cordura.

CAPÍTULO XXIV

EL SUEÑO DE MARÍA LUISA

—Por fin veré todos mis deseos realizados, dijo el caballero aquella tarde, mientras llenaban sus ojos ardientes lágrimas de felicidad; el deseo más grande de mi corazón era ver á María Luisa casada contigo, Ruperto, y ahora, gracias á Dios, mis aspiraciones van á cumplirse.

—Y cuanto más pronto mejor, dijo Ruperto. Largas han sido mis relaciones, caballero; empezaron cuando tenía nueve años y acabarán, por lo visto, cuando me muera.

—Apenas puedo creer en la realidad de tanta dicha, insistió el señor de Moceli: tan agitados fueron estos últimos años que casi no se concibe un brillante porvenir ante nuestra vista.

—Las penalidades no son eternas, dijo Ruperto y era forzoso que las nuestras tuvieran fin. Naturalmente, tal vez pasaremos por otras pruebas, pero las sobrellevaremos con va-

lor, y Dios mediante, sabremos rechazarlas. Al mismo tiempo Él nos concederá un largo número de años de vida que transcurrirán en medio de la más dulce armonía entre nosotros y el más completo bienestar.

Todos eran felices, y algunos días después, al volver la vista atrás pensaban en ellos con horror por las fatales consecuencias á que estaban expuestos sin saberlo. La noticia del próximo enlace entre Ruperto y María Luisa fué acogida con general satisfacción y se empezaron á hacer los preparativos necesarios, cuidando tanto el caballero como Irene de que todo estuviese en su punto para que la ceremonio resultase digna del rango de la familia de los Moceli, que iba á emparentar con la de Aldein. En cuanto á Ruperto también estudiaba la mejor manera de recibir dignamente á la reina de su corazón, no pareciéndole nunca bastante lo que hacía en su obsequio.

Una serie de habitaciones adornadas con suntuosos muebles de tallado artístico estaban preparadas para ella, y en Londres se compraron valiosos cuadros y esculturas para mayor riqueza. Ruperto, atento á los menores detalles, para satisfacer en un todo á la que había de ser su esposa y recordando sus aficiones y sus gustos predilectos, procuraba amoldarse á

ellos en lo posible, en cuanto iba adquiriendo; jamás una reina pudo ser mejor atendida por su consorte, y los vecinos se sonreían al ver pasar constantemente interminables cargas de objetos de toda clase desde la estación del ferrocarril, á Aldein. Una sola cosa contrariaba á Ruperto y era que María Luisa quería aplazar la boda hasta el mes de Mayo, por ser la época en que la Naturaleza estaba adornada con sus mejores galas. Consintió, sin embargo á pesar suyo, sólo por no contrariarla, y de este modo se fueron haciendo los preparativos con más calma, para que á la primavera siguiente todo estuviese dispuesto en Aldein para recibir á los recién casados.

En esta época todo sonreía á los novios y las semanas y los meses parecían volar uno tras otro con rapidez vertiginosa. María Luisa tuvo ocasión de comprobar entonces las hermosas cualidades de Ruperto, que le ofrecía el único amor verdaderamente grande y generoso, y todos los días se arrodillaba ante la imagen del Santo de su devoción, para dar las gracias con fervor á Dios por haberle concedido el haberla devuelto sana y salva á su lado. Grandes eran los esfuerzos que hacía por olvidar los hechos de su pasada vida, pero el recuerdo de aquellos años de constante sufri-

miento la perseguía á veces atormentando su corazón débil y enfermizo con los horrores de un pesado sueño, del que despertase estremecida para buscar refugio en el estrecho abrazo de aquellos que la amaban. ¡Cuántas veces Irene, inclinándose atenta hacia ella, para velar su sueño, le había oído murmurar frases de desconsuelo ó de desesperación!

Por fin llegó el tiempo tan deseado; acababa de colgarse el último cuadro en Aldein y las lujosas habitaciones habían recibido la última mano. Los libros favoritos de María Luisa estaban clasificados en elegante estantería; sus flores predilectas embellecían la estancia con sus variados colores y exhalaban la rica esencia de sus perfumes, colocadas en soberbias repisas; estatuas de gran valor artístico lucían sobre las columnas ó sobre las chimeneas, y Aldein, aun en sus más gloriosos días, nunca había respirado tal ambiente de belleza y felicidad. Los inmensos jardines lucían asimismo exuberante cantidad de plantas de mil variedades, y Ruperto, que no encontraba nada suficiente para María Luisa, al echar una mirada sobre aquel grandioso conjunto, se sentía plenamente satisfecho.

En Mendoza estaba todo también preparado para el gran acontecimiento del proyectado

enlace, que el caballero, cediendo á los deseos de María Luisa, acordó que se celebraría de una manera relativamente modesta y sin grandes ceremonias, fiestas ni diversiones. El día de la boda se fijó para el 13 de Mayo, decidiéndose que no se haría el viaje de novios, pues María Luisa dijo que prefería quedarse al lado de su padre y hermana después de tanto tiempo de ausencia, y se dispuso para seis semanas á partir de aquella fecha, una serie de festejos que debía tener lugar en el castillo en celebración de la boda.

Todo estaba dispuesto. El rico traje de novia escogido por Irene para su hermana acababa de llegar de Londres y quedaba expuesto á la curiosidad de las amigas de María Luisa, en el salón de la casa, junto con el resto de su costoso ajuar. El castillo estaba convertido en grandioso invernáculo, por el número y variedad de plantas y flores que adornaban todas sus dependencias, y aunque sólo debía invitarse á los amigos más íntimos, se procuró producir en el ánimo de los concurrentes á la ceremonia, el mayor efecto posible. Irene, al ir reconociendo con mirada ávida todos los salones y aposentos, se sentía envanecida al ver que no se había omitido detalle alguno y todo estaba en el más perfecto orden.

Amanecía el doce de Mayo, víspera de la boda y como María Luisa á la hora del almuerzo apareciese muy pálida, su padre le preguntó qué le pasaba.

—He tenido un extraño sueño, dijo; el más espantoso de mi vida, y estoy preocupada.

El caballero, que no admitía las supersticiones, se sonrió encogiéndose de hombros.

—Aquí hay algo, dijo, que alejará todas tus pesadillas para hacerte pensar sólo en tu felicidad presente. Es mi regalo de boda, hija mía, que deseo disfrutes por muchos años.

Al decir esto desató el cordoncito dorado de un paquete, y desenvolviéndolo sacó á relucir un estuche marroquí conteniendo el más hermoso juego de diamantes, que chispeaban entre el terciopelo verde como puntos de viviente fuego.

—Aquí tienes, exclamaba el feliz caballero con entusiasmo, aquí tienes una joya digna de un rey, María Luisa. Cuando mi señora de Doti del condado de Aldein se presente á rendir pleito homenaje á nuestra graciosa Majestad, podrás comparar sus diamantes con los tuyos, iguales á los que llevan las esposas de los pares de Inglaterra.

—V. es muy bueno para mí, papá; demasiado bueno, exclamó María Luisa besándolo

en la frente. V. siempre me ha mimado con exceso y yo no soy digna de llevar estas joyas. Y diciendo esto se arrojó en sus brazos, con admiración y sobresalto del caballero.

—¿Qué es éso, hija mía? ¿qué te pasa? preguntó éste.

—¡Mi sueño, mi sueño! gritaba ella; ¡papá, que yo no puedo olvidarlo!

El señor de Moceli más tranquilo después de esta revelación, volvió á sonreirse.

—¿Qué hay en un sueño, dijo, que pueda estremecerte de tal modo?

Y sin esperar su contestación sacó la diadema del estuche y rodeó con ella la rubia mata de su pelo.

—¡Qué hermosa estás! exclamó lleno de gozo, maravillado de aquel portentoso efecto. ¡Si Ruperto te viese! . . .

—¿Cree V. papá, que me amaría más? interrumpió María Luisa con intención. ¡Qué feliz sería yo si mi sueño no me diese tormento!

Y aunque parecía un contrasentido y hasta un acto impropio, el caballero no pudo abstenerse de escribir á Ruperto, diciéndole que María Luisa se encontraba triste y decaída, y que á pesar de que no era muy conforme tal vez con las rigurosas leyes de la etiqueta, no obstante

le agradecería que fuese á pasar el día con ellos.

—¡Pobre niña! dijo el venturoso amante al recibir la misiva; está nerviosa y siente aún la influencia de su pasado.

Dejando para más tarde lo que tenía que hacer se dirigió al Castillo de Mendoza, en donde salió á recibirlo María Luisa, sonriente y alegre. No era necesario preguntarle si amaba á Ruperto, pues bien lo dijo la mirada de ternura que le dirigió al entrar, mientras una oleada de fuego cubría sus mejillas, pero pronto recobró su semblante su primitiva palidez. Ruperto notó, en efecto, algo extraño é inexplicable en ella y hubo de inquirir cual era el motivo de su malestar.

—He tenido una pesadilla tan horrible, dijo abrazándolo, que por más que procuro darla al olvido me es imposible. Te quiero mucho, Ruperto, y mañana es el día de nuestra boda, pero presiento que tendremos que lamentar alguna calamidad.

—Estás nerviosa, María Luisa, dijo él con cariño; ten presente que aunque joven en edad eres vieja en el sufrimiento y estás tan acostumbrada al dolor, que te parece imposible que puedas verte libre de tus penas; pero te engañas, amada mía, las penas han pasado ya, y

ahora no tienes que pensar más que en la dicha que nos aguarda; ven conmigo y me contarás tu sueño bajo la sombra de los árboles.

Cogidos del brazo salieron al jardín, donde los árboles empezaban á florecer, la yerba crecía tupida y suave, los pájaros cantaban en los castaños, la fragancia del espino blanco venía de las lejanas praderas y el perfume de las violetas de los musgosos valles, haciendo de aquel paraje el sitio más á propósito para las cuitas del amor.

—Aquí podrás contarme tu sueño, dijo Ruperto: aquí donde el sol envía su aliento cálido y sonríe en toda su plentitud, como para alejar negras ideas.

—Parece una quimera, dijo María Luisa volviéndose hacia él, y como por milagro me siento realmente aliviada del peso que me oprimía, como si la contemplación de la Naturaleza hubiese infiltrado ideas de contento en mi cerebro.

—Sepamos qué es ello, dijo Ruperto. Cuéntame tus temores, pues el mejor sistema para alejar un pesar es el compartirlo con otro.

—Pues voy á compartir el mío contigo, dijo María Luisa. Soñaba, amado de mi alma, que era una mañana como ésta; el aire sutil y transparente, sin la más ligera nubecilla que empa-

ñase el brillo de la inmensidad azul: los pájaros entonaban dulces trovas y los capullos de las flores pugnaban por abrirse para recibir el beso del más dorado rayo de ese sol. Me encontraba en medio del jardín y al fijar mi vista en el suelo, noté con espanto que estaba al lado de una tumba abierta (¡qué fría, negra y profunda!) y que alguien me llamaba desde dentro; no sé quien era, pero me llamaban diciendo que era preciso que abandonase el resplandor del sol para ir á dormir el sueño eterno dentro de aquel abismo. De pronto el día se volvió noche y sin saber cómo me sentí envuelta en las tinieblas. Lancé un grito y al querer huir horrorizada vi aparecer en la boca de aquel hoyo una mano crispada que, cogiéndome por la falda me impedía correr, mientras la voz invisible lanzaba agudos chillidos; al escuchar aquel sonido mis piernas flaquearon y caí de bruces: aun siento en la piel, el contacto de aquella tierra helada. Perdido el equilibrio fuí rodando hasta el fondo y oí una carcajada estentórea repercutir por aquellas cavidades, y entonces la tierra empezó á caer lentamente sobre mi cuerpo, oprimiéndome el pecho y poco á poco me fué faltando la respiración, hasta que perdí la vida. . . . Me desperté tan sobresaltada y presa de un miedo tan horrible,

que un copioso sudor corría por todos mis miembros y mi cabello se pegaba á mi frente húmeda. . . . ¿Qué significa, Ruperto, un sueño tan espantoso?

—Nada absolutamente, dijo él sonriendo; sólo que tu imaginación está fatigada y deprimida por negros pensamientos; yo he tenido sueños mucho peores que ése.

Así continuó, procurando alejar su preocupación, hablando del porvenir que tan felices días les reservaba; de lo que harían durante aquellos años, y de los deberes que tenían que cumplir cerca de las personas de su familia ó de sus amistades, hablando con tal convencimiento y nobleza de miras, que María Luisa no se cansaba de oirle.

Al emprender de nuevo su camino á través de los jardines, no se notaba ya ni una sombra de pena en el rostro de aquélla, pues abstraída en su amor había dado al olvido sus terribles presentimientos y Ruperto no se apartó ya más de su lado en todo el día, agasajándola siempre.

Después de la comida, el caballero hizo lo que no había hecho desde el día fatal en que María Luisa abandonó su casa y fué pedirle que cantase aquellas canciones populares que hacían vibrar su alma. Ella cantó y su padre al escucharla se absorbía de tal modo en la dulce

armonía de su voz, que insensiblemente inclinaba la cabeza bajo el peso de su felicidad, dando gracias á Dios por la paz que le cabía disfrutar en los últimos días de su vida.

Ruperto se vió obligado á retirarse temprano, pues esperaba la llegada de un antiguo condiscípulo y su mejor amigo, llamado como testigo de boda. El día tocaba á su término y pensó también que María Luisa necesitaba descansar.

—Ven á acompañarme al jardín para darme las buenas noches, dijo; antes de despedirme de tí, quiero presentarte á las flores por su reina, lucero de mi alma.

María Luisa se sonrió, satisfecha de esas cariñosas frases, é inclinándose para besar á su padre salió del brazo de Ruperto.

CAPÍTULO XXV

MISTERIOSA APARICIÓN

Pasando junto al invernadero construído en medio del tranquilo prado, en donde los altos árboles parecían gigantes velando la apacible quietud de aquellos lugares, salieron por la antigua y notable puerta de hierro que daba acceso á los jardines.

—No vayamos más lejos, dijo Ruperto, y despidámonos aquí mismo: piensa, hermosa mía que antes que el sol vuelva á ponerse serás mi mujer; mía para escudarte contra todo ataque y envolverte con el manto de mi amor.

María Luisa clavó en él su tierna mirada, como dando á comprender su cariñosa gratitud. Estaban en la parte más hermosa del jardín en donde crecían en abundancia los junquillos y las lilas, que inclinaban blandamente su tallo aromatizando con sus ricas emanaciones la pureza de aquel ambiente: alrededor de los troncos de los árboles se enlazaban mil

flores en sorprendente variedad y claveles rojos y blancos, violetas y malvas de olor convertían aquel sitio en un paraíso de perfumes.

—Las flores ya han visto á su reina, dijo Ruperto con festivo tono, y es preciso que yo vea que su Majestad no coja un resfriado; y ahora buenas noches, gentil hermosa mía; procura despertarte mañana fresca y hermosa como estas rosas. Y, á propósito ¿qué ha sido de tu presentimiento?

—Lo he olvidado ya, contestó María Luisa; pero mientras viva jamás se apartará de mi imaginación lo que me ha hecho sufrir mi sueño.

—Mira, dijo Ruperto gravemente, has de prometerme una cosa y es que de hoy en adelante harás un esfuerzo por disipar tus negros pensamientos y olvidar para siempre las escenas de desolación porque has pasado, para no vivir más que por mí y por mi amor. Tenemos aún en perspectiva una larga serie de años delante de nosotros y debemos aprovecharlos para que durante este tiempo se realice el más dorado sueño que puede concebirse; dame la mano, hermosa mía; ¿quieres prometerme que harás lo que te digo?

María Luisa se acercó á él reclinando la cabeza sobre su pecho.

—Lo prometo, dijo; toda mi vida recibirás constantes pruebas de mi amor.

Ruperto la estrechó entre sus brazos, estremeciéndose ligeramente al ver la figura de un hombre cruzar el prado y dirigirse á la entrada del castillo, sin preocuparse, sin embargo, mucho de él, absorbido como estaba en la idea del mañana, pensando que tal vez sería uno de los colonos del caballero que iba á recibir instrucciones para el día siguiente.

—Apenas puedo concebir Aldein, dijo Ruperto, bajo la dirección de la que se llamará la señora de la casa. El rey Francisco tenía razón; una casa sin una mujer es como un jardín sin flores; ¡cómo va á sentir mi corazón la alegría de los puros goces domésticos cuando tú estés en ella! . . . Pero, buenas noches María Luisa y vuélvete ya de una vez antes que el relente te perjudique.

Á pesar de estos buenos propósitos allí continuaron aún: ¿cuándo aprendieron los amantes á pronunciar la palabra "Adios"? El dorado crepúsculo había cedido su lugar á las sombras de la noche y el último pájaro se acurrucaba en su nido cuando Ruperto se decidió á marcharse.

Al atravesar el prado en dirección á su casa María Luisa vió uno de los criados dirigirse

precipitadamente á su novio y hablar los dos con viveza; á semejanza de lo que le pasó antes á él, pensó que se trataba de algún asunto de última hora acerca de los preparativos de la boda. Á medida que se iba acercando con paso breve hacia una de las ventanas del recibidor que daban al jardín, le parecía que un extraño y profundo silencio se había hecho dueño del espacio; el aire había calmado por completo como para ponerse en acecho, y las hojas de árboles y plantas no crujían ya; la quietud era propia de los momentos solemnes precursores de tormenta.

María Luisa sentía aún en sus mejillas el calor de los besos de Ruperto y la presión de su mano en las suyas, al tiempo de abrir la vidriera y entrar otra vez en el castillo, dejando tras de sí los encantos de una noche primaveral.

Apoyada en el respaldo de un sillón estaba Irene con la vista fija en el suelo y de espalda á la luz, de modo que aquélla no pudo notar la palidez de su rostro.

—¿Dónde está papá? exclamó con voz vibrante de alegría; al marcharme le dejé aquí mismo.

—Está en su despacho, contestó Irene con tono tan misterioso que sorprendió á su hermana.

—Voy á verle, exclamó ésta de súbito; tan impresionada estaba esta mañana que apenas le dí las gracias por su regalo y quiero hacerlo ahora.

—No, interrumpió Irene con viveza, no vayas aún que ahora . . . en este momento está trabajando y vas á estorbarle . . . pero vamos á tu cuarto que tengo algo que decirte.

—¡Qué extraña resuena tu voz aquí en la semiobscuridad, dijo María Luisa, ¡Ah, Irene! esta noche, que es la última que paso en esta casa debería arrodillarme y pedirte perdón por todas mis culpas: ¿serás tan buena y cariñosa conmigo cuando sea la señora de Doti como lo fuiste siempre?

—¡Por amor de Dios, calla! dijo Irene con voz ronca. Vamos á tu cuarto, repito, que tenemos que hablar.

María Luisa estaba admirada de oir á su hermana, y aun más de ver que acompañando la acción á la palabra la iba empujando hacia la escalera. Un misterioso silencio se extendía por todos los ángulos de la casa y hasta una vez creyó oir, sin duda por una alucinación de los sentidos, un agudo grito apagado que partía del cuarto de una de las sirvientas.

Al resplandor de la luz de su cuarto, María Luisa pudo ver la espantosa palidez que

cubría el semblante de Irene, y se puso á contemplarla fijamente.

—¿Qué es esto, hermana mía? le dijo; estás fría y blanca como el papel: ¿te encuentras mal tal vez? En este caso hoy voy á ser yo la que te cuide.

Entonces su mirada se dirigió á los distintos puntos de la habitación, en donde sus galas estaban dispuestas para el momento de la ceremonia, y al ver su traje de novia se puso á saltar como un niña, besándolo en medio de los mayores transportes de alegría.

—¡Mi traje de boda! exclamaba. ¡Oh, Irene, lo guardaré toda mi vida! pero no para volvérmelo á poner, añadió picarescamente; sólo esta vez y basta.

Irene al ver que su hermana iba á levantarlo, con un movimiento brusco se lo arrebató de las manos.

—¡Por Dios misericordioso, calla! volvió á exclamar.

María Luisa volvió sus admirados ojos hacia ella con viva ansiedad.

—Perdóname, hermana mía, continuó Irene, pero creo que debo estar loca. Y diciendo esto se puso á llorar con tan hondo sentimiento, que María Luisa al verla tan afligida se puso pálida como la muerte.

—Irene, dijo con cariño, reflejada la angustia en su semblante: me ocultas la verdad; ¿por qué no quieres decirme lo que está pasando?

Pero ella por toda contestación estrechaba á su hermana contra su pecho, llorando más y más hasta que su corazón parecía querer estallar.

—Pero ¿qué es esto? repetía María Luisa, á quien el ansia empezaba á devorar; ¿ por qué lloras así? ¡oh, dímelo de una vez porque presiento que mi sueño ha traído mal agüero!

—¡Oh hermana mía, hermana mía! dijo Irene, gimiendo; ¡si al menos nos muriésemos las dos á la vez!

—Esto es un tormento insufrible, dijo María Luisa; no puedo resistir esta incertidumbre.

Irene hizo un esfuerzo para hablar, pero la voz se le anudó en la garganta.

—Voy á ver á papá, dijo aquélla en un arranque, y al menos sabré lo que está pasando.

Y al decir esto, abrió la puerta con rápido movimiento, mientras Irene, al verlo, se precipitaba sobre ella lanzando un grito de desesperación.

—No, María Luisa, aléjate por Dios de aquí; si avanzas un paso más te vas derecha á la muerte.

—Prefiero la muerte á la duda.

Ligera como el viento, sorda á las observaciones de su hermana, atravesó el vestíbulo, corriendo hacia la escalera. El mismo silencio de muerte parecía reinar por todas partes. Irene la seguía, con el ansia pintada en su rostro.

—¡No vayas, María Luisa, no vayas! gritaba; ¡que vas á morirte!

Pero ésta, deshaciéndose de sus brazos abrió la puerta. El cuadro que se presentó ante su vista le arrancó un grito de angustia, quedando como petrificada en su sitio. El caballero estaba sentado, como presa de un espasmo y delante de él, en pie, sonriendo burlonamente, el hombre á quien todos tenían por muerto, ¡el capitán Guillermo de Arimón!

María Luisa sintió que se le helaba la sangre en las venas y una opresión en el pecho como si la vida se le fuese por momentos, quedando pálida, fría y casi sin sentido. El capitán se dirigió hacia ella tendiéndole la mano.

—Esposa mía, dijo procurando imprimir á sus palabras un tono cariñoso: aquí tienes un pobre recién llegado; sé que me creías muerto pero afortunadamente vivo aún.

Y viendo que ella continuaba inmóvil, sin

hacer ademán de querer corresponder á su saludo, dijo:

—¿Tan repulsiva te es mi presencia, tan vil me consideras que no merezco una palabra tuya?

María Luisa se cubrió la cara con las manos, lanzando un grito de expresión sublime y al mismo tiempo el caballero se levantó, colocándose entre ambos.

—No es V. digno de poner un solo dedo sobre ella, dijo con severidad al capitán Arimón. ¡Mi hija ha dejado ya de ser su mujer para siempre!

—¿Y por qué? preguntó aquél con tono insolente. Ella me pertenece, yo la reclamo y la ley me la concede.

—¡La ley no se la concede á V.! exclamó con energía el anciano.

—Jamás cometí un solo acto que pueda justificar nuestra separación, insistió el capitán; ó sino pregúnteselo V. á ella.

El caballero se volvió hacia María Luisa, que seguía sin hacer el menor movimiento.

—Querida hija mía, dijo; tú no querrás volverte con él; yo soy rico y todo mi capital está á tu disposición para salvarte. Toda mi riqueza es para devolverte la libertad.

—Y yo estoy dispuesto á ayudar á V., dijo

la voz firme de Ruperto, que apareció detrás del caballero; ni el cielo ni la tierra podrían sancionar una acción como la de entregar á una mujer indefensa en manos de un hombre como éste.

—Muy bien, señor de Doti, dijo el capitán con sarcasmo; conozco donde le aprieta el zapato; pero tenga V. presente que aunque María Luisa no sea para mí, tampoco ha de ser para V. y con todo el debido respeto me permito hacerle notar que su ingerencia en este caso es perfectamente inútil.

¡Su ingerencia inútil! ¡Y ella que iba á ser su esposa al día siguiente, después de haberla amado durante tantos años! No era necesario por cierto que se lo digeran; los tormentos de la inquisición hubieran sido preferibles para Ruperto en aquel instante.

—Ella es mi mujer y yo la reclamo, dijo el capitán Arimón; ¿quién es capaz de arrebatármela? Invoco tu testimonio, María Luisa; ¿he hecho alguna vez algo que te conceda el derecho de pedir nuestra separación?

Y ella, la niña mimada y voluntariosa, se irguió majestuosamente:

—Aquéllos á quienes Dios ha juntado, dijo, ningún hombre puede separar; padre mío, yo me casé años hace con el capitán Arimón si-

guiendo los impulsos de mi propia voluntad, sacrificando mis más caras afecciones por él. Dios bendijo nuestra unión al pie de los altares, y puesto que ahora viene á reclamarme en uso de su derecho de esposo, yo debo acatarlo marchándome á su lado.

—¡Pero esto es una locura! exclamaba el caballero.

—No es locura sino que está muy puesto en razón, dijo María Luisa; aunque mi corazón se partiese en dos al hacerlo mi deber es seguirlo. Soy esclava de mi destino.

Todos la miraban asombrados al ver que ella, tan delicada y tan tierna se mostraba valerosa y resuelta sin que su voz balbucease ni temblasen sus labios. Irene la enlazó con sus brazos como si quisiese retenerla, pero María Luisa deshaciéndose de ellos se puso al lado de su esposo, en cuyos ojos brillaba una mirada de triunfo, mientras el caballero ahogaba una maldición, próxima á escapársele.

—Está muy puesto en razón, repitió con firmeza; nadie tiene suficiente poder para desatar mis cadenas, volviéndome la libertad, pues soy la esposa del capitán Arimón hasta la muerte.

Mudos de admiración, nadie acertaba á replicar, no pudiendo darse cuenta de cómo po-

día caber en un alma tal sentimiento de sublime abnegación.

—Tal vez, dijo Irene con voz reposada, el capitán Arimón antes de aprovecharse de los elevados impulsos de mi hermana, debiera habernos explicado cómo ha resultado con vida, cuando nosotros. . . .

—Cuando Vds. creían que estaban libres de mi presencia para siempre, ¿no es eso? interrumpió aquél inclinándose, con una sonrisa. Tendré un gran gusto en satisfacer la natural curiosidad de la señorita Irene de Moceli

CAPÍTULO XXVI

CAMINO DE LA DESDICHA

—El hecho es, continuó el capitán, que yo no debería estar vivo y que dadas las circunstancias en que tuvieron lugar los acontecimientos, no deja de ser un milagro. Recuerdo todos los incidentes de nuestra expedición; la lucha entablada en los Valles del Oro y la parte activa que tomé en ella, hasta que fuí herido por un jefe indígena y dejado por muerto entre los matorrales; no puedo precisar cuanto tiempo estuve allí, confundido entre los cadáveres de amigos y adversarios, pues al caer perdí el conocimiento. Un inglés (bravo muchacho por cierto, pues me salvó la vida), me encontró moribundo y tomándome en hombros me condujo como prenda de rescate á través de valles y montañas hasta su pequeña choza, en donde permanecí sin sentido y á las puertas de la muerte durante dos meses.

Mi camarada hubiera podido salvar otra vida más preciosa que la mía, pero yo fuí el

escogido y hay que agradecérselo, por más que aquélla no valga gran cosa: á su lado me quedé por espacio de cerca de un año, que fué necesario para mi convalescencia, y al cabo de este tiempo me volví á Victoria, en donde todo el mundo se asustó al verme, y especialmente mi antiguo amigo, quien persistía en que me había dejado muerto en los Valles del Oro, y que yo no podía ser otra cosa que mi espíritu, que intentaba hacerle pasar un mal rato. Allí encontré poco más ó menos la misma hospitalidad que aquí, y como supe que mi mujer, creyéndose viuda, se había vuelto á su casa, me hallé solo, sin el amparo de nadie. Yo no podía seguirla, porque no tenía dinero y no me pareció conveniente escribirle, porque quería que ignorase por el momento que yo vivía; así, pues, trabajé de firme durante algunos meses, y cuando logré reunir lo necesario para el viaje, me puse en camino y aquí estoy yo.

Hubo un minuto de silencio sepulcral y luego el caballero dijo solemnemente:

—Has hecho ya tu elección, María Luisa, pero piénsalo otra vez, sin dejarte cegar por un falso honor. Quédate aquí con nostros, que ésta es tu casa.

—"Tu casa será mi casa, tu pueblo será mi pueblo" *acostumbraba* decir antiguamente el

sacerdote á la mujer, refiriéndose á la del marido, en la ceremonia del casamiento, dijo el capitán Arimón desdeñosamente.

El caballero, despreciando el sonido de aquella voz burlona, continuó mirando fijamente á María Luisa, como si quisiese sujetarla á su voluntad por vía de un poder hipnótico:

—Piénsalo bien, querida niña mía. Contempla delante de ti el dolor y la miseria si persistes en marcharte, pues yo mantendré mi palabra de no darte ni un céntimo mientras estés al lado de ese hombre.

El capitán abrió desmesuradamente los ojos.

—Ven, dijo, y haya paz entre nosotros; no quiero malevolencia ni odios de ninguna clase.

—¡Chitón! exclamó el caballero con rudeza; nada tenemos que tratar V. y yo, y por consiguiente no es á V. á quien me dirijo.

Durante esta escena, Ruperto tenía los ojos clavados en aquella faz pálida y hermosa que él amaba tanto, sin pronunciar una palabra que pudiese hacer presión en el ánimo de María Luisa; pero sin poderse ya contener por más tiempo, exclamó avanzando un paso:

—María Luisa, como amigo que soy de tu

padre y de ti y celoso como estoy de tu bienestar, me veo obligado á intervenir en estos momentos. El amor y el deber te llaman á nuestro lado.

—Soy su esposa, contestó ella con sencillez: ¿qué puede separarnos sino la muerte?

Á pesar de que la firmeza con que fueron pronunciadas estas palabras denotaba que era inútil toda nueva resistencia, el caballero no vaciló en hacer un nuevo llamamiento á aquel corazón filial, con voz temblorosa por el dolor.

—¡No te vayas, por Dios, María Luisa! exclamó enjugando una traidora lágrima ¡quédate aquí en nuestra compañía!

—Es imposible, padre mío y ha llegado ya la hora de separarnos. Mi marido me reclama y no tengo más que seguirle. Desde este instante muero para V., para tí, Irene, para tí. . . .

Al cruzarse su mirada con la de Ruperto no tuvo valor para continuar y bajó la vista llena de confusión, al pensar que hacía una hora escasa que había compartido con él las ilusiones de su porvenir. Un grito de amargura se escapó de sus labios:

—Dejadme marchar, que no puedo sufrir por más tiempo vuestra presencia.

El desconsolado anciano, Irene, el infeliz Ruperto, que tenía que renunciar de nuevo á su soñada dicha, todos la rodearon suplicándole que no los abandonase, con frases tan conmovedoras, que hubieran ablandado un corazón de piedra; pero ella, firme en su propósito y teniendo á gala el mostrarse inflexible y esclava de su deber, se irguió con supremo orgullo, sublime en su desesperación.

—No hay que tener prisa en marcharse, exclamó el capitán con calma.

Todos lo miraron sorprendidos sin comprender el significado de estas palabras, y él contemplando al caballero continuó:

—No puedo esperar que la hospitalidad en el Castillo de Mendoza se haga extensiva á mí; pero no es necesario que mi mujer abandone su casa á estas horas de la noche.

—Vamos á partir inmediatamente, exclamó María Luisa con tono resuelto; no me asusta la fatiga ni el peligro, ya que mi conciencia me dice que no debo permanecer ni un momento más bajo el techo paterno. Irene, espero que darás las órdenes necesarias para que me envíen cuanto me pertenece. Adiós y procura consolar á papá.

—Insensato y loco proceder, dijo el capitán; un largo paseo á pie hasta la estación y

luego un viaje á Londres, no es un ejercicio muy á propósito para ti esta noche.

—Ahora soy yo quien debe resolver, contestó con tono que no admitía réplica, comprendiendo las intenciones de su marido, y abrazando á su padre y su hermana murmuró un dulce adios á Ruperto, quien se volvió de espaldas, no sintiéndose con valor para presenciar la partida de la mujer adorada de su alma, que así lo dejaba entregado otra vez á sus recuerdos y á su desesperación, perdida ya toda esperanza.

Al encontrarse al aire libre, andando á través de los jardines en dirección á la puerta de salida, el capitán no cesaba de murmurar por lo bajo, jurando cínicamente que nunca había existido ni existiría una mujer tan loca como ella.

—Si al menos hubieses sabido representar bien tu papel, todo habría ido á pedir de boca, decía lanzándole miradas de despecho; el que quieras serme fiel y todo lo que has dicho está muy bien; pero lo que yo quería era quedarme contigo y no que tú te vinieses conmigo.

Ella no respondía; el rumor de sus hondos quejidos se perdía en la inmensidad de aquella noche estrellada, y bien pronto la pareja se perdió de vista.

Es imposible describir la tristeza que se apoderó de aquéllos que María Luisa acababa de dejar en el castillo, rodeados para mayor sarcasmo de la suerte, de todo lo que constituía los preparativos para la hora tan deseada de la ceremonia nupcial, que debía celebrarse el día siguiente. El Sr. de Moceli se encerró en sus habitaciones, que no abondonó durante muchas semanas, y el peso subsiguiente cayó sobre las espaldas de Irene, que se veía obligada á satisfacer la curiosidad de todos con el relato de lo acaecido y á llevar la dirección de los asuntos, tratando al propio tiempo de prodigar frases de consuelo á su padre y á Ruperto. Algunas semanas después éste se marchó de Aldein; nadie hubiera reconocido en aquel ser huraño y envejecido al joven alegre y comunicativo cuyos amores acabaron tan trágicamente.

Una melancolía más negra y profunda que la noche cayó sobre Mendoza, privando á todos para siempre de gozar los encantos de la luz del día. Pasaron dos años y todo seguía en el mismo estado: María Luisa continuaba escribiendo alguna vez, pero en sus cartas no se leían más que frases de cariño, sin hablar de ella misma, de Ruperto ni del capitán; jamás dijo si era feliz ó desgraciada y cual era su gé-

nero de vida, y aunque el caballero la amaba tanto, hubiera preferido recibir la noticia de su muerte antes que verse obligado á pensar como pensaba, que había desaparecido toda remota esperanza de verla otra vez á su lado.

CAPÍTULO XXVII

LA MUERTE DEL TIRANO

Dos largos y terribles años pasaron, y durante el curso de los mismos no hubo para María Luisa ni un momento de alegría; volvió á renovarse para ella la misma historia de antes, con sus interminables horas de espera, con el espectáculo de su marido beodo, con los mismos juramentos, el duro trabajo, los escasos recursos, las frases insultantes y las privaciones de toda especie. Había luchado bravamente para templar su corazón en los rigores de su método de vida, y logró ceñirse á él de tal modo, que nunca se permitía el pensar en su casa para comparar la dicha que allí disfrutaba con su estado presente, pues de haber dejado vagar su imaginación por los recuerdos de su niñez y de su reciente felicidad al lado de su padre, de su hermana y del noble Ruperto, cuyo sacrificio no podía concebirse, no hubiera resistido el violento choque del contraste.

Fueron dos años de constante y rígida dis-

ciplina, al cabo de los cuales María Luisa quedó convertida en mujer valerosa y resistente, habiendo perfeccionado su carácter y soportado con nobleza las amarguras sin fin de su destino.

Al capitán Arimón le había dado últimamente por entregarse con exceso á la bebida, en donde ahogaba todo recuerdo de lo que había sido en otro tiempo, de sus esperanzas frustradas, su sed de riquezas, sus negras visiones de hechos criminosos. María Luisa trataba de sujetarlo con sus cariñosas observaciones, corregir sus vicios con la paciencia y el consejo, pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles ante la brutalidad de aquella fiera, cuyos instintos habían alcanzado ya tal grado de relajación, que era imposible dominarlos. Las largas y frecuentes escapadas se repetían últimamente, y María Luisa temía siempre que algún accidente sobreviniese á su esposo, cuando se prolongaban más de lo acostumbrado.

El capitán había estado bebiendo sin interrupción durante los últimos ocho días y ella se hallaba una noche en un estado de terrible ansiedad, en la reducida habitación á que sus escasos medios la habían condenado, ocupada en acabar un delicado trabajo destinado á los almacenes, pues se veía obligada á mantenerse

con el producto de sus manos, é ignoraba cómo vivía su marido. La luz de la lámpara caía de lleno sobre su rostro, mostrando unos rasgos dignos de llamar la atención; la delicadeza y esbeltez de su juventud habían desaparecido completamente, pero en los perfiles de su fisonomía se transparentaban la lucha sostenida y el triunfo de su paciencia rayana en lo sublime; tenía el aspecto de un ser que no pertenece á este mundo.

Estaba cosiendo afanosamente, cuando una sombra vino á interponerse entre ella y la lámpara. Al levantar, sobresaltada, la cabeza, vió á la dueña de la casa mirándola de hito en hito.

—¿Qué pasa? preguntó dulcemente, admirada de la extraña actitud de aquella mujer.

—En la calle están preguntando por V., se apresuró á contestar ésta; en la puerta hay un coche que le está aguardando para conducirla al Hospital de Guy, en donde la necesitan.

María Luisa se puso en pie rápidamente y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo.

—Decidme al menos de que se trata, dijo con tono imperioso.

—Que su marido ha sido encontrado en la calle víctima de un accidente y ha mandado á buscarla.

María Luisa saltando las escaleras llegó á la calle en un momento y se metió en el coche, que partió á la carrera á través de largas callejuelas, que hacían más interminables el ansia cruel de llegar pronto al lado de su esposo. Por fin vió los lóbregos muros del Hospital de Guy elevando su tétrica mole ante su vista, y al penetrar en él debió de preguntarse alarmada si sus sufrimientos tenían que prolongarse aún por mucho tiempo. Á la puerta del vasto edificio salió á recibirla el doctor, preguntándole gravemente con simpático tono si era la señora de Arimón.

—Su marido de V. inspira algún cuidado, señora, le dijo con afabilidad. El accidente sufrido tiene bastante importancia, y me veo precisado á aconsejarle tenga valor, pues es de temer un fatal desenlace.

Luego la condujo á través de inmensas salas, donde otros infelices gemían bajo el peso de su enfermedad, hasta llegar á un cuarto retirado, y allí, tendido en una cama, cubierto el desencajado semblante de espantosa palidez, rodeada la cabeza de vendajes teñidos de rojo, secos y morados los labios, cerrados los párpados, estaba el que el mundo había conocido como el "arrogante capitán Arimón."

María Luisa, profundamente conmovida,

se inclinó hacia él y en aquel momento todas sus faltas y sus delitos, los largos años de abandono y crueldad que por su culpa había pasado, desaparecieron de su memoria para ver sólo en él al rubio militar que le había jurado amor eterno á la sombra de los árboles de Mendoza.

—¿Se curará, doctor? preguntó á éste con voz ansiosa y entrecortada por la emoción.

—Lo dudo, señora, contestó; el golpe recibido interesa las principales arterias y la hemorragia ha sido excesiva; el estado de postración del enfermo es tan grande que tal vez no llegue á mañana.

María Luisa se arrodilló junto á la cama, estrechando la mano del capitán entre las suyas, pero éste continuaba en su estado de inmovilidad.

—¿Y no me vá á conocer más? preguntó María Luisa al doctor.

—Sí, señora; antes de espirar tendrá un intervalo de lucidez.

Y quedó arrodillada á su lado, aguardando: cada momento que pasó durante esas prolongadas y tristes horas de vela, quedó impreso en su cerebro con señales indelebles. Dieron las diez, las once, las doce, y todo seguía lo mismo; la una, las dos, y el capitán continuaba inmóvil, con la cabeza fija en la almohada teñi-

da en sangre, hasta que por fin abrió los ojos y pronunció el nombre de su mujer con voz que, más que humana, parecía salida de algún antro ignorado.

—¡María Luisa, María Luisa! exclamó. ¿Qué es esto? ¿En donde me encuentro?

Ella se inclinó hacia él con ternura.

—Guillermo, dijo; te has caído en la calle y te has hecho daño.

Al oir estas palabras, pareció cruzar por su mente la idea de lo que había pasado, pues su cuerpo se estremeció, fijando la vista con curiosidad en su mujer y luego en el doctor.

—No estoy muy enfermo, dijo; nada me duele; pero ¿por qué me miras así, María Luisa? ¿es que me voy á morir?

Esta última palabra la pronunció dando un grito que repercutió en las salas inmediatas.

—¡Curiosa es mi vida á fe! dijo, próximo ya á la agonía, no parece sino que sea obra de encantamiento; ya una vez me tuvieron por muerto y volví á resucitar.

María Luisa murmuraba en su oído dulces palabras de olvido por las pasadas ofensas; palabras que parecían salidas de labios divinos y que el capitán acogía con gritos de desesperación. . . .

Corramos un velo sobre aquel lecho de

muerte. En sus últimos momentos el capitán cosechó lo que había sembrado y por consiguiente aquella vida empleada en contravenir las leyes de Dios, acababa en medio de los más atroces remordimientos. La agonía del capitán Arimón fué tan espantosa, que hubiera hecho desmayar al ánimo más esforzado; sólo María Luisa, cuyo corazón estaba ya acostumbrado á los repugnantes espectáculos que le proporcionaba su mismo marido, permaneció á su lado, dando prueba de una resistencia heroica, hasta que el alma torturada de aquél voló á rendir cuenta de sus extravíos, á su Juez.

Ya nunca más se levantó el sol para él: las luchas incesantes, el inacabable frenesí, el malestar sin fin, todo había terminado. Cuando los primeros rayos del sol de la mañana se deslizaron por las paredes del cuarto, sólo quedaba del capitán Arimón el cuerpo deforme, cubierto con una blanca sábana. Éste era el fin del que en vida había tenido las más brillantes esperanzas; regular fortuna, hermosa presencia, el desgraciado don de ganar corazones, la seguridad de rápidos ascensos en su carrera, todo tenía su término entre las cuatro paredes de una sala de hospital, para que resultasen ciertas aquellas antiguas y memo-

rables palabras: " El salario del pecado es la muerte."

Se habían llevado á la infelíz María Luisa del lado de la cama, pues estaba rendida de dolor y de cansancio; en los últimos momentos de Guillermo, cuando con un grito salvaje y una blasfemia el alma abandonó al cuerpo, María Luisa cayó sin sentido á su lado. El mismo doctor á quien encontró antes á la puerta del hospital, le prodigó sus cuidados y al conocer su origen y sus antecedentes escribió al caballero rogándole fuese enseguida.

El señor de Moceli encontró á su hija casi inerte, aterrada por el peso de la emoción. ¿Cómo describir la escena que se siguió después que María Luisa hubo recobrado el sentido? Padre é hija permanecieron abrazados largo rato, confundiendo sus lágrimas que recibían sus corazones como lluvia benéfica; lágrimas de alegría las de aquél al ver ya seguro el suspirado rescate de su tesoro; de perdón y de dolor las de ella, luchando con la pena de la reciente pérdida de un esposo, y la idea halagadora de que acababa de romper sus cadenas de esclavitud para volar al refugio del hogar de su infancia.

El cuerpo del capitán Arimón fué embalsamado y trasladado con todos los honores debi-

dos al pantéon de la familia de los Moceli, en donde en letras de bronce se lee su nombre y la fecha de su muerte.

María Luisa había llegado á tal estado de agotamiento de sus fuerzas físicas, que su padre temió al principio por su vida y luego por su razón. Cuando, después de las emociones sufridas, su cuerpo volvió á reaccionar, sosegada su imaginación y libre de todo temor, los horrores de aquel lecho de muerte en que yacía su esposo no le abandonaban jamás; las lágrimas asomaban constantemente á sus ojos y sollozaba día y noche rogando á Dios que en su infinita misericordia le quitase la vida si no podía olvidar. El caballero Moceli no quiso llevársela al castillo hasta que estuviese completamente restablecida, y fueron á pasar una larga temporada en una tranquila aldea del norte, en donde el aire puro de la montaña y la contemplación del variado paisaje, vigorizaron pronto su espíritu decaído, que fué eliminando poco á poco sus tenebrosos recuerdos.

CAPÍTULO XXVIII

TODOS FELICES

Seis años después de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, en el Castillo de Mendoza se oían un bullicio y una algazara propios de una fiesta. Era á mediados del mes de Junio y el sol desparramaba con sus dorados rayos tal alegría sobre la faz de la tierra, que según opinión general, hacía ya muchos años que los habitantes de Inglaterra no habían disfrutado un verano tan agradable como aquél.

En medio del prado, bajo la sombra del majestuoso cedro, cuyas ramas se inclinaban hasta besar la alta yerba, estaba sentado un anciano de aspecto patriarcal, sonriendo bondadosamente, clavados los ojos en un grupo que hubiera maravillado á un artista. Era el caballero Moceli, en quien el tiempo parecía no haber hecho mella, pues sostenía erguida la frente que se había rendido al peso del dolor, y

habían desaparecido de su rostro las arrugas que imprimió en él el desengaño.

Á su lado estaba sentada una señora, si no muy joven, en el apogeo de su hermosura. Nadie podía confundir, al verla, la rubia y ondulante cabellera, el rostro espiritual y dulce y los azules ojos de infinita ternura, rasgos todos ellos característicos de la niña mimada del caballero, la señora de Doti de Aldein. Los dos están contemplando á Ruperto, que enseñaba á su pequeñuelo á dar los primeros pasos, y lo levantaba en alto para comérselo á besos, mientras el chiquitín balbuceaba algunas primeras palabras; era un cuadro interesante, que hacía derramar lágrimas de ternura á María Luisa y á su padre.

Irene también estaba allí, considerándose feliz al ver que tarde ó temprano sus desvelos se veían recompensados al poder contar con la compañía de su hermana, que ya nunca más se separaría de su lado, para disfrutar todos juntos de los inefables goces de la intimidad del hogar.

—¿Á qué hora vendrá Amparo? le preguntó María Luisa.

—Al mediodía. Nada me satisface tanto como el casamiento de mi prima: se casa muy enamorada según me ha dicho, y se conoce que

él también la quiere; es un muchacho muy simpático y más de una estará celosa de la suerte de Amparo, porque su novio tenía mucho partido entre las chicas.

—No dudo que será un buen marido, añadió el señor de Moceli; conozco los antecedentes de familia del barón de Bolívar y sé que es todo un caballero, capaz de hacer feliz á la mujer que elija por esposa.

—¡Todos podemos considerarnos felices! dijo María Luisa, clavando intencionadamente la mirada en su hermana, como dando á comprender que recordaba su sacrificio.

—Ven acá, Irene, gritó Ruperto; ven á hacer compañía á tu sobrinito, que no tiene bastante conmigo y quiere que seamos dos para jugar con él.

Ella, al oirlo, corrió al lado del niño dando brincos, riéndose de sus monadas y ayudando al embobado padre en la tarea de hacerle andar: era la alegría de la casa, en quien todos tenían puestos sus cinco sentidos, sin cansarse de prodigarle toda clase de mimos.

En aquel momento cruzó el prado un lacayo con una bandeja de plata en la mano, en donde se veía una tarjeta, que tomó el caballero; María Luisa lanzó una ojeada sobre ella por detrás de la espalda de su padre, y ambos

se miraron con asombro sin acertar á dar crédito á lo que acababan de ver, que era el nombre de: "Ernesto Rosas."

—¡Papá! exclamó ahogando su voz con el pañuelo, y conteniendo su alegría á fin de no llamar la atención de su hermana. ¡Es el novio de Irene, y ella también va á ser feliz!

—¿Dónde está ese caballero? preguntó el señor de Moceli al lacayo.

—En la sala de espera aguardando á V. señor.

—Bien, repuso el primero; ven conmigo, hija y no digas una palabra hasta que sepamos . . . pero ¿será posible, santo cielo, tanta dicha? repetía por lo bajo al dirigirse al castillo.

Pronto supieron la verdad. Allí estaba, en efecto, Ernesto Rosas en persona, quien después de haberse enriquecido en la India, volvía, si bien con algunos años más, con el mismo corazón joven y amante para consagrarlo á la constante muchacha enamorada que se había mantenido fiel á su memoria á través de los años y de los acontecimientos, dando pruebas de un profundo y verdadero amor, tan grande como el suyo.

No puede concebirse un conjunto de personas más felices que las que se encontraban en el Castillo de Mendoza. Los barones de Bolí-

var acudieron allí á la hora convenida, con Amparo, y júzguese de la sorpresa de ésta al saber que había vuelto el novio de su prima y que iban á casarse. Irene parecía rejuvenecerse, y al volver la vista atrás para recordar las interminables horas que había pasado entregada á meditar sobre su presente, sin la más remota esperanza de bienestar para lo futuro, y al compararlas con estos días que se sucedían con rapidez vertiginosa en la corriente de ese inefable bienestar que alienta el pecho y es la vida del alma, se le antojaba que había sufrido una horrible pesadilla, para hacerle más dulce el despertar. Tres semanas después se unía en santo lazo para siempre con Ernesto, y una vez casada se quedó á vivir en el castillo con su esposo, al lado de su padre y su hermana.

El sol difunde sus rayos sobre esa ya numerosa familia, reflejándose en la cabeza de nieve del anciano y haciendo brillar en hebras de oro el rubio pelo de María Luisa, nunca tan hermoso como ahora; sobre la faz sonrosada del rubicundo niño á quien todos adoran; sobre el leal y caballeroso Ruperto Doti, modelo intachable de una constancia digna de admiración. Las sombras impenetrables de una noche de tristeza se han desvanecido y un nuevo día empieza á alborear. . . .

Después de algunos años, cuando ya María Luisa se vió rodeada de hijas que crecían tiernas y hermosas lo mismo que su madre, y que también tenían algo de niñas mimadas, como conservaba grabada aún en la memoria la imagen viva de Guillermo, no dejaba de aprovechar toda oportunidad para infiltrar en aquellos inocentes corazones la idea de que la dicha más grande que puede caber á un ser en este mundo, la victoria más bella que puede alcanzarse en la lucha incesante de la vida, es siempre: *el cumplimiento del deber.*

FIN

SERIE DE BUENAS NOVELAS

PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y COMPAÑÍA,

NUEVA YORK.

MISTERIO * * * *. Escrita por H. Conway, autor de "Confusión" y "El Secreto."

El mérito sobresaliente de Misterio, lo mismo que de "Confusión" y de "El Secreto," está en la energía singular con que, sin lastimar el buen juicio del lector, mantiene hasta la página última una curiosidad legítima. Cuando se cree que ha acabado ya una tragedia, comienza un idilio inesperado. Cuando parece que se toca el fin del libro, comienza la novela verdadera, que ningún corazón joven ni hombre moderno leerán sin entusiasmo.

LA CASA EN EL DESIERTO. Por el Capitán Mayne Reid. Dos ediciones: una en tela y otra á la rústica.

Aventuras de una familia perdida en las soledades de la América del Norte. Es una de las novelas más selectas de su autor, y por la que ha adquirido popular renombre. Su género literario, tan ameno por las numerosas descripciones que cuenta. es doblemente atractivo y útil, dado el interés vivísimo que despierta el argumento y la multitud de conocimientos que contiene la relación de la obra.

LA ISLA DEL TESORO. Por R. Luis Stevenson, autor de "Plagiado."

Se hace innecesario recomendar esta notabilísima novela después de los numerosos elogios que le han dedicado la prensa y el público en general, y del gran éxito que, á su publicación, adquirió en Inglaterra. La amenidad de su lectura junto con las variadas y constantes peripecias que abundan en el libro, donde descuella el carácter noble y sencillamente elevado de un joven adolescente, son las prendas más relevantes de la obra.

LA CASA DEL PANTANO. Por F. Warden.

Interesante novela inglesa del género de literatura moderno; descrita con habilidad extraordinaria y con una fuerza de comunicación tan sorprendente, que á pesar de los variados acontecimientos y diversidad de caracteres que encierra la obra, basta su simple lectura para grabar fielmente en la memoria del lector la totalidad de su notable argumento.

LAS MINAS DEL REY SALOMÓN. Por H. R. Haggard, autor de "La Gran Milosis."

Este es uno de los autores predilectos del pueblo Angloamericano; todos aquí le conocen, y cuantos le conocen, aplauden la viveza de su imaginación, la naturalidad y vigor de su narrativa y lo intencionado de sus frases. Entre sus producciones, Las Minas del Rey Salomón y "La Gran Milosis," han despertado vivamente el interés del público, que se dió prisa á agotar las ediciones Inglesas; y estas obras tan renombradas ya, son las que hemos elegido para que en los países donde se habla castellano, se conozca y juzgue á su autor.

Oct 21 1907

SEP 27 1901

SERIE DE BUENAS NOVELAS.

SU CARA MITAD. Por F. Barrett, autor de "El Gran Lucero."

Pertenece esta novela á un género que pudiéramos titular "doméstico." Es una narración sencilla é interesante; las escenas se desarrollan con naturalidad y se suceden sin violencia: las situaciones se presentan lógicamente y sin esfuerzo visible, sin complicación de episodios inútiles, sin nada de fantástico ó de inverosímil que revele en el autor el deseo de hacer alarde de imaginación exhuberante ó inventiva peregrina. El estilo es claro, sencillo, terso, sin dejar por eso de ser elegante.

EL ÍDOLO CAÍDO. Por F. Anstey.

Ha llamado mucho la atención esta novela por la fecunda invención de su autor y por el género de literatura á que pertenece. Posee, además, un fondo encantador, tanto por la simpatía que despiertan los personajes de la obra, cuanto porque la ejecución artística del original ha sido objeto de aplaudidas y justas alabanzas.

CUENTOS EN EL MAR. Por Varios Autores Famosos.

Son una hermosa colección de trozos literarios de los mejores autores modernos de Inglaterra y la América del Norte; descritos con sencillez y naturalidad y abarcando un resumen de sucesos marítimos sumamente recreativos. Cada cuento, de los seis que contiene el libro, es una relación de las peripecias ocurridas á cada uno de los referidos autores, que aparecen reunidos á bordo de un buque naufragado en alta mar.

LA NOVIA DEL MARINERO. Por W. C. Russell.

Esta obra llena los requisitos esenciales en toda buena novela; su lectura es amenísima, su argumento simple y encantador, encierra en sí misma cierto espíritu de buena moral, y á la vez es instructiva y romántica. Clark Russell, el distinguido autor de "El Pirata Helado," "El Naufragio del Grosvenor" y otras, habiendo sido él mismo un marinero, halló tantos atractivos en la inmensidad del océano, que al relatar lo que muchas veces había admirado, lo hizo empleando el lenguaje rudo y simple del marinero inglés y logró encantar con sus admirables descripciones á todo aquel que tuvo la suerte de leer sus obras.

JUANA EYRE. Por Carlota Bronté.

El éxito obtenido por esta novela, está justificado por la gran aceptación que ha tenido en varios países extranjeros, después de haber sido editada multitud de veces en Inglaterra y puesta en escena en los teatros de Londres. Con tacto exquisito y con una ilación y lógica admirables, ha sabido delinearnos la autora el carácter de Juana, la protagonista, en medio de sucesos de un realismo inofensivo y encantador, que realza notablemente el argumento de la obra y constituye uno de sus méritos más sobresalientes.

DORA. Por Carlota M. Braemé, autora de "Azucena."

La novela Dora es una de las que mayor popularidad han alcanzado en la literatura inglesa. Débese el brillante éxito que ha obtenido muy principalmente, como puede verlo todo aquel que la lea, á que tanto el galano estilo en que está escrita como las severas lecciones que se deducen de su interesante argumento, corresponden á la más estricta moral. Hay además, en toda ella bellísimas descripciones en que campean la inspiración y la poesía.

PAN, QUESO Y BESOS. Por B. L. Farjeon.

Preciosa novela, que nos hace amar más y mejor los dulces encantos del hogar y las amorosas horas que pasamos en él rodeados de nuestra familia. Si como dicen, la novela es la *épica del siglo*, ésta y otras muchas de nuestras novelas domésticas, han de ser la *épica del hogar*.

LA NIÑA MIMADA



por
CARLOTA
M·BRAEME

NUEVA YORK · D·APPLETON · Y·CIA

"**La Guardia Blanca.**—Es el título de una novela escrita en inglés por Conan Doyle y publicada en español por la casa de Appleton de Nueva York, que acabamos de leer con toda complacencia, una vez que reune á su ingenio y fácil lenguaje, un tema muy bien urdido y descripciones sumamente interesantes. En la Guardia Blanca encontramos episodios históricos de la Edad Media trazados con una naturalidad pasmosa, de tal modo bien pintados los cuadros, de tal manera descritas las costumbres, que le parece á uno encontrarse en aquella edad y trabar conocimiento con los personajes. Comienza la acción en un convento de monjes, presentado con todos sus adminículos de mano maestra y luego se desarrolla la trama con creciente interés, descollando en medio de aquel ruido de armas y de combates que se repiten á cada momento sin motivo como era la usanza entónces, los personajes principales como el barón Morel, Duguesclin, el Príncipe Negro y todos los otros que figuran en primera línea, que tan vivamente inpresiona, el ánimo del lector, de la misma manera que el héroe de la novela del joven Roger Clinton tan varonil y tan honrado á pesar de haber recibido su educación en un convento. En suma la obra de Conan Doyle es una preciosa joya de gran valor entre las obras literarias de su mismo género. De la misma manera que la Guardia Blanca nos cautivó la lectura de otra lindísima novela escrita por Roberto Stevenson con el título de Plagiado la cual igualmente es una narración deliciosa hecha por un joven que al salir por la vez primera de su pueblo y de su hogar, tuvo las más raras y las más inesperadas aventuras. Esa obra también fué publicada por la casa de Appleton que siempre demuestra el mejor gusto en sus ediciones españolas."—*La Patria*, Méjico.

***

"**El Vicario de Wakefield.**—Mucho tiempo hace ya que leímos una mala traducción de esta preciosa novela inglesa. La impresión que entonces nos hizo fué tan profunda, que el tiempo no la ha borrado todavía. Deseábamos poseer una traducción digna del mérito excepcional de esta joya de la literatura inglesa, tan encomiada por grandes escritores de diversos países. Este deseo vino á satisfacerlo el ejemplar que hemos recibido de tan atractiva como moralizadora obra traducida directamente del inglés al español y editado por los Sres. D. Appleton y Cía., de Nueva York."—*La Escuela Primaria*, Mérida de Yucatán.

"**Plagiado.**—Novela por Roberto L. Stevènson. La casa editora de D. Appleton y Cía. acaba de publicar este nuevo romance, del aplaudido novelista británico cuya reciente muerte deploran las letras de ambos mundos, pues su fama como escritor ingeniosísimo había llegado hasta nosotros mediante las traducciones de otras obras suyas llevadas á cabo por los mismos editores Appleton. Plagiado es una novela de interesantes aventuras narradas por el héroe de ellas en su viaje por las tierras altas de Escocia, escrito en estilo vivo y pintoresco, que lleva al lector como de la mano, y al cabo no sabe si es un libro lo que lee, ó es una realidad lo que le acontece. Mistificaciones de este jaez, sólo ciertos magos de la pluma pueden realizarlas."—*Las Tres Américas*, Nueva York.

*
* *

"**Su Cara Mitad.**—Es una narración sencilla é enteresante; las escenas se desarrollan con naturalidad y se suceden sin violencia. Hay en ella, como es de suponerse, una historia de amor, discretamente contada que viene á ser un ejemplo más de la poderosa influencia de ese sentimiento en elevar y purificar nuestro espíritu, siempre que inspira una pasión noble y verdadera."—*La Palabra*, Mendoza, Argentina.

*
* *

"**La Gran Milosis.**—Narración fácil, claras descripciones, vigorosos caracteres é interés y novedad en todo. son las notas más salientes de este curiosísimo libro."—*Boletín de la Sociedad Protectora de los Niños*, Madrid.

*
* *

"**El Caso Extraño del Dr. Jekyll.**—Pertenece á la colección de novelas en español que publica la acreditada casa de D. Appleton y Cía., y es una de las más notables del ilustre autor de La Isla del Tesoro."—*La Ilustración Española y Americana*. Madrid.

*
* *

"**Juana Eyre.**—Antes de terminar el primer capítulo de Juana Eyre, ya habíamos tomado buen juicio de la autora. La elegante sencillez de la narración nos cautivó de modo que no pudimos resistir el deseo de leer todo el libro."—*El Progreso*, Nueva York.

NOVELAS

PUBLICADAS EN ESPAÑOL

Por D. APPLETON Y CÍA.,

NUEVA YORK.

MISTERIO * * *	Por H. Conway.
LA CASA EN EL DESIERTO	Por Mayne Reid.
LA ISLA DEL TESORO	Por R. L. Stevenson.
LA CASA DEL PANTANO	Por F. Warden.
LAS MINAS DEL REY SALOMÓN	Por H. R. Haggard.
SU CARA MITAD	Por F. Barrett.
EL ÍDOLO CAÍDO	Por F. Anstey.
CUENTOS EN EL MAR	Por Varios Autores Famosos.
LA NOVIA DEL MARINERO	Por W. C. Russell.
JUANA EYRE	Por Carlota Bronté.
DORA	Por Carlota M. Braemé.
PAN, QUESO Y BESOS	Por B. L. Farjeon.
EL CABALLERO DON JUAN JALIFAX	Por la Srta. Mulock.
AZABACHE	Por Ana Sewell.
CONFUSIÓN	Por H. Conway.
MARGARITA DE LA Ó	Por Carlos Reade.
EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL	Por R. Luis Stevenson.
LA VIDA DE UN PERILLÁN	Por Wilkie Collins.
EL GRAN LUCERO	Por Frank Barrett.
PEPITA JIMÉNEZ	Por Juan Valera.
MARÍA ANTONIETA Y SU HIJO	Por L. Mühlbach.
LA GRAN MILOSIS	Por H. R. Haggard.
LA LETRA ESCARLATA	Por N. Hawthorne.
EL VICARIO DE WAKEFIELD	Por O. Goldsmith.
EL SECRETO	Por H. Conway.
PLAGIADO	Por R. L. Stevenson.
LA GUARDIA BLANCA	Por A. Conan Doyle.
EL PRISIONERO DE ZENDA	Por Antonio Hope.
AZUCENA	Por Carlota M. Braemé.
EXPIACIÓN	Por la Sra. Wood.
LUCIA	Por la Srta. Braddon.
EL MORO	Por J. M. Marroquín.
MI TÍO BERNAC	Por A. Conan Doyle.
DIANA	Por la Sra. Forrester.

Tenemos en vía de publicación varias novelas nuevas.

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: March 2009

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111


LIBRARY OF CONGRESS

0 014 433 578 8
